

Memorias de un loco y otros textos de juventud

Gustave Flaubert



Advertencia de Luarna Ediciones

Este es un libro de dominio público en tanto que los derechos de autor, según la legislación española han caducado.

Luarna lo presenta aquí como un obsequio a sus clientes, dejando claro que:

- 1) La edición no está supervisada por nuestro departamento editorial, de forma que no nos responsabilizamos de la fidelidad del contenido del mismo.
- 2) Luarna sólo ha adaptado la obra para que pueda ser fácilmente visible en los habituales readers de seis pulgadas.
- 3) A todos los efectos no debe considerarse como un libro editado por Luarna.

www.luarna.com

MEMORIAS DE UN LOCO

Mémoires d'un Fou,
(1837 - otoño 1838),
Revue Manche, 1900.

*A ti, mi querido Alfred¹,
dedico y confío estas páginas*

Contienen un alma entera.
¿La mía?, ¿la de otro? En un principio quise hacer una novela íntima, en la que el escepticismo fuera llevado a los últimos extremos de la desesperación; pero, poco a poco, mientras iba escribiendo, la impresión personal se abrió paso a través de la fábula, el alma zarandeo la pluma y la venció.

¹ Alfred Le Poittevin.

Prefiero pues dejarlo en el misterio de las conjeturas; lo que tú no harás.

Únicamente creerás quizás en muchos lugares que la expresión es forzada y el cuadro sombrío por capricho; no olvides que es un loco quien ha escrito estas páginas, y, si la palabra parece a menudo sobrepasar el sentimiento que expresa, es que, por lo demás, ha cedido bajo el peso del corazón.

Adiós, piensa en mí y por mí.

I

¿Por qué escribir estas páginas? ¿Para qué sirven? —¿Qué sé yo? A mi juicio, es bastante necio ir a preguntar a los hombres el motivo de sus acciones y de sus escritos. —¿Sabéis acaso

por que habéis abierto las miserables hojas que la mano de un loco va a trazar?

¡Un loco!, horror. ¿Qué eres tú lector? ¿En qué categoría te sitúas?, ¿en la de los necios o en la de los locos? —Si te fuera dado elegir, tu vanidad preferiría aún la última condición. Sí, una vez más, pregunto en verdad ¿de qué sirve un libro que no es instructivo, ni divertido, ni químico, ni filosófico. ni agrícola, ni elegíaco, un libro que no procura ninguna receta ni para las ovejas ni para las pulgas, que no habla ni de ferrocarriles, ni de la Bolsa, ni de los «íntimo» recovecos del corazón humano, ni de los hábitos medievales, ni de Dios, ni del diablo, sino que habla de un loco, es decir del mundo, este gran idiota, que gira desde hace tantos siglos en el espacio sin avanzar un paso, y que aúlla y babosea, y se desgarr a sí mismo?

Sé tan poco como tú lo que vas a decir, pues no se trata de una novela, ni de un drama con un plan fijo, o una idea única premeditada,

con jalones para hacer serpentear el pensamiento por avenidas trazadas a cordel.

Mi única intención es poner sobre el papel todo lo que me pase por la cabeza, mis ideas, mis recuerdos, mis impresiones, mis sueños, mis caprichos, todo lo que acontece en el pensamiento y en el alma; risa y llantos, lo blanco y lo negro, sollozos surgidos primero del corazón y extendidos semejantes a una pasta en períodos sonoros, y lágrimas diluidas en metáforas románticas. Me duele, sin embargo, pensar que voy a romper la punta de un paquete de plumillas, que consumiré una botella de tinta, que voy a aburrir al lector y que también yo me aburriré; tan habituado estoy a la risa y al escepticismo que, desde el principio al fin, parecerá una broma continua, y a la gente que le gusta reír, al final podrá reírse del autor y de sí misma.

Se vera cómo se debe creer en el plan del universo, en los deberes morales del hombre, en la virtud y en la filantropía —palabra que

deseo hacer inscribir en mis botas, cuando las tenga, con el objeto de que todo el mundo la lea y la aprenda de memoria, incluso las miradas más bajas, los cuerpos más pequeños, más rastreros y más cercanos al arroyo.

¡Sería un error y ver en ello algo distinto a las expansiones de un pobre loco! ¡Un loco!

Y tú, lector, ¿acabas tal vez de casarte o de pagar tus deudas?

II

Voy a escribir pues la historia de mi vida. —¡Qué vida! Pero, ¿he vivido? Soy joven, no tengo arrugas en el rostro, ni pasión en el corazón. —¡Oh!, ¡cuan apacible fue, cuan dulce y feliz, tranquila y pura parece! ¡Oh!, sí, apacible y silenciosa, como una tumba cuyo cadáver sería el alma.

Apenas he vivido: no he conocido nada el mundo, es decir, no tengo amantes, ni aduladores, ni criados, ni dotaciones; no he

ingresado (como se dice) en la sociedad, pues siempre me ha parecido falsa y sonora, cubierta de oropeles, engorrosa y afectada.

Por lo tanto, mi vida no consiste en hechos; mi vida es mi pensamiento.

¿Cuál es pues este pensamiento que ahora, a la edad en que todo el mundo sonrío, es feliz, en la que uno se casa, ama, a la edad en que tantos otros se embriagan de todos los amores y de todas las glorias, cuando brillan tantas luces y los vasos están llenos en el festín, me lleva a hallarme solo y desnudo, frío a toda inspiración, a toda poesía, sintiéndome morir y riendo cruelmente de mi lenta agonía, —como este epicúreo que se hizo abrir las venas, se bañó en un baño perfumado y murió riendo, como un hombre que sale ebrio de una orgía que le ha fatigado.

¡Oh!, ¡cuan largo fue este pensamiento! Me devoró por todas sus caras semejante a una hidra. Pensamiento de duelo y de amargura,

pensamiento de bufón que llora, pensamiento de filósofo que medita...

¡Oh!, ¡sí!, ¡cuántas horas han transcurrido en mi vida, largas y monótonas, pensando, dudando!

¡Cuántos días invernales, cabizbajo ante mis tizones blanqueados por los pálidos reflejos del sol poniente, cuántas veladas de estío, por los campos, en el crepúsculo, mirando cómo huyen y se despliegan las nubes, cómo se doblan las espigas bajo la brisa, oyendo cómo se estremecen los bosques y escuchando a la naturaleza que suspira durante las noches!

¡Oh!, ¡cuan soñadora fue mi infancia! ¡Qué pobre loco era sin ideas fijas, sin opiniones positivas! Miraba fluir el agua por entre la espesura de los árboles que inclinan sus cabelleras de hojas y dejan caer flores, desde mi cuna contemplaba la luna sobre su fondo de azur que iluminaba mi habitación y dibujaba formas extrañas en las murallas; tenía éxtasis ante un sol radiante o una mañana primaveral,

con su neblina blanca, sus árboles floridos, sus margaritas en flor.

También me gustaba —y ése es uno de mis más tiernos y deliciosos recuerdos— mirar el mar, las olas burbujeando unas sobre otras, el oleaje rompiéndose en espuma, extendiéndose sobre la playa y gritando al retirarse sobre los guijarros y las conchas.

Corría por las rocas, cogía la arena del océano que dejaba esparcirse al viento entre mis dedos, mojaba unas cuantas algas y aspiraba a pleno pulmón aquel aire salado y fresco del océano, que os impregna el alma de tanta energía, de tan poéticos y amplios pensamientos; miraba la inmensidad, el espacio, el infinito, y mi alma se perdía ante este horizonte sin límites

¡Oh!, pero no es allí donde se encuentra el horizonte sin límites, el inmenso abismo. ¡Oh!, no, un abismo mucho mayor y más profundo se abrió ante mí. Este abismo no es tempestuoso;

si hubiera en él una tempestad, estaría lleno — ¡y está vacío!

Yo era alegre y risueño, amaba la vida y a mi madre. ¡Pobre madre!

Aún recuerdo mis pequeños regocijos al ver a los caballos corriendo por el camino, al ver el valió de su aliento, y el sudor inundando sus atelajes; me gustaba el trote monótono y cadenciado que hace oscilar las ballestas; y luego, cuando se paraban, todo enmudecía en los campos. Se veía salir el vaho de sus ollares, el carruaje sacudido quedaba fijado sobre sus ballestas, el viento silbaba contra los cristales; y era todo...

¡Oh!, cómo abría también los ojos ante la multitud vestida de fiesta, alegre, tumultuosa, gritona, mar de hombres borrascosa, más colérica aún que la tempestad y más necia que su furia.

Me gustaban los carros, los caballos, los ejércitos, los trajes de guerra, los redoblantes

tambores, el ruido, la pólvora, y los cañones rodando sobre el adoquinado de las ciudades.

De niño, amaba lo que se ve; adolescente, lo que se siente; como hombre, ya no amo nada.

Y, sin embargo, ¡cuántas cosas tengo en el alma, cuántas fuerzas íntimas y cuántos océanos de cólera y amores entrecruzan, estallan en este corazón tan frágil, tan débil, tan hundido, tan hastiado, tan agotado!

¡Me dicen que vuelva a la vida, que me mezcle con la multitud!... ¿Y cómo puede dar frutos la rama desgajada?, ¿cómo puede reverdecer la rama que ha sido arrancada por el viento y arrastrada por el polvo? Y ¿por qué tanta amargura siendo tan joven? ¿Qué sé yo? Tal vez era mi destino vivir así, cansado antes de haber llevado la carga, jadeante antes de haber corrido...

He leído, he trabajado en el ardor del entusiasmo, he escrito. ¡Oh!, ¡qué feliz era entonces!, ¡cuan alto ascendía mi pensamiento en su delirio, a estas regiones que los hombres

desconocen, donde no hay mundos, ni planetas, ni soles! Poseía un infinito más inmenso, si es posible, que el infinito de Dios, donde la poesía se mecía y desplegaba sus alas en una atmósfera de amor y de éxtasis; y luego era preciso descender de estas regiones sublimes a las palabras, —¿y cómo transcribir en palabras esta armonía que se eleva en el corazón del poeta, y los pensamientos de gigante que hacen doblegar las frases, como una mano fuerte e hinchada hace reventar el guante que la cubre?

De nuevo ahí, la decepción; ¡pues tocamos a tierra, a esta tierra de hielo, donde todo fuego muere, donde toda energía se debilita! ¿A través de qué peldaños descender de lo infinito a lo positivo?, ¿por medio de qué gradación la poesía se rebaja sin romperse?, ¿cómo empequeñecer este gigante que abraza el infinito?

Entonces tenía momentos de tristeza y desesperación, sentía mi fuerza que me

destrozaba y esta debilidad que me avergonzaba, pues la palabra no es más que un eco lejano y debilitado del pensamiento; maldecía mis sueños más queridos y mis horas silenciosas pasadas en el límite de la creación; sentía algo vacío e insaciable que me devoraba.

Hastiado de la poesía, me lancé al campo de la meditación.

Al principio me quedé prendado de este estudio imponente que el hombre se propone por objetivo, y que quiere explicárselo, yendo hasta disecar las hipótesis y a discutir sobre las suposiciones más abstractas y a ponderar geoméricamente las palabras más vacías.

El hombre, grano de arena arrojado al infinito por una mano desconocida, pobre insecto de débiles patas que, al borde del abismo, quiere agarrarse a todas las ramas, que se apega a la virtud, al amor, al egoísmo, a la ambición, y que hace virtudes de todo ello para sostenerse mejor, que se aferra a Dios, y que se debilita todos los días, afloja las manos y cae. ..

Hombre que quiere comprender lo que no existe, y hacer una ciencia de la nada; hombre, alma hecha a imagen de Dios, y cuyo genio sublime se detiene ante una brizna de hierba y no puede resolver el problema de una mota de polvo.

Y el hastío me invadió; acabé dudando de todo. Joven, era viejo; mi corazón tenía arrugas, y al ver viejos aún vivos, llenos de entusiasmo y de creencias, me reía amargamente de mí mismo, tan joven, tan desengañado de la vida, del amor, de la gloria, de Dios, de todo lo que existe, de todo lo que puede existir.

Tuve, no obstante, un horror natural antes de abrazar esta fe en la nada; al borde del abismo, cerré los ojos; —caí.

Me alegré, ya no podía padecer otra caída. Estaba frío y apacible como la losa de una tumba. Creía encontrar la felicidad en la duda; ¡cuan insensato era! A causa de ella, uno se desliza en un vacío inconmensurable. Este

vacío es inmenso y eriza los cabellos de horror cuando alguien se aproxima al borde.

De la duda de Dio» desemboqué en la duda de la virtud, frágil idea que cada siglo ha erigido como ha podido sobre el andamio de las leyes, más vacilante aún.

Más tarde os contaré todas las fases de esta vida taciturna y meditabunda, pasada junto al fuego, de brazos cruzados, con un eterno bostezo de fastidio, solo durante el día entero, y dirigiendo de vez en cuando mis miradas hacia la nieve de los tejados vecinos, hacia la puesta de sol con sus rayos de luz pálida, al pavimento de mi habitación o hacia una calavera amarilla, desdentada, y gesticulando sin cesar, encima de mi chimenea —símbolo de la vida y, como ella, fría y escarnecedora.

Quizás más adelante leas todas las angustias de este corazón tan abatido, tan lastimado de amargura. Sabrás las venturas de esta vida tan apacible y tan trivial, tan repleta de sentimientos, tan vacía de hechos.

Y, seguidamente, me dirás si no es todo irrisión y una broma, si todo lo que se canta en las escuelas, lo que se expresa en los libros, todo lo que te ve, se oye, se dice, si todo lo que existe. ..

No termino de tanto que me amarga decirlo. ¡Bueno!, sí, por último, ¡todo ello no es piedad, humo, nada!

III

Fui al colegio a partir de los diez años, y tempranamente adquirí una profunda aversión hacia los hombres. Ésta sociedad de niños es tan cruel para sus víctimas como la otra pequeña sociedad, la de los hombres.

Igual injusticia de la multitud, igual tiranía de los prejuicios y de la fuerza, igual egoísmo, pese a lo que se haya dicho acerca del desinterés y la fidelidad de la juventud. ¡Juventud!, edad de locura y de sueños, de poesía y de estupidez, sinónimos en la boca de

personas que juzgan el mundo *sanamente*. Me ofendieron por todos mis gustos; en la clase, por mis ideas; en los recreos, por mis inclinaciones de salvajismo solitario. Desde entonces, fui un loco.

Allí lo pasé pues solo y aburrido, atormentado por mis maestros y burlado por mis compañeros. Mi humor era burlón, e independiente, y mi mordaz y cínica ironía no respetaba menos el capricho de uno solo que el despotismo de todos.

Aún me veo, sentado en los bancos de la clase, absorbido en mis sueños sobre el futuro, pensando en lo más sublime que la imaginación de un niño puede soñar, mientras el pedagogo se burlaba de mis versos latinos, mientras mis compañeros me miraban mofándose. ¡Qué imbéciles!, ¡ellos, reírse de mí!, ellos, tan débiles, tan vulgares, con un cerebro tan estrecho; de mí, cuyo espíritu se ahogaba en los límites de la creación, que me hallaba perdido en todos los mundos de la

poesía, que me sentía superior a todos ellos, que recibía goces infinitos y que tenía éxtasis celestes ante todas las revelaciones íntimas de mi alma.

Yo, que me sentía tan grande como el mundo y que uno solo de mis pensamientos, si hubiera sido de fuego como el relámpago, habría podido reducirme a cenizas, ¡pobre loco!

Me veía joven, con veinte años, rodeado de gloria; soñaba en lejanos viajes a las regiones del Sur; veía el Oriente y sus inmensos desiertos, sus palacios que pisan los camellos con sus campanillas de bronce; veía las yeguas brincando hacia el horizonte rojizo a causa del sol; veía olas azules, un cielo puro, una arena plateada; sentía el perfume de esos océanos tibios del Midi; y luego, junto a mí, bajo una tienda, a la sombra de un áloe de anchas hojas, alguna mujer de piel bronceada, con la mirada ardiente, que me rodeaba con sus dos brazos y me hablaba la lengua de las huríes.

El sol se hundía en la arena, los camellos y los jumentos dormían, el insecto zumbaba en sus ubres, el viento del atardecer pasaba junto a nosotros.

Y, una vez llegada la noche, cuando esta luna plateada arrojaba sus pálidas miradas sobre el desierto, las estrellas brillaban en el cielo sereno, entonces, en el silencio de esta noche cálida y perfumada, soñaba en goces infinitos, voluptuosidades que pertenecen al cielo.

Y seguía siendo la gloria, con sus palmadas, con sus fanfarrias hacia el cielo, sus laureles, su polvareda de oro arrojada a los vientos; era un teatro brillante con sus mujeres aderezadas, diamantes refulgentes, un aire pesado, pechos palpitantes; luego un recogimiento religioso, palabras devoradoras como un incendio, llantos, risas, sollozos, la ebriedad de la gloria, gritos de entusiasmo, el pataleo de la multitud, ¡qué! —vanidad, ruido, nada.

Cuando niño soñaba en el amor; de joven, en la gloria; y hombre, en la tumba, —ese último amor de los que ya no tienen ninguno.

También percibía la antigüedad de los siglos pasados y de las razas enterradas bajo la hierba; veía la banda de peregrinos y de guerreros andando hacia el calvario, deteniéndose en el desierto, muriendo de hambre, implorando a ese Dios que iban a buscar, y, fatigada de sus blasfemias, andando siempre hacia este horizonte sin límites; despulada, cansada, sin aliento, llegando al final de su viaje, desesperada y vieja, para abrazar algunas piedras amias, homenaje del mundo entero.

Veía a los caballeros cabalgando sobre los caballos con armaduras de hierro al igual que ellos; y los lanzazos en los torneos; y el puente de madera descendiendo para recibir al señor feudal que vuelve con mi espada enrojecida y algunos cautivos sobre la grupa de sus caballos; la misma noche, en la oscura catedral, toda la

nave adornada con una guirnalda de pueblos que ascienden hacia la bóveda, en los vitrales, y. en la noche de Navidad, toda la vieja ciudad, con sus tejados puntiagudos cubiertos de nieve, iluminándose y cantando.

Pero era Roma lo que me gustaba, la Roma imperial, esta bella reina revolcándose en la orgía, ensuciando sus nobles vestiduras con el vino del desenfreno, más orgullosa de sus vicios que de sus virtudes. ¡Nerón! Nerón con sus carros de diamante volando en la arena, con sus mil carruajes, sus amores de tigre y sus festines de gigante.

Lejos de las clásicas lecciones, Roma, me transportaba a tus inmensas voluptuosidades, tus iluminaciones sangrientas, tus diversiones abrasadoras.

Y, mecido en estas vagas ensoñaciones, estos sueños en el futuro, arrebatado por este pensamiento aventurero escapado como una yegua desbocada, que atraviesa los torrentes, escala los montes y vuela en el espacio,

permanecía horas enteras, con la cabeza entre las manos, mirando el suelo de mi sala de estudio, o una araña proyectando su tela sobre la tarima de nuestro maestro. Y cuando me despertaba, con la mirada estupefacta, se reían de mí, el más perezoso de todos, que nunca tendría una idea positiva, que no mostraba inclinación por ninguna profesión, que sería inútil en este mundo donde es preciso que cada uno vaya a tomar su parte del pastel, y que en fin nunca sería bueno para nada, —todo lo más para hacer de él un bufón, un exhibidor de animales, o un hacedor de libros.

(Aunque de una salud excelente, mi tipo de carácter, perpetuamente ofendido por la existencia que llevaba y por el contacto de los demás, había ocasionado en mí una irritación nerviosa que me hacía vehemente y exaltado, como el toro enfermo por la picadura de los insectos. Tenía sueños, pesadillas horribles.)

¡Oh!... ¡Qué época tan triste y tediosa! Aún me veo errante, solo por los largos corredores

blanquecinos de mi colegio, mirando cómo despleaban el vuelo de las cúpulas de la iglesia los búhos y las cornejas, o bien tendido en estos lóbregos dormitorios iluminados por la lámpara, cuyo aceite se helaba. Durante las noches, escuchaba largo rato el viento que soplaba lúgubrememente en los espaciosos cuartos vacíos, y que silbaba en las cerraduras haciendo temblar los cristales en sus marcos; oía el paso del celador de ronda que andaba lentamente con su linterna, y, cuando pasaba junto a mí, simulaba estar dormido y en efecto me dormía, medio en sueños, medio en llantos.

IV

Tenía visiones espantosas, para volverse loco de terror. Estaba acostado en la casa de mi padre; todos los muebles se hallaban conservados, pero todo lo que me rodeaba, sin embargo, estaba impregnado de un tinte rojo. Era una noche de invierno y la nieve

desprendía una luminosidad blanca en mi habitación. De pronto, la nieve se fundió y las hierbas y los árboles adquirieron un tinte rosa y quemado, como si un incendio hubiera iluminado mis ventanas; oí ruidos de pasos, subían la escalera; un aire caliente, un vapor fétido ascendió hasta mí. Mi puerta se abrió por sí sola, entraron. Eran muchos, tal vez siete u ocho, no tuve tiempo de contarlos. Había de pequeños y grandes, cubiertos con barbas negras y rudas, sin armas, pero todos sujetaban una hoja de acero entre los dientes, y como se acercaron en círculo alrededor de mi rima, sus dientes se pusieron a crujir y fue horrible.

Separaron mis cortinas blancas, y cada dedo dejaba una huella de sangre; me miraron con grandes ojos fijos y sin párpados; también yo los miraba, no podía hacer ningún movimiento, quise gritar.

Entonces me pareció que la rasa se desprendía de sus fundamentos, como si la hubiera levantado una palanca.

Me miraron así largo rato, luego se separaron, y vi que todos tenían un lado de la cara sin piel y que sangraba lentamente. Me quitaron toda la ropa, y toda estaba ensangrentada. Se pusieron a comer, y el pan que despedazaron rezumaba sangre que caía gota a gota; y se pusieron a reír como el estertor de un moribundo.

Luego, cuando desaparecieron, todo lo que habían tocado, los artesonados, la escalera, el suelo, todo estaba de color rojo debido a ellos.

Tenía un sabor amargo en el corazón, me pareció que había comido carne, y oí un grito prolongado, ronco, agudo, y las ventanas y las puertas se abrieron lentamente, y el viento las hacía golpear y gritar, como una canción extraña de la que cada silbido me desgarraba el pecho como un estilete.

En otra ocasión, estaba en un campo verde y ornado con flores, a lo largo de un río; —mi madre andaba junto a mí por el lado de la orilla; cayó. Vi cómo burbujeaba el agua, cómo

se agrandaba y desaparecían los círculos de repente. —El agua volvió a retomar su curso, y luego ya no oí más que el ruido del agua que pasaba por entre los juncos y curvaba las cañas.

De pronto, mi madre me llamó: “¡Socorro!... ¡socorro!, ¡ay pobre hijo mío, socorro!, ¡auxilio!”

Me tendí boca abajo sobre la hierba para mirar, no vi nada; los gritos continuaban.

Una fuerza invencible me pegaba a la tierra, y oía los gritos: “¡Me ahogo!, ¡me ahogo!, ¡auxilio!”

El agua se deslizaba, se deslizaba límpida, y esta voz que oía desde el fondo del río me llenaba de desesperación y de rabia...

V

Así es cómo era, soñador, despreocupado, con el humor independiente y escarnecedor, forjándose un destino y soñando en toda la poesía de una existencia llena de amor,

viviendo también de mis recuerdos, tantos como pueden tenerse a los dieciséis años.

El colegio me resultaba antipático. Sería un estudio curioso esa profunda aversión manifestada al instante por el contacto y la fricción entre los hombres. Nunca me ha gustado una vida reglamentada, con un horario fijo, una existencia cronometrada, donde es preciso que el pensamiento se detenga a toque de campana, donde todo si* remonta de antemano a siglos y generaciones. Esta regularidad, sin duda, puede convenir a la mayoría, pero para el pobre niño que se nutre de poesía, de sueño y quimeras, que piensa en el amor y en todas las sandeces, supone despertarlo incesantemente de este sueño sublime, supone no dejarle un momento de reposo, supone asfixiarlo devolviéndolo a nuestra atmósfera de materialismo y sentido común, por la que siente horror y aversión.

Andaba solo, con un libro de versos, una novela, poesía, cualquier cosa que hiciera

estremecer a este corazón de hombre joven, virgen de sensaciones y tan descoso de experimentar.

Recuerdo con qué voluptuosidad devoraba entonces las páginas de Byron y de *Werther*; con qué transporte leí *Hamlet*, *Romeo*, y las obras más candentes de nuestra época, en fin todas esas obras que funden el alma en delicias o la hacen arder de entusiasmo.

Me alimenté, en consecuencia, de esta poesía áspera del Norte, que resuena tan bien como las olas del mar, en las obras de Byron. A menudo, a la primera lectura retenía fragmentos enteros, y me los repetía a mí mismo, como una canción que os ha encantado y cuya melodía os persigue siempre.

Cuántas veces no he dicho al principio del "*Giaour*": *Ni una gola de aire*, o bien en "*Childe-Harold*": *Antaño en la antigua Albión, y: ¡Oh mar!, siempre te he amado*. La insipidez de la traducción francesa desapareció ante los solos pensamientos, como si éstos hubieran tenido

un estilo por sí mismos independientemente de las propias palabras.

El carácter de esta pasión abrasadora, unido a una ironía tan profunda debía ejercer gran impacto sobre una naturaleza ardiente y virgen. Todos estos ecos desconocidos en la suntuosa dignidad de las literaturas clásicas tenía para mí un perfume de novedad, un incentivo que me atraía sin cesar hacia esta poesía gigantesca que os da el vértigo y os hace caer en el abismo sin fondo del infinito.

Me había deformado el gusto y el corazón, como decían mis profesores, y entre tantos seres con inclinaciones innobles, mi independencia de espíritu me había hecho considerar el más depravado de todos; era degradado al rango más bajo por la propia superioridad. Apenas me concedían la imaginación, es decir, según ellos, una exaltación del cerebro próxima a la locura.

He ahí cuál fue mi ingreso en la sociedad, y la estima que me atraje.

Si calumniaban mi carácter y mis principios, no atacaban mi corazón, pues en aquel entonces era bueno, y las miserias ajenas me hacían derramar lágrimas.

Recuerdo que de niño, me gustaba vaciar mis bolsillos en los de un pobre. ¡Con qué sonrisa acogían mi paso y qué placer tenía yo también en hacerles un bien!

Es una voluptuosidad, que ignoro desde hace tiempo pues ahora tengo el corazón endurecido, las lágrimas se han secado. Pero, ¡malditos los hombres que me han vuelto corrompido y malo, con lo bueno y puro que era! ¡Maldita esta aridez de la civilización que reseca y debilita todo lo que se eleva al sol de la poesía y del corazón! Esta vieja sociedad corrompida que lo ha echado todo a perder y lo ha consumido todo, ese viejo juez codicioso morirá de marasmo y de agotamiento sobre

estos montones de escombros que llama sus tesoros, sin poeta para cantar su muerte, sin cura para cerrarle los ojos, sin oro para su mausoleo, ya que lo habrá derrochado todo para sus vicios.

VII

¿Cuándo pues tendrá fin esta sociedad degradada por todos los desenfrenos espirituales, corporales y anímicos?

Entonces, sin duda reinará una alegría sobre la tierra, cuando muera este vampiro mentiroso e hipócrita al que llaman civilización; se abandonará la capa real, el cetro, los diamantes, el palacio que se derrumba, la ciudad que cae, para ir al encuentro de la yegua y de la loba.

Tras haber pasado su vida en los palacios y haber desgastado sus pies sobre el adoquinado de las grandes ciudades, el hombre irá a morir en los bosques.

La tierra se secará a causa de los incendios que la han quemado, y se hallará cubierta por la polvareda de los combates; el soplo de desolación que ha pasado sobre los hombres habrá pasado sobre ella, y no dará más que frutos amargos y con espinas, y las razas se extinguirán en la cuna, como las plantas azotadas por los vientos que mueren antes de haber florecido.

En efecto, será preciso que todo acabe y que la tierra se consuma a fuerza de ser pisada; pues la inmensidad finalmente debe estar harta de este grano de polvo que hace tanto ruido y turba la majestad de la nada. Será preciso que el oro se agote a fuerza de pasar de mano en mano y de corromper; será preciso que este vapor de sangre se apacigüe; que el palacio se derrumbe bajo el peso de las riquezas que oculta, que la orgía termine y que uno se despierte.

Entonces, se producirá una inmensa risa de desesperación, cuando los hombres vean este

vacío, cuando se deba abandonar la vida por la muerte, por la muerte que come, que siempre está hambrienta. Y todo crujirá para derrumbarse en la nada, y el hombre virtuoso maldecirá su virtud y su vicio aplaudirá.

Algunos hombres todavía errantes en una tierra árida se llamarán mutuamente; irán al encuentro unos de otros, y retrocederán de espanto, horrorizados de sí mismos, y morirán. ¿Qué será entonces el hombre, él que ya es más feroz que las bestias salvajes y más vil que los reptiles? ¿Adiós para siempre, carros deslumbrantes, fanfarrias y reputaciones; adiós al mundo, a estos palacios, a estos mausoleos, a las voluptuosidades del crimen, y a los goces de la corrupción! La piedra raerá de pronto derribada por sí sola, y la hierba crecerá debajo. Y los palacios, los templos, las pirámides, las columnas, mausoleo del rey, tumba del pobre, cadáver del perro, todo esto se hallará a la misma altura, bajo el césped de la tierra.

Entonces, el mar sin diques se romperá calmado en las orillas e ira a bañar sus olas sobre la ceniza de las ciudades humeantes aún, los árboles crecerán, verdecen, sin una mano para cortarlos y destruir los; los ríos fluirán en prados ornados, la naturaleza será libre, sin hombre para violentarla, y esta raza se extinguirá pues era maldita desde la infancia.

¡Triste y asombrosa época la nuestra!
¿Hacia qué océanos corre este torrente de iniquidades? ¿Adonde vamos en una noche tan profunda? Los que quieren palpar este mundo enfermo se retiran rápidamente, horrorizados por la corrupción que agita en sus entrañas.

Cuando Roma se sintió agonizante, al menos tenía una esperanza, detrás del sudario entreveía la Cruz radiosa, brillando sobre la eternidad Esta religión ha durado dos mil años y he aquí que se agota, que no basta, y es objeto de burla; he ahí que sus iglesias se derriban, y sus cementerios llenos de muertos desbordan.

Y nosotros, ¿qué religión tendremos? Ser tan viejos como somos, y andar todavía por el desierto como los hebreos que huían de Egipto.

¿Dónde estará la Tierra prometida?

Lo hemos probado todo y renegamos de todo sin esperanza. Y además una extraña avidez se ha apoderado de nuestra alma y de la humanidad, hay una inquietud inmensa que nos roe, hay un vacío en nuestra multitud; sentimos a nuestro alrededor un frío sepulcral.

La humanidad se ha puesto a manejar máquinas, y viendo el oro que manaba de ellas, se ha exclamado "Es Dios". Y ese Dios, ella se lo come. ¡Hay! —es que todo ha terminado, ¡adiós! ¡adiós!— vino antes de morir. Cada uno se precipita allí donde le impulsa su instinto, el mundo hormiguea como los insectos sobre un cadáver, los poetas pasan sin tener tiempo para esculpir sus pensamientos, tan pronto como los arrojan sobre hojas, las hojas vuelan; todo brilla y todo resuena en esta mascarada, bajo sus realezas de un día y sus cetros de cartón; el oro

circula, el vino mana, el desenfreno frío levanta su vestido y remueve... ¡horror!, ¡horror!

Y luego, sobre todo ello hay un velo del que cada uno coge su parte y se oculta lo más que puede. ¡IrrisIÓN! ¡Horror! ¡Horror!

VIII

Hay días que me invade un cansancio inmenso y allí donde voy me envuelve un aburrimiento sombrío como una mortaja; sus pliegues me enredan y me molestan, la vida me pesa como un remordimiento. ¡Tan joven y tan cansado de todo, y cuando los hay viejos y todavía llenos de entusiasmo! ¡Y yo estoy tan abatido tan desencantado! ¿Qué hacer? ¿Mirar por la noche la luna que arroja sobre mis artesonados sus rayos temblorosos como un gran follaje, y, durante el día, el sol dorando los tejados vecinos? ¿Esto es vivir? No, es la muerte, sin el reposo del sepulcro.

Y yo tengo pequeñas alegrías para mí solo, reminiscencias infantiles que siguen reconfortándome en mi aislamiento como reflejos de sol poniente a través de los barrotes de una cárcel: nada, la menor circunstancia, un día lluvioso, un sol radiante, una flor, un mueble viejo, me evocan una serie de recuerdos que pasan todos confusos, borrosos como sombras. Juegos de niños sobre la hierba entre margaritas en los prados, detrás de la encina florida, a lo largo de la viña con los racimos dorados, sobre el musgo oscuro y verde, bajo las anchas hojas, las frescas sombras; evocaciones tranquilas y risueñas, como un recuerdo de la infancia, pasáis junto a mí como rosas marchitas.

¡La juventud, sus fervientes transportes, sus instintos confusos del mundo y del corazón, sus palpitaciones de amor, sus lágrimas, sus gritos! Amores del hombre joven, ironías de la edad madura. ¡Ay!, a menudo volvéis con vuestros colores oscuros o tiernos,

huyendo empujadas las unas por las otras, como las sombras que pasan corriendo sobre los muros en las noches invernales. Y yo me sumo frecuentemente en éxtasis ante el recuerdo de cierto buen día pasado hace mucho tiempo, día enloquecedor y alegre con estallidos y risas que aún vibran en mis oídos, y que aún palpitan de alegría, y que me hacen sonreír de amargura. Se trataba de cierta carrera con un caballo saltarín y cubierto de espuma, cierto paseo muy ensoñador bajo una amplia avenida cubierta de sombra, mirando el agua deslizándose por entre los guijarros; o la contemplación de un bello sol resplandeciente, con sus haces de fuego y sus aureolas rojas. Y todavía oigo el galope del caballo, sus ollares humeantes; oigo el agua que fluye, la hoja que tiembla, el viento que curva las espigas como un mar.

Otros son taciturnos y fríos como días lluviosos; recuerdos amargos y crueles que también vuelven; horas de calvario pasadas

llorando sin esperanza, y luego riendo forzosamente para expulsar las lágrimas que ocultan los ojos, los sollozos que ocultan la voz.

¡He permanecido durante muchos días, muchos años, sentado sin pensar en nada, o en todo, sumergido en el infinito que yo quería abrazar y que me devoraba!

Oía caer la lluvia en los desagüaderos, sonar las campanas llorando; veía el sol poniéndose lentamente y la noche avecinándose, la noche sosegante que os apacigua, y luego el día reaparecía, siempre igual, con sus hastíos, su mismo número de horas para vivir, y que yo veía morir con alegría.

Soñaba en el mar, los viajes lejanos, los amores, los triunfos, todas ellas cosas abortadas en mi existencia —cadáver antes de haber vivido.

¡Ay de mí! ¿Nada de todo eso estaba pues hecho para mí? No envidio a los demás, ya que cada uno se lamenta del fardo cuya fatalidad le

abruma; los unos lo echan antes de que la existencia termine, otros lo llevan hasta el final. Y yo, ¿lo llevaré?

Apenas vi la vida, una inmensa aversión nació en mi alma; he llevado todos los frutos a mi boca, me han parecido amargos, los he despreciado y he ahí que me muero de hambre. ¡Morir tan joven, sin esperanza en la tumba, sin estar seguro de quedarse dormido, sin saber si su paz es inviolable! ¡Echarse en los brazos de la nada y dudar de si os recibirá!

Sí, me muero, ¿acaso es vivir ver su pasado como el agua fundida con el mar, el presente como una jaula, el futuro como un sudario?

IX

Hay cosas insignificantes que me han sorprendido enormemente y que siempre conservaré como la marca de un hierro candente, aunque sean triviales y tontas.

Nunca olvidaré una especie de castillo² no lejos de mi ciudad, y que íbamos a ver a menudo. En él habitaba una de estas viejas mujeres del siglo pasado. En su casa todo había conservado el recuerdo pastoril; aún veo los retratos empolvados, los trajes azul cielo de los hombres, y las rosas y los claveles arrojados sobre los artonados con pastoras y rebaños. Todo tenía un aspecto viejo y sombrío; los muebles, casi todos de seda bordada, eran espaciosos y cómodos; la casa era vieja; antiguas fosas, entonces plantadas de manzanos, la rodeaban, y las piedras que se desprendían de vez en cuando de las antiguas almenas iban a rodar hasta el fondo.

No lejos estaba el parque, plantado de grandes árboles, con alamedas sombrías, bancos de piedra cubiertos de musgo, medio derribados, entre los ramajes y las zarzas.

² El castillo de Mauny, cerca de Rúan.

Había una cabra paciendo, y cuando se abría la verja de hierro, se escapaba por entre el follaje.

Los días de buen tiempo, pasaban algunos rayos de sol a través de las ramas y doraban el musgo, aquí, y allá.

Era triste, el viento se infiltraba en estas anchas chimeneas de ladrillos y me daba miedo, por la noche sobre todo, cuando los búhos lanzaban sus gritos en los espaciosos graneros.

A menudo, prolongábamos nuestras visitas hasta bastante tarde en la noche, reunidos alrededor de la vieja hostelera, en una gran sala revestida de losas blancas junto a una amplia chimenea de mármol. Aún veo su tabaquera de oro provista del mejor tabaco de España, su pequeño perrito con largos pelos blancos y su bonita patita, envuelta en un hermoso zapato de tacón alto adornado con una rosa negra.

¡Cuánto tiempo hace de todo esto! La hostelera ha muerto, sus perritos también, su

tabaquera se encuentra en el bolsillo del notario; el castillo sirve de fábrica, y el pobre zapato ha sido arrojado al río.

(Tras tres semanas de interrupción)

...Estoy tan hastiado que siento una profunda desgana por continuar, tras haber releído lo que precede.

¿Pueden divertir al público las obras de un hombre aburrido?

Sin embargo, voy a esforzarme en recrear más a uno y otro.

Aquí empiezan verdaderamente las *Memorias...*

X

Aquí están mis más tiernos y a la vez más penosos recuerdos, y los abordo con una devoción completamente religiosa. Se hallan vivos en mi memoria y casi calientes aún para

mi alma, de tanto que la ha hecho sangrar esta pasión. Es una gran cicatriz en el corazón que durará siempre, pero en el momento de narrar esta página de mi vida, mi corazón palpita como si fuera a remover ruinas queridas.

Ya son viejas estas ruinas; al andar en la vida el horizonte ha desaparecido por detrás, y ¡cuántas cosas desde entonces!, pues los días parecen largos uno a uno, desde la mañana hasta la noche, pero el pasado parece rápido, por lo mucho que el olvido empequeñece el marco que lo ha contenido.

Para mí, todo parece estar ocurriendo aún. Oigo y veo el temblor de las hojas, veo hasta el menor pliegue de su vestido; oigo el timbre de su voz, como si un ángel cantara junto a mí — voz dulce y pura, que os exalta y que os hace morir de amor, voz que tiene un cuerpo, tan bella es, y que seduce como si hubiera un hechizo en sus palabras.

Decirte el año preciso me sería imposible; pero entonces era muy joven, tenía, creo, quince años; este año fuimos a los baños de mar de..., pueblo de Picardía³, encantador con sus casas hacinadas unas sobre otras, negras, grises, rojas, blancas, expuestas a los cuatro vientos, sin alineamiento y sin simetría, como un montón de conchas y de guijarros que la marea ha arrojado sobre la costa.

Hace unos años, nadie venía aquí, pese a que su playa tenga una longitud de media legua y una ubicación envidiable; pero, desde hace poco, ha vuelto a ponerse en boga. La última vez que estuve, vi cantidad de guantes amarillos y de libreas; incluso se proponía construir una sala de espectáculos.

Entonces todo era simple y salvaje; apenas había sino artistas y gente del país. La orilla estaba desierta y, con la marea baja, se veía una playa inmensa con una arena gris y plateada

³ Alusión, de dudosa exactitud geográfica, a Trouville.

que resplandecía al sol, completamente húmeda aún por las olas. A la izquierda, había unas rocas contra las que el mar golpeaba perezosamente, en sus días de sueño, sus superficies ennegrecidas de algas; luego, a lo lejos, el océano azul bajo un sol ardiente, y mugiendo sordamente como un gigante que llora.

Y de regreso al pueblo, se hallaba el espectáculo más pintoresco y más animado. Redes negras y corroídas por el agua en los umbrales de las puertas, los niños por todas partes medio desnudos, andando sobre un guijarro gris, el único pavimento del lugar, marinos con sus trajes rojos y azules; y todo ello simple en su gracia, ingenuo y robusto, todo eso impregnado de un carácter de vigor y de energía.

A menudo iba solo a pasearme por la playa. Un día el azar me condujo hacia el lugar en el que ella se bañaba. Era una playa, no lejos de las últimas casas del pueblo, frecuentada

más especialmente para este uso; hombres y mujeres nadaban juntos, se desvestían en la orilla o en su casa, y dejaban su capa sobre la arena.

Ese día, había quedado una encantadora pelliza roja a rayas negras en la orilla. La marea ascendía, el borde estaba festoneado de espuma; una ola más impetuosa ya había mojado las franjas de seda de esta capa. La saqué para colocarla en un sitio más alejado; la tela era suave y ligera, se trataba de un capuchón.

Aparentemente me habían visto, pues el mismo día durante el almuerzo, y como todo el mundo comía en una sala común en la hospedería donde nos hallábamos alojados, oí a alguien que me decía:

—Señor, os agradezco vuestra galantería.

Me giré; era una joven mujer sentada con su marido en la mesa de al lado.

—¿Cómo? —le dije yo inquieto

—Por haber recogido mi capa; ¿no habéis sido vos?

—Sí, Señora, proseguí yo perplejo.

Me miró.

Yo bajé los ojos y enrojecí. ¡Qué mirada, en efecto!, ¡qué bella era aquella mujer! Aún veo aquella pupila ardiente bajo una ceja negra fijándose en mí como un sol.

Era grande, morena, con magníficos cabellos negros que le caían en trenzas sobre los hombros; tenía nariz griega, ojos abrasadores, cejas altas y admirablemente arqueadas, su piel era ardiente y como aterciopelada con oro; era delgada y fina, se veían venas de azur serpenteando sobre aquella garganta morena y púrpura. Añadirle una pelusilla masculina y enérgica capaz de hacer palidecer las bellezas rubias. Se le habría podido reprochar excesiva robustez o más bien una negligencia artística. Por lo demás, las mujeres en general la encontraban de mal tono. Hablaba lentamente, tenía una voz modulada, musical y dulce...

Llevaba un vestido fino, de muselina blanca, que dejaba al descubierto los contornos suaves de su brazo.

Cuando se levantó para salir, se puso una capota con un solo nudo rosa; la ató con una mano fina y rolliza, una de esas manos con las que se sueña mucho tiempo y que se abrasaría a besos.

Cada mañana iba a verla mientras se bañaba; la contemplaba de lejos bajo el agua, envidiaba la ola suave y apacible que golpeaba sus costados y cubría de espuma este pecho palpitante, veía el contorno de sus miembros bajo los vestidos mojados que la cubrían, veía cómo latía su corazón, cómo se hinchaba su pecho; contemplaba maquinalmente su pie posándose sobre la arena, y mi mirada permanecía fija sobre la huella de sus pasos, y casi habría llorado al ver cómo el oleaje los borraba lentamente.

Y luego, cuando volvía y pasaba junto a mí y yo oía el agua chorreando de sus vestidos y el

roce de su andar, mi corazón latía con violencia; entornaba los ojos, la sangre se me subía a la cabeza, me sofocaba. Sentía este cuerpo de mujer medio desnudo pasando junto a mí con el perfume de las olas. Sordo y ciego, habría adivinado su presencia cuando pasaba así, pues en mí se producía algo íntimo y dulce, que se ahogaba en éxtasis y gratos pensamientos.

Todavía creo ver el lugar donde me hallaba amarrado en la orilla; veo las olas acudiendo de todas parten», rompiéndose, extinguiéndose; veo la playa festoneada de espuma, oigo el ruido de las voces confusas de los bañistas hablando entre sí, oigo el ruido de sus pasos, oigo su aliento como cuando pasaba junto a mí.

Yo estaba inmóvil de estupor, como si la Venus hubiera descendido de su pedestal y se hubiera puesto a andar. Lo que sucedía es que, por primera vez entonces, sentía mi corazón, sentía algo místico, extraño, como un sentido nuevo. Estaba empapado de sentimientos

infinitos, tiernos; era mecido por imágenes nebulosas, vagas; era más grande y a la vez más orgulloso.

Amaba.

¡Amar, sentirse joven y lleno de amor, sentir la naturaleza y sus armonías palpitando en uno mismo, tener necesidad de esta fantasía, de esta acción del corazón y sentirse dichoso de ello! ¡Ah!, ¡los primeros latidos del corazón del hombre, sus primeras palpitaciones de amor!, ¡qué dulces y extrañas son! Y más tarde, ¡cuan necias y tontamente ridículas parecen! ¡Asombroso! En este insomnio, la pena y la alegría son inseparables. ¿Sigue siendo por vanidad? ¡Ah!, ¿y si el amor no fuera más que orgullo? ¿Hay que negar lo que los más impíos respetan? ¿Habría que reírse del corazón? — ¡Ay! ¡Ay!, las olas han borrado los pasos de María.

Primero fue un estado singular de sorpresa y admiración, una sensación completamente mística en cierto modo, excluida de toda idea

de voluptuosidad. No fue hasta más tarde cuando experimenté este ardor frenético y oscuro de la carne y del alma, y que devora a uno y otro.

Me encontraba ante el extrañamiento del corazón que experimenta su primera pulsación. Me sentía como el primer hombre cuando hubo conocido todas sus facultades.

En qué soñaba, sería casi imposible decirlo: me sentía nuevo y absolutamente ajeno a mí mismo; una voz me había llegado al alma. Nada, un pliegue de su vestido, una sonrisa, su pie, la menor palabra insignificante me impresionaban como cosas sobrenaturales, y tenía para soñar todo un día. Seguía su rastro en el ángulo de un largo muro, y el roce de sus vestidos me hacía palpar de gozo. Cuando oía sus pasos, las noches que ella andaba o avanzaba hacia mí... No, no sabría decir cuántas sensaciones dulces, ni qué ebriedad del corazón, de beatitud y de locura hay en el amor.

Y ahora, pese a reírme tanto de todo, a hallarme tan amargamente persuadido de lo grotesco de la existencia, siento aún que el amor, este amor tal como lo soñé en el colegio sin conocerlo y que he experimentado más tarde, que me ha hecho llorar tanto y del que tanto me he reído, ¡hasta qué punto creo aún que debe ser a la vez la cosa más sublime de todas o la necedad más jocosa!

¡Dos seres arrojados sobre la tierra por un azar, cualquier cosa, y que se encuentran, se aman, porque uno es mujer y el otro hombre! Helos allí sin aliento el uno por el otro, paseándose juntos por la noche y mojándose con el rocío, mirando la luz de la luna y pareciéndoles diáfana, admirando las estrellas, y diciendo en todos los tonos: te amo, me amas, me ama, nos amamos, y repitiéndolo entre suspiros, besos; y luego vuelven impulsados ambos por un ardor sin igual, pues esas dos almas tienen sus órganos violentamente excitados. ¡Y ahí los tenéis muy pronto

grotescamente acoplados entre rugidos y suspiros recelosos uno y otro por reproducir a un imbécil sobre la tierra, un desdichado que los imitará! Contempladlos, más bestias en este momento que los perros y las moscas, desvaneciéndose, y ocultando precavidamente a los ojos de los hombres su goce solitario — pensando tal vez que la felicidad es un crimen y la voluptuosidad una vergüenza.

Se me perdonará, supongo, no hablar del amor platónico, este amor exaltado como el de una estatua o de una catedral, que rechaza toda idea de celos y de posesión, y que debería hallarse entre los hombre» mutuamente, pero que rara vez he tenido ocasión de percibir. Amor sublime si existiera, pero que nada más es un sueño, como todo lo que es bello en este mundo.

Me detengo aquí, pues el sarcasmo del anciano no debe marchitar la virginidad de los sentimientos del hombre joven; yo, lector, me habría indignado tanto como tú, si entonces

alguien se me hubiera dirigido con un lenguaje un cruel. Yo creía que una mujer era un ángel... ¡Oh!, ¡cuánta razón tuvo Moliere al compararla con un potaje!

XI

María tenía un hijo; era una niña; la querían, la abrazaban, la colmaban de caricias y besos. ¡Cómo habría recogido uno solo de estos besos, semejantes a perlas, dados con profusión sobre la cabeza de esta niña en pañales!

María la criaba ella misma, y un día la vi descubriendo su escote y ofreciéndole su seno.

Tenía una garganta gruesa y redonda, de piel oscura y venas de azur que se hacían visibles bajo aquella carne ardiente. Nunca había visto a una mujer desnuda hasta entonces ¡Oh!, en qué éxtasis tan singular me sumió la vista de aquel seno; ¡cómo la devoré con los ojos, cuánto me hubiera gustado tocar solamente este pecho! Me parecía que, de haber

puesto mis labios, mis dientes la habrían mordido de rabia; y mi corazón se fundía en delicias pensando en las voluptuosidades que procuraría aquel beso.

¡Oh!, ¡cuánto tiempo he vuelto a ver a aquel escote palpitante, aquel largo cuello gracioso y aquella cabeza inclinada, con sus cabellos negros enrollados en papillotes, hacia este niño que mamaba, y al que ella mecía lentamente sobre sus rodillas, canturreando una melodía italiana!

XII

No tardamos en entablar una intimidad mayor: digo *tardamos*, pues personalmente cuanto a mí me habría expuesto mucho dirigiéndole una palabra, en el estado en que su vista me había sumido.

Su marido procedía del medio entre el artista y el viajante de comercio; llevaba bigote; fumaba intrépidamente, era vivo, buen

muchacho, amistoso; no despreciaba para nada la mesa, y una vez lo vi andar tres leguas para ir a buscar un melón a la ciudad más próxima; había venido en su silla de posta con su perro, su mujer, su hija y veinticinco botellas de vino del Rhin.

En los baños de mar, en el campo o de viaje, uno se habla con mayor facilidad, uno desea conocerse; poca cosa basta para iniciar la conversación, la lluvia y el buen tiempo son más frecuentes que en cualquier otra parte; se protesta sobre la incomodidad de los alojamientos, sobre lo detestable de la comida de hospedería. Este último rasgo sobre todo es del mejor tono posible. "¡Oh!, ¡la ropa está sucia! ¡Está demasiado picante; está demasiado sazonado! ¡Ay!, ¡horror!, querida."

Si se va a pasear en grupo, se atribuye a quien más se extasía ante la belleza del paisaje. ¡Qué maravilloso es!, ¡qué maravilloso es el mar! Agregad algunas palabras poéticas y enfáticas, dos o tres reflexiones filosóficas

entreveradas con suspiros y aspiraciones nasales más o menos fuertes; si sabéis dibujar, sacad vuestro álbum de cuero, o mejor aún, hundiros el gorro hasta los ojos, cruzaros de brazos y dormiros para simular que pensáis.

Hay mujeres que he presentido cultivadas a un cuarto de hora lejos, únicamente por la manera en que miraban las olas.

Deberéis quejaros de los hombres, comer poco y apasionaros por una rosa, admirar un prado y moriros de amor por el mar. ¡Ay!, entonces serán deliciosos, dirán: ¡Qué joven encantador!, ¡qué hermosa blusa lleva!, ¡qué finas botas calza!, ¡qué gracia!, ¡qué hermosa alma! Es una necesidad hablar de este instinto de ir en rebaño a cuya cabeza van los más osados, el que ha hecho en el origen las sociedades y que en nuestros días compone las reuniones.

Sin duda, lo que nos hizo conversar por primera vez fue un motivo semejante. Era a primera hora de la tarde, hacía calor y el sol

irradiaba en la sala, a pesar de los aleros. Algunos pintores, María, su marido y yo nos habíamos quedado tendidos en unas sillas fumando y bebiendo ponche.

María fumaba, o por lo menos, si un resto de necesidad femenina se lo impedía, le gustaba el olor a tabaco (¡monstruosidad!) ¡incluso me ofreció cigarrillos! Charlamos de literatura, tema inagotable con las mujeres; participé cuanto pude, hablé largamente, y con ardor; María y yo éramos perfectamente del mismo parecer en materia de arte. Nunca he oído a nadie sentirlo con mayor ingenuidad y menores pretensiones; ella utilizaba palabras simples y expresivas que resaltaban, y sobre todo con tanta negligencia y gracia, tanto abandono, tanta indolencia, que hubiérase dicho que cantaba.

Una noche, su mando nos propuso una salida en barca. Como hacía el tiempo más bueno del mundo, aceptamos.

XIII

¿Cómo describir con palabras estas cotas para las que no hay lenguaje, estas impresiones del corazón, estos misterios del alma que ella misma desconoce? ¿Cómo decirnos todo lo que experimenté, todo lo que pensé, todo lo que gocé aquella velada?

Era una hermosa noche de verano; hacia las nueve, subimos a la chalupa, colocaron los remos, partimos. El tiempo era apacible, la luna se reflejaba sobre la superficie indiferenciada del agua y la estela de la barca hacía vacilar su imagen sobre las olas. La marea empezó a subir y sentimos las primeras olas meciendo lentamente la chalupa. Todos estábamos callados. María se puso a hablar. No sé lo que dijo, me dejaba hechizar por el sonido de sus palabras tal como se dejaba mecer por el mar. Se hallaba junto a mí, sentía el contorno de su hombro y el contacto de su vestido; alzaba su

mirada al dato, puro, estrellado, resplandeciente de diamantes y mirándose en las olas azules. Parecía un ángel, viéndola así, la cabeza erguida con esta mirada celeste.

Yo estaba ebrio de amor, escuchaba a los dos remos levantándose cadenciosamente, a las olas golpeando los dos flancos de la barca; me dejaba afectar por todo ello, y escuchaba la voz de María dulce y vibrante.

¿Acaso podré expresaros todas las melodías de su voz, todas las gracias de su sonrisa, todas las bellezas de su mirada? ¡Os contaré alguna vez que, esta noche llena del perfume del mar, con sus olas transparentes, su arena plateada por la luna, esta onda bella y apacible, este cielo resplandeciente, y además esta mujer junto a mí, era algo para hacer morir de amor! ¿Todos los goces de la tierra, todas sus voluptuosidades, lo que hay de más dulce, de más exaltante? Tenía todo el encanto de un sueño con todos los goces de la verdad. Me dejaba arrastrar por todas estas emociones, me

anticipaba a ellas con una alegría insaciable, me exaltaba sin fundamento a causa de esta calma llena de voluptuosidades, de esta mirada de mujer, de esta voz; me sumergía en mi corazón y hallaba en él voluptuosidades infinitas. ¡Qué feliz me sentía!, felicidad del crepúsculo que cae en la noche, felicidad que pasa como la ola expirada, como la orilla...

Regresamos, desembarcamos: Acompañé a María hasta su casa, no le dije una sola palabra, era tímido; la seguía, soñaba con ella, con el ruido de su andar y, cuando hubo entrado, miré largo rato el muro de su casa iluminado por los rayos de la luna; vi su luz brillando a través de los cristales, y la mirada de vez en cuando mientras volvía por la playa; luego, cuando esta luz desapareció: Duerme, me dije. Y luego, de pronto, me asaltó un pensamiento, pensamiento de rabia y de celos: —¡Oh! no, no duerme— y mi alma experimentó todas las torturas de un condenado.

Pensé en su marido, en este hombre vulgar y jovial, y se me aparecieron las imágenes más horrendas. Me asemejaba a estas personas a las que se hace morir de hambre dentro de jaulas y rodeadas de los platos más exquisitos.

Estaba solo en la playa. Solo. Ella no pensaba en mí. Al mirar esta soledad inmensa ante mí y esta otra soledad, más terrible aún, me puse a llorar como un niño, pues no lejos de mí, a unos pasos, estaba ella, detrás de esos muros que yo devoraba con la mirada; allí estaba ella, bella y desnuda, con todas las voluptuosidades de la noche, todas las gracias del amor, todas las castidades del lumen. Este hombre sólo tenía que abrir los brazos y ella se echaba en ellos sin esfuerzos, sin demora, se acercaba a él. Se amaban, se abrazaban. Para él todos los goces, todas sus delicias para él; mi amor bajo sus pies; para él esta mujer toda entera, su cabeza, su garganta, sus senos, su cuerpo, su alma, sus sonrisas, sus dos brazos

envolventes, sus palabras de amor; para él todo, para mí nada.

Me puse a reír, pues los celos me inspiraron pensamientos obscenos y grotescos; entonces los mancillé a los dos. Acumulé sobre ellos las ridiculeces mas amargas, y me esforcé en reírme de piedad por estas imágenes que me habían hecho llorar de envidia.

La marea empezaba a descender, y de trecho en trecho se veían grandes espacios llenos de agua plateada por la luna, espacios de arena todavía mojada cubiertos de algas, aquí y allí algunas rocas a flor de agua o, alzándose más arriba, negras y blancas; hilillos formados y desgarrados por el mar, que se retiraba rugiendo.

Hacía calor, me sofocaba. Volví a la habitación de mi hospedería con la intención de dormir. Seguía oyendo las olas a los lados del bote, oía cómo caía el remo, oía la voz de María que hablaba; tenía fuego en las venas, todo esto pasaba de nuevo ante mí, y el paseo del

atardecer, y el de la noche por la orilla del mar; veía a María acostada, y me detenía allí, pues lo demás me hacía estremecer. Tenía lava en el alma; todo ello me fatigaba en exceso y, tendido de espaldas, miraba cómo se quemaba mi candelera y cómo temblaba su disco en el techo; veía el sebo deslizándose alrededor del candelabro de cobre y la chispa negra alargándose en la llama, con un atontamiento estúpido.

Finalmente amaneció y me dormí.

XIV

Tuvimos que partir; nos separamos sin poder decirle adiós. Abandonó los baños el mismo día que nosotros. Era un domingo. Ella partió por la mañana, nosotros por la tarde.

Partió y no volví a verla. ¡Adiós para siempre! Partió como la polvareda que se levantó detrás de sus pasos. ¡Cuánto he pensado en ello desde detrás de sus pasos!

¡Cuánto he pensado en ello desde entonces!, ¡cuántas horas confundido ante el recuerdo de su mirada o la entonación de sus palabras!

Hundido en el carruaje, transportaba mi corazón mucho más lejos del camino que habíamos recorrido, volvía a situarme en el pasado que ya no volvería; pensaba en el mar, en sus olas, en su orilla, en todo lo que acababa de ver, todo lo que había sentido; las palabras dichas, los gestos, las acciones, la menor cosa, todo eso palpitaba y vivía. En mi corazón había un caos, un murmullo inmenso, una locura.

Todo había sido como un sueño. ¡Adiós para siempre a estas bellas flores de la juventud tan pronto marchitas y hacia las que más tarde uno se transporta de vez en cuando con amargura y placer a un mismo tiempo! Finalmente vi las casas de mi ciudad, volví a mi hogar, todo me pareció desierto y lúgubre, vacío y hueco; me puse a vivir, a beber, a comer y a dormir.

Llegó el invierno y regresé al colegio.

Si os dijera que he amado a otras mujeres, mentiría como un infame. Sin embargo, lo he creído, me he esforzado por vincular mi corazón a otras pasiones, se ha deslizado por encima suyo como sobre hielo.

De niño, se han leído tantas cosas sobre el amor, esta palabra parece tan melodiosa, se sueña tanto con ella, se desea tan fuerte experimentar este sentimiento que os hace palpar en la lectura de novelas y dramas, que ante cada mujer que uno ve se dice: "¿no es eso el amor?". Uno trata de amar para hacerse hombre.

No he estado exento más que ningún otro de esta debilidad infantil, he suspirado como un poeta elegiaco, y, tras muchos esfuerzos, me quedaba completamente sorprendido de encontrarme algunas veces quince días sin haber pensado en la que había escogido para

soñar. Toda esta vanidad infantil se desvaneció ante María.

Pero debo remontarme más lejos: he hecho el juramento de decirlo Lodo; parte del fragmento que van a leer había sido compuesto en diciembre pasado, antes de que se me ocurriera la idea de hacer las *Memorias de un loco*. Como debía ir separado, lo había colocado en H marco que sigue.

Ahí está, tal cual:

De todos los sueños del pasado, los recuerdos de antaño y mis reminiscencias de juventud, he conservado un número muy reducido, con lo que me entretengo en las horas de aburrimiento. A la evocación de un hombre, vuelven todos los personajes, con sus trajes y su lenguaje, para representar su papel tal como lo desempeñaron en mi vida, y los veo actuar ante mí como un Dios que se divirtiera mirando sus mundos creados. Sobre todo uno, el primer amor, que nunca fue violento ni apasionado, borrado después por otros deseos, pero que

permanece en el fondo de mi corazón como una antigua vía romana que se hubiera recorrido con el innoble vagón de un ferrocarril; es el relato de estas primeras pulsaciones del corazón, de estos inicios de voluptuosidades infinitas y vagas, de todas las cosas etéreas que acontecen en el alma de un niño al ver los senos de una mujer, sus ojos, al oír sus cantos y sus palabras; es esta miscelánea de sentimiento y de fantasía lo que debía exhibir como un cadáver ante un círculo de amigos, que vinieron un día, durante el invierno, en diciembre, para reconfortarse, y hacerme charlar apaciblemente junto al fuego, fumando una pipa cuya aspereza se remedia con un líquido cualquiera.

Después que todos llegaron y se sentaran, tras proveer su pipa y llenarse los vasos, y nos halláramos dispuestos en corro alrededor del fuego, uno con las pinzas en mano, otro soplando, un tercero removiendo las cenizas

con su bastón, y cuando cada uno tuvo una ocupación, empecé:

—Mis queridos amigos —les dije—, tendréis la amabilidad de excusar alguna que otra cosa, alguna palabra vanidosa que surja en mi relato.

(Una adhesión de todas las cabezas me indujo a empezar.)

Recuerdo que era un jueves, por el mes de noviembre, hace dos años estaba en quinto, creo. La primera vez que la vi, estaba almorzando en casa de mi madre, cuando entré con un paso precipitado, como un escolar que ha olido toda la semana la comida del jueves. Ella se volvió; apenas la saludé, pues entonces era tan bobo y tan infantil que no podía ver a una mujer, de las que al menos no me llamaban un niño como las señoras, o un amigo, como las niñas, sin enrojecer o más bien sin hacer nada ni decir nada.

Pero, gracias a Dios, desde entonces he ganado en vanidad y en desfachatez, todo lo que he perdido en inocencia y candor.

Eran dos muchachas, hermanas, compañeras de la mía, unas pobres inglesas que habían hecho salir de su pensionado para llevarlas al campo a airearse, para pasearlas en carruaje, hacerlas correr en el jardín y por último divertir las, sin el ojo de un vigilante que aplaca y modera las expansiones infantiles. La mayor tenía quince, la segunda apenas doce; ésta era pequeña y delgada, sus ojos eran más vivos, más grandes y más bellos que los de su hermana mayor, pero esta otra tenía una cabeza tan redonda y tan graciosa, su piel era tan fresca, tan rosada, sus dientes cortos tan blancos bajo sus labios, y todo ello quedaba tan bien encuadrado mediante mechones de hermosos cabellos castaños, que resultaba imposible no concederle la preferencia. Era pequeña y tal vez un poco gruesa, éste era un defecto más visible; pero lo que más me

complacía en ella, era una gracia infantil sin pretensiones, un perfume de juventud que exhalaba en derredor suyo. Había tal ingenuidad y candor en ella que ni los más impíos podían dejar de admirarla.

Me parece estar viéndola todavía a través de los cristales de mi habitación, mientras corría en el jardín con otras compañeras; aún veo cómo su vestido de seda ondula bruscamente sobre sus talones retumbando, y cómo sus pies alzan el vuelo para correr por las avenidas arenosas del jardín, y luego se detienen sin aliento, se cogen recíprocamente por el talle y se pasean gravemente charlando, sin duda, de fiestas, danzas, placeres y amores —¡pobres muchachas!

La intimidad surgió muy pronto entre todos nosotros; al cabo de cuatro meses le abrazaba como a mi hermana, todos nos tuteábamos. ¡Me gustaba tanto charlar con ella!, su acento extranjero tenía algo de fino y

delicado que hacía su voz fresca como sus mejillas.

Por otra parte, en las costumbres inglesas hay una negligencia natural y un abandono de todas nuestras conveniencias que podría tomarse por una coquetería refinada, pero que sólo es un encanto que atrae tanto, como estos fuegos fatuos que huyen sin cesar. A menudo, hacíamos paseos en familia, y recuerdo que un día, en invierno, fuimos a visitar a una anciana que vivía en una zona que domina la ciudad.

Para llegar a su casa, había que atravesar huertos plantados de manzanos, donde la hierba era alta y húmeda; una niebla envolvía la ciudad y, desde lo alto de nuestra colina, veíamos los tejados hacinados y paralelos cubiertos de nieve, y luego el silencio del campo, y a lo lejos el ruido lejano de los pasos de una vaca o un caballo, cuya pata se hunde en los surcos.

Al atravesar una valla pintada de blanco, su abrigo se agarró a las espinas de la haya; fui

a desatarla, me dijo: gracias, con tal desenvoltura y abandono que soñé con ella todo el día.

Luego se pusieron a correr, y sus abrigos, que el viento levantaba tras ellas, Rotaban ondulándose como una ola en descenso; se detuvieron sofocadas. Aún me acuerdo de sus alientos que susurraban en mis oídos y que salían por entre sus dientes blancos en un vaho vaporoso.

¡Pobre muchacha! ¡Era tan buena y me abrazaba con tanta ingenuidad!

Llegaron las vacaciones de Pascua, fuimos a pasarlas al campo. Recuerdo un día... hacía calor, no se distinguía la cintura, su vestido no era entallado; nos paseamos juntos, pisando el rocío de las hierbas y de las flores de abril. Llevaba un libro en la mano; era de versos, creo; lo dejó caer. Nuestro paseo continuó.

Ella había corrido, la abracé al cuello, mis labios permanecieron pegados sobre esta piel

aterciopelada y húmeda de un sudor embalsamados.

No sé de qué hablamos, de lo primero que se nos ocurría.

—Serás animal— dijo uno de los auditores interrumpiéndome.

—De acuerdo, querido, el corazón es estúpido.

Por la tarde, sentía mi corazón lleno de una alegría dulce y vaga; soñaba deliciosamente, pensando en sus cabellos enrollados en papillotes que encuadraban sus vivos ojos, y en su garganta ya formada que siempre abrazaba tan abajo como me lo permitía un *ridículo rigorista* fui al campo, me adentré en los bosques, me senté en un claro, y me puse a pensar en ella.

Me hallaba tendido boca abajo, arrancaba las briznas de hierba, las margaritas de abril y cuando alcé la cabeza, el cielo blanco, azul y mate formaba encima mío una cúpula de azur que se hundía en el horizonte detrás de los

prados reverdecientes; por casualidad, llevaba papel y lápiz, e hice unos versos...

(Todo el mundo se puso a reír.)

...los únicos que he hecho en mi vida; quizás había treinta, apenas necesité una media hora, pues siempre tuve una admirable facilidad de improvisación para todo tipo de tonterías; aunque la mayor parte de estos versos eran falsos como declaraciones de amor, cojos como la bondad.

Recuerdo entre otros:

*...cuando al atardecer
Fatigado, de jugar y de
mecerme⁴.*

Me aguijoneaba para pintar un calor que nunca he visto sino en los libros; luego, a propósito de nada, pasaba a una melancolía sombría y digna de Anthony, aunque realmente tuviera el alma empapada de un

⁴ *...quand le soir / Fatiguée du jeu et de la balançoire*

candor y un tierno sentimiento mezclado de estupidez, de reminiscencias suaves y de perfumes del corazón, y decía a propósito de nada:

*Mi dolor es amargo, mi tristeza profunda,
Y estoy sepultado como un hombre en la tumba⁵.*

Los versos ni siquiera eran versos, pero tuve el sentido común de quemarlos, manía que debería atormentar a la mayoría de los poetas.

Volví a casa y la encontré jugando en el parterre. La habitación en la que se acostaron estaba junto a la mía; las oí reír y charlar durante largo rato, mientras yo... Me dormí en seguida como ellas, pese a todos los esfuerzos que hice por mantenerme despierto lo más posible. Pues, indudablemente, vosotros habéis

⁵ *Ma douleur est amère, ma tristesse profonde, / Et j'y suis enseveli comme un homme dans la tombe*

hecho lo que yo a los quince años, y alguna vez halléis creído amar con este amor ardiente y frenético, como habéis visto en los libros., mientras en la epidermis del corazón no teníais más que un rasguño de esta garra de hierro que se llama pasión, y soldabais con todas las fuerzas de vuestra imaginación sobre este modesto fuego que apenas ardía.

¡Son tantos los amores del hombre en la vida! A los cuatro años, amor por los caballos, por el sol, por las flores, por las armas que brillan, por las libreas de soldado; a los diez, amor por la niña que juega con vosotros; a los trece, amor por una gran mujer de senos rollizos, pues recuerdo que lo que los adolescentes adoran con locura es un pecho de mujer, blanco y mate, y como dice Marot:

*Tetin... refaict plus blanc qu'un
oeuf,
Tetin de satín blanc tout neuf⁶.*

Estuve a punto de desmayarme la primera vez que vi desnudos los dos pechos de una mujer. Finalmente, a los catorce o quince años, amor por una muchacha que viene a vuestra casa, un poco más que una hermana, menos que una amante; luego a los dieciséis años, amor por otra mujer hasta los veinticinco; luego se ama tal vez a la mujer con la que uno se casará.

Cinco años más tarde, se ama a la bailarina que hace saltar su vestido de gasa sobre sus muslos carnosos; en fin, a los treinta y seis, amor por ser diputado, amor por la especulación y por las condecoraciones; a los cincuenta, amor a cenar con el ministro o con el alcalde; a los sesenta, amor por la prostituta

⁶ *Pechito relleno más blanco que un huevo. / Pechito de raso blanco todo nuevo.*

que os llama a través de los cristales y hacia la cual se dirige una mirada de impotencia, un reproche hacia el pasado. ¿No es cierto todo esto? Pues yo he padecido todos estos amores; sin embargo, no todos, ya que no he vivido todos mis años, y cada año, en la vida de muchos hombres, está marcado por una pasión nueva, la de las mujeres, la del juego, la de los caballos, la de las botas finas, la de los bastones, la de los lentes, la de los carruajes, la de los cargos. ¡Cuánta» locuras en un hombre! ¡Oh!, es obvio que no son más vahados los matices del disfraz de arlequín que las locuras del espíritu humano, y los dos llegan al mismo resultado, el de raerse uno y otro y hacer reír algún tiempo: al público por su dinero, el filósofo por su ciencia.

—¡Al grano! —inquirió uno de los auditores, impasible hasta entonces, y sin dejar su pipa más que para lanzar sobre mi digresión, que se desviaba pe las ramas, la saliva de su reproche

—Apenas sé qué decir a continuación, pues hay una laguna en la historia, un verso de menos en la elegía. Pasó vano tiempo así. En el mes de mayo, la madre de estas niñas vino a Francia a traer a su hermano. Era un muchacho encantador, rubio como ellas, con vivas muestras de granujería y de orgullo británico.

Su madre era una mujer pálida, delgada e indolente. Iba vestida de negro; sus modales y sus palabras, su aspecto tenían un aire indolente, un poco fofo, es cierto, pero que se asemejaba al *farnient* italiano. No obstante, todo eso estaba perfumado de buen gusto, dejando relucir un barniz aristocrático. Se quedó un mes en Francia.

Luego partió de nuevo, y vivimos así como si te dos fueran de la familia, yendo siempre juntos en nuestros paseos, nuestras vacaciones, nuestros días de asueto. Todos éramos hermanos y hermana.

En nuestras relaciones de cada día había tanta gracia y efusión, intimidad y abandono,

que es quizás degeneró en amor, al menos por su parte y tuve pruebas evidentes de ello.

Cuanto a mí, puedo atribuirme el papel de un hombre moral, pues no tenía ninguna pasión Y lo habría querido.

A menudo, se me acercaba, me cogía por el talle me miraba, charlaba. ¡Encantadora niña! Me pedía libros, piezas de teatro de las que me devolví muy pocas; subía a mi habitación, yo estaba muy turbado. ¿Podía suponer tanta ingenuidad? Un día se tendió en mi diván en una posición muy equívoca; yo estaba sentado junto a ella sin decir nada.

Ciertamente, el momento era crítico, no lo aproveché, la dejé marchar.

Otras veces, me abrazaba llorando. Yo no podía creer que me amaba realmente. Ernest estaba persuadido de ello, me lo hacía observar, me trataba de imbécil —mientras que yo era tímido e indolente a la vez.

Era algo dulce, infantil, que ninguna idea de posesión ensombrecía pero que por este

mismo motivo, carecía de energía; sin embargo, era demasiado inocente para tratarse de platonismo.

Al cabo de un año, su madre vino a vivir a Francia; luego al cabo de un mes regresó a Inglaterra. Sus hijas habían sido sacadas de pensión y se alojaban con su madre en una calle desierta, en el segundo piso.

Durante su viaje, las veía a menudo en las ventanas. Un día, que yo pasaba, Caroline me llamó. Subí. Estaba sola, se echó a mis brazos y me abrazó efusivamente; fue la última vez, pues después se casó.

Su profesor de dibujo había ido a visitarla con frecuencia; se proyectó una boda, se concertó y deshizo cien veces. Su madre volvió de Inglaterra sin su marido, del que nunca más se oyó hablar; Carolina se casó el mes de enero. Un día la encontré con su mando. Apenas me saludó.

Su madre ha cambiado de domicilio y de modales, ahora recibe a jóvenes modistos y

estudiantes en su casa, va a los bailes de máscaras y lleva allí a su hija menor.

Hace dieciocho meses que no las hemos visto.

He ahí cómo termina una relación que prometía convertirse tal vez en una pasión con la edad, pero que se desvaneció por sí misma.

¿Es preciso decir que ello había sido ron respecto al amor lo que el crepúsculo a la hora cumbre del día, y que la mirada de María hizo desaparecer el recuerdo de esta pálida niña?

Es un fuego insignificante del que ya no queda más que fría ceniza.

XVI

Esta página es corta, yo quisiera que todavía lo fuera más. Ocurrió lo siguiente.

La vanidad me impulsó al amor, no, a la voluptuosidad; ni siquiera a esto, a la carne.

Se mofaban de mi castidad, a causa de ello enrojecía, me avergonzaba, me apenaba como si fuera una corrupción.

Se me presentó una mujer, la tomé; y me arranqué de sus brazos completamente hastiado y amargado. Pero entonces, podía hacer el *Lovelace* de cafetín, decir tantas obscenidades como otro cualquiera ante un bol de ponche; entonces era un hombre, había ido a cometer el vicio, tomo si fuera un deber, y luego me había jactado de ello. Tenía quince años, hablaba de mujeres y de amantes.

A esta mujer le cogí odio; se me acercaba, la dejaba; dispensaba sonrisas que me desagradaban tanto como una mueca espantosa.

Tuve remordimientos, como si el amor de María hubiera sido una religión que yo hubiera profanado.

Yo me preguntaba si aquéllas eran las delicias que había soñado, esos transportes de fuego que me había imaginado en la virginidad de aquel corazón infantil.

¿Eso es todo? ¿Acaso tras este frío goce, no debía haber otro más sublime, más vasto, casi divino, y que haga sumirse en éxtasis? ¡Oh!, no, todo había terminado, había ido a apagar en el ceno ese fuego sagrado de mi alma. ¡Oh!, María, había arrastrado al fango el amor que tu mirada había creado, lo había derrochado caprichosamente, en la primera mujer que apareció, sin amor, sin deseo, impulsado por una vanidad infantil, por un cálculo de orgullo para no enrojecer más de una manera licenciosa, para tener apostura en una orgía. ¡Pobre María!

Estaba hastiado, un tedio profundo me invadió el alma, sentí piedad por estas alegrías

de un momento, y estas convulsiones de la carne. Tenía que ser muy miserable, yo que estaba tan vanidoso de aquel amor tan alto, de aquella pasión sublime y que consideraba mi corazón más vasto y más bello que los de los demás hombres; ¡yo, ir como ellos!... ¡Oh!... no, ni uno solo lo ha hecho quizás por los mismos motivos; casi todos han sido impulsados a ello por los sentidos, han obedecido al instinto de la naturaleza como un perro; pero había mayor degradación en hacer un cálculo, excitarse en la corrupción, entregarse en los brazos de una mujer, manosear su carne, lanzarse al arroyo para levantarse y mostrar sus manchas.

Y luego me avergoncé de ello como de una vil profanación; habría querido ocultar a mis propios ojos a la ignominia de la que me había jactado.

Me transportaba a estos tiempos en que para mí la carne no tenía nada de innoble y en que la perspectiva del deseo me mostraba formas vagas y voluptuosidades que mi

corazón me creaba. No, nunca podrán expresarse todos los misterios del alma virgen, todas las cosas que siente, ni todos los mundos que concibe. ¡Cuan deliciosos son sus sueños!, ¡cuan etéreos y tiernos son sus pensamientos!, ¡cuan amarga y cruel es su decepción!... ¡Haber amado, haber soñado con el cielo, haber visto todo lo que el alma tiene de más puro, de más sublime, y encadenarse seguidamente a todas las pesadeces de la carne, toda la languidez del cuerpo! ¡Haber soñado con el cielo y caer en el cieno!

Quién me devolverá, ahora, todas las cosas que he perdido, mi virginidad, mis sueños, mis ilusiones, cosas todas marchitas —pobres flores que la helada ha matado antes de abrirse.

XVIII

Si he experimentado momentos de entusiasmo, se los debo al arte; y, sin embargo, ¡qué vanidad es el arte!, querer pintar al

hombre en un bloque de piedra o el alma en palabras, los sentimientos a través de sonidos y la naturaleza sobre una tela barnizada. ..

No sé qué poder mágico posee la música; durante semanas enteras he soñado en el ritmo cadenciado de una melodía o en los amplios contornos de un coro majestuoso; hay sonidos que penetran en mi alma y voces que me funden en delicias. Me gustaba la orquesta retumbando con sus olas de armonía, sus vibraciones sonoras y este vigor inmenso que parece tener músculos y que muere al final del arco; mi alma seguía la melodía desplegando sus alas hacia el infinito y ascendiendo en espirales, pura y lenta, como un perfume que se eleva hacia el cielo. Me gustaba el ruido, los diamantes que destellan a las luces, todas estas manos de mujer enguantadas y aplaudiendo con flores; miraba el ballet chispeante, los vestidos rosas ondulantes; escuchaba el ruido cadencioso de los pasos al andar; miraba cómo

se separaban débilmente las rodillas con los tallos inclinados.

Otras veces, recogido ante las obras del genio, sacudido por las cadenas con las que nos ata. Entonces, entre el murmullo de estas voces, el aullido pretencioso, ese zumbido lleno de encantos, ambicionaba el destino de estos hombres fuertes que manejan a la multitud como el plomo, que la hacen llorar, gemir, trepidar de entusiasmo. ¡Cuan vasto debe de ser el corazón de aquellos que hacen entrar al mundo en él, y cómo se aborta todo en mi naturaleza! Convencido de mi impotencia y de mi esterilidad, soy víctima de un odio celoso; me decía que eso no era nada, que sólo el azar había dictado estas palabras. Arrojava al cieno las cosas más altas, que envidiaba.

Me había mofado de Dios, bien podía reírme de los hombres.

Sin embargo, este humor sombrío era solamente pasajero, y experimentaba un verdadero placer en contemplar el genio

resplandeciente en la morada del arte, como una gran flor que abre un rosetón de perfume ante un sol estival.

¡El arte!, ¡el arte!, ¡qué bella vanidad!

Si sobre la tierra y entre todas las nadas se adora una creencia, si hay algo de santo, de puro, de sublime, algo que vaya con este deseo inmoderado de lo infinito y de lo vago que nosotros llamamos alma, es el arte. ¡Y qué pequeñez! Una piedra, una palabra, un sonido, la disposición de todo eso que llamamos lo sublime. Quisiera algo que no tuviera necesidad de expresión ni de forma, algo casi tan puro como un perfume, casi tan fuerte como la piedra, casi tan inasible como un canto, que fuese a la vez todo eso y nada de ninguna de estas cosas. Todo me parece limitado, restringido, abortado en la naturaleza.

El hombre, con su genio y su arte, no es más que un miserable mono de algo más elevado.

Yo quisiera lo bello en el infinito y allí no encuentro más que la duda.

XIX

¡Oh!, ¡el infinito, el infinito, hoyo inmenso, espiral que asciende de los abismos a las más altas regiones de lo desconocido, vieja idea a cuyo entorno giramos, presos del vértigo, abismo que cada cual tiene en el corazón, abismo inconmensurable, abismo sin fondo! En vano durante muchos días y muchas noches nos preguntaremos en nuestra angustia: "¿Qué significan estas palabras: Dios. Eternidad, Infinito?" Damos vueltas ahí dentro llevados por un viento de la muerte, como la hoja arrastraba por el huracán. Se diría que entonces el infinito se complace en que nos mezamos a nosotros mismos en esta inmensa duda.

Sin embargo, siempre nos decimos: "Tras muchos siglos, millares de años, cuando todo se habrá consumido, será preciso que haya un

límite.” —¡Ay! la eternidad se nos aparece y le tenemos miedo —miedo do esta cosa que debe durar tanto tiempo, si bien nosotros duramos tan poco.

¡Tanto tiempo!

Sin duda, cuando el mundo ya no exista — ¡entonces sí que desearé vivir, sin naturaleza, vivir sin hombres, qué grandeza este vacío!—, sin duda entonces, habrá tinieblas, un poco de ceniza quemada que habrá sido la tierra, y quizás algunas gotas de agua, el mar. —¡Cielos! nada más el vacío... que la nada extendida en la inmensidad como una mortaja

¡Eternidad! ¡Eternidad! ¿Durará siempre esto? ¿Siempre, sin fin?

Pero, no obstante, lo que permanecerá, la menor parcela de los escombros del mundo, el último soplo de una creación agonizante, el mismo vacío deberá estar cansado de existir; todo reclamará una destrucción total. Esta idea de algo sin fin nos hace palidecer, ¡ay!, y nosotros estaremos allí dentro, nosotros los que

vivimos ahora y esta inmensidad nos arrollará a todos. ¿Qué será de nosotros? No seremos nada, ni siquiera un soplo.

He pensado durante mucho tiempo en los muertos que se hallan en los ataúdes en los largos siglos que pasan así bajo la tierra llena de ruidos, de rumores, de gritos, ellos tan tranquilos, en sus planchas podridas cuyo lóbrego silencio es interrumpido a veces, ora por un cabello que cae ora por un gusano que se desliza sobre un pedazo de carne. ¡Cómo duermen tendidos, sin hacer ruido, bajo la tierra, bajo el césped florido!

Sin embargo, en invierno, deben tener frío, bajo la nieve.

¡Ay! si despertasen, si empezaran a revivir y vieran todas las lágrimas que se vertieron sobre su mortaja secada, todos esos sollozos ahogados, todas las muecas terminadas, tendrían horror a esta vida que han llorado al dejarla, y volverían en seguida a la nada, tan tranquila y tan verdadera.

Ciertamente, se puede vivir, e incluso morir, sin haberse preguntado ni una sola vez lo que es la vida y la muerte; pero, para quien mira cómo tiemblan las hojas, cuándo sopla el viento, cómo serpentean los arroyos en los prados, cómo se atormenta y da vueltas a las cosas la vida, cómo viven los hombres, cómo hacen el bien y el mal, cómo hace rodar sus olas el mar y despliega sus luces el cielo, y se pregunta: "¿Por qué estas hojas?, ¿por qué fluye el agua?, ¿por qué la vida misma es un torrente tan terrible y que va a perderse en el océano sin límites de la muerte?, ¿por qué los hombres dudan y trabajan como hormigas?, ¿por qué la tempestad?, ¿por qué el cielo tan puro y la tierra tan infame?" Estos interrogantes conducen a tinieblas de las que no se sale.

Y la duda surge después: es algo que no se dice, sino que se siente. El hombre entonces se asemeja al viajero perdido en las dunas, que busca por todas partes una pista que le lleve al

oasis, y no ve más que el desierto. La duda, es la vida. ¡La acción, la palabra, la naturaleza, la muerte, en todo hay duda!

La duda es la muerte para las almas; es una lepra que se apodera de las razas degeneradas, es una enfermedad que proviene de la ciencia y que conduce a la locura. La locura es la duda de la razón; tal vez es la misma razón del que lo prueba.

XX

May poetas que tienen el alma toda llena de perfumes y de flores, que miran la vida como la aurora del cielo; otros que no tienen nada más que lobreguez, nada más que amargura y cólera; hay pintores que todo lo ven azul, otros todo amarillo, todo negro. Cada uno de nosotros percibe el mundo desde un prisma distinto; dichoso aquel que distingue en él colores vivos y cosas alegres. Hay hombres que en el mundo solo ven un título, mujeres, el

banco, un nombre, un destino, ¡locuras! Conozco algunos que sólo ven ferrocarriles, mercados o ganados; unos descubren en él un plan sublime, otros una farsa obscena.

Y es probable que éstos os pregunten qué es lo obsceno; pregunta tan embarazosa de responder, como todas las preguntas.

Me gustaría otro tanto dar la definición geométrica de un bonito par de botas o de una mujer bella, dos cosas importantes. Las personas que ven nuestro globo como un montón de cieno grande o pequeño, son personas singulares o de difícil acceso.

Acabáis de hablar con una fe de estas personas infames, personas que no se denominan filántropos, y que, sin temor a que se les llame carlistas, no votan por la demolición de las catedrales; pero muy pronto os detenéis rápidamente u os reconocéis vencido, pues son personas sin principios que miran la virtud como una palabra, y el mundo como una bufonada. Parten de allí para

considerarlo todo bajo un punto de vista innoble; sonrían ante las cosas bellas, y cuando les habláis de filantropía, se encogen de hombros y os dicen que la filantropía se ejerce mediante una suscripción para los pobres. ¡Qué interesante una lista de nombres en un periódico!

¡Extraña cosa, esta diversidad de opiniones, de sistemas, de creencias y de locuras! Cuando habláis a ciertas personas, se detienen de repente horrorizadas y os preguntan: “¡Cómo!, ¿negaríais esto?, ¿dudarías de ello? ¿Acaso se puede revocar el plan del universo y los deberes del hombre?” Y si, desgraciadamente, vuestra mirada ha dejado adivinar un sueño del alma, se detienen repentinamente y terminan allí su victoria lógica, como estos niños espantados por un fantasma imaginario, y que cierran los ojos sin atreverse a mirar.

Ábrelos, nombre débil y lleno de orgullo, pobre hormiga que se arrastra penosamente sobre tu grano de polvo; te dices libre y grande,

te respetas a ti mismo, tan vil durante tu vida y, para escarnio sin duda, saludas a tu cuerpo podrido que pasa. Y luego piensas que una vida tan bella, agitada así entre un poco de orgullo que tú llamas grandeza y este interés bajo que es la esencia de tu Sociedad, será coronada por una inmortalidad. ¿Inmortalidad para ti, más lascivo que un mono, el tigre y la serpiente, para la lujuria, la crueldad, la bajeza, un paraíso para el egoísmo, una eternidad para este polvo, la inmortalidad para esta nada. ¿Te jactas de ser libre, de poder hacer lo que tú llamas el bien y el mal? Sin duda, para que se te condene más deprisa, pues ¿qué sabrías hacer de bueno? ¿Hay uno solo de tus gestos que no sea estimulado por el orgullo o calculado por el interés?

¡Tú, libre! Desde tu nacimiento, estás sometido a todas las debilidades paternas; tú recibes con el día la simiente de todos tus vicios, de tu propia estupidez, de todo lo que te hará juzgar el mundo, tú mismo, todo lo que te

rodea, según este término de cooperación, esta medida que tú tienes en ti. Naces con un pequeño espíritu estrecho, con ideas forjadas o que te forjarán, sobre el bien o el mal. Te dirán que debes amar a tu padre y cuidarlo en su vejez; harás lo uno y lo otro, y no necesitabas que te lo dijeran, ¿no es así?, eso es una virtud innata como la necesidad de comer; mientras que, detrás de la montaña donde naciste, enseñarán a tu hermano a matar a su padre envejecido, y lo matará, pues eso, piensa él, es natural, y no era necesario que nadie se lo mostrase. Te educarán diciéndote que debes abstenerte de amar con un amor carnal a tu hermana o a tu madre, mientras que tú, al igual que los demás hombres, descienes de un incesto, ya que el primer hombre y la primera mujer, ellos y sus hijos, eran hermanos y hermanas; mientras que el sol se pone sobre otros pueblos que tienen el incesto por una virtud y el fratricidio por un deber. ¿Ya eres libre con respecto a los principios por los que

regirás tu comportamiento? ¿Eres tú quien gobierna tu educación? ¿Eres tú quien ha querido nacer con un carácter feliz o triste, tísico o robusto, dócil o malo, moral o vicioso?

Pero en primer lugar, ¿por qué has nacido?, ¿acaso lo has querido?, ¿te han aconsejado al respecto? En consecuencia has nacido fatalmente, porque tu padre, un día, habrá vuelto de una orgía, enardecido por el vino y palabras intemperantes, y tu madre se habrá aprovechado de ello, habrá puesto en juego todos los ardides de mujer impulsada por sus instintos carnales y animales que le ha dado la naturaleza haciendo de ello un alma, y habrá logrado alentar a ese hombre que las fiestas públicas han fatigado desde la adolescencia. Por muy grande que seas, primero has sido algo tan sucio como la saliva y más fétido que la orina; luego has experimentado metamorfosis como un gusano, y finalmente llegaste al mundo, casi sin vida, llorando, gritando y cerrando los ojos, como por odio

hacia este sol que has invocado tantas veces. Te dan de comer, creces, brotas como una hoja; es una gran casualidad si el viento no se te lleva temprano, pues ¿a cuántas cosas estás sometido? Al aire, al fuego, a la luz, al día, a la noche, al frío, al calor, a todo lo que te rodea, todo lo que existe.

Todo eso te domina, te apasiona; amas la hierba, las flores, y te pones triste cuando se marchitan; amas a tu perro, lloras cuando muere; si se te aproxima una araña, retrocedes de espanto; te estremeces algunas veces al mirar tu sombra, y cuántío tu propio pensamiento se sumerge en los misterios de la nada, te quedas horrorizado y tienes miedo de la duda.

Te dices libre, y cada día actúas impulsado por mil cosas. Ves a una mujer y la amas, te mueres de amor por ella, ¿eres libre de apaciguar esta sangre que bulle, de calmar esta cabeza ardiente, de contener este corazón, de apaciguar estos ardores que te devoran? ¿Eres

libre de tu pensamiento? Te detienen mil trabas. Ves a un hombre por primera vez, te desconcierta uno de sus rasgos, y a lo largo de tu vida sientes aversión por este hombre, que tal vez habrías querido de haber tenido la nariz menos gorda. Te sientes mal del estómago y eres brutal para con aquel que habrías acogido con benevolencia. Y de todos estos hechos se desprenden o se encadenan, también fatalmente, otras series de hechos, de los que a su vez derivan otros. ¿Eres el creador de tu constitución física y moral? No, tú sólo podrías dirigir enteramente si la hubieras hecho y modelado a tu antojo. ¿Te dices libre porque tienes un alma? En primer lugar, eres tú quien ha hecho este descubrimiento que no sabrías definir. Una voz íntima te dice que sí; primero, mientes, una voz te dice que eres débil, y tú sientes en ti un inmenso vacío que quisieras rellenar con todas esas cosas que arrojas sobre él. Incluso, aunque creyeras que sí, ¿estás seguro de ello?, ¿quién te lo ha dicho? Cuando,

largo tiempo combatido por dos sentimientos opuestos, tras haber vacilado mucho, dudado mucho, te inclinas por un sentimiento, crees haber sido el dueño de tu decisión; pero para serlo, sería preciso no tener ninguna inclinación. ¿Eres dueño de hacer el bien, si tienes el gusto del mal enraizado en el corazón, si has nacido con malas inclinaciones desarrolladas a través de tu educación? Y si tú eres virtuoso, si el crimen te produce horror, ¿podrás cometerlo? ¿Eres libre de hacer el bien o el mal? Como es el sentimiento del bien el que te guía siempre, no puedes hacer el mal.

Este combate es la lucha de estas dos inclinaciones y, si haces el mal, significa que eres más vicioso que virtuoso y que la fiebre más fuerte ha llevado la ventaja. Cuando dos hombres se pelean, es obvio que el más débil, el menos diestro, el menos ágil será vencido por el más fuerte, el más diestro, el más ágil; por mucho que dure la lucha, siempre habrá un vencido. Sucede lo mismo con tu naturaleza

interior incluso cuando lo que tú sientes como bueno la arrebatada, ¿acaso la victoria es siempre la justicia? Lo que tú juzgas el bien, ¿es acaso el bien absoluto, inmutable, eterno?

Todo son tinieblas alrededor del hombre; todo es vacío, y él quisiera algo fijo; él mismo gira en esta inmensidad de la ola en la que quisiera detenerse, se agarra a todo y todo le falla; patria, libertad, creencia, Dios, virtud, tomó todo eso y todo eso le ha caído de las manos; es como un loco que deja caer un vaso de cristal y se ríe ante todos los pedazos que ha hecho.

Pero el hombre tiene un alma inmortal y hecha a imagen de Dios; dos ideas por las que ha derramado su sangre, dos ideas que no comprende: un alma, un Dios pero de las que está convencido.

Este alma es una esencia a cuyo alrededor gira nuestro ser físico como la tierra alrededor del sol; este alma es noble, pues siendo un principio espiritual, sin nada terrestre, no

podría tener nada de bajo, ni de vil. Sin embargo, ¿no es el pensamiento quién guía nuestro cuerpo? ¿No es él quien hace levantar nuestro brazo cuando queremos matar? ¿No es él quien anima nuestra carne? ¿Acaso el espíritu es el principio del mal, y el cuerpo su agente?

¡Veamos cuan elástica y flexible es esta alma! Esta conciencia, ¡cuan blanda y manejable, con qué facilidad se doblega bajo el cuerpo que pesa sobre ella o que apoya sobre el cuerpo, que se inclina, cuan venal y baja es esta alma, cómo se arrastra, cómo adula, cómo miente, cómo engaña! Es ella quien vende el cuerpo, la mano, la cabeza y la lengua; ella es quien exige sangre y pide oro, siempre insaciable y ávida de todo en su infinito; se encuentra en nosotros como una sed, un ardor cualquiera, fuego que nos devora, un eje que nos hace girar sobre él.

¡Eres grande, hombre! No por el cuerpo, sin duda, sino por este espíritu que te ha hecho,

según tú, el rey de la naturaleza; eres grande, enérgico y fuerte.

Cada día, en efecto, trastornas la tierra, cavas canales, construyes palacios, encauzas los ríos entre piedras, coges la hierba, la amasas y la comes; remueves el océano con la quilla de tus buques y crees bello todo eso; tú te crees mejor que el animal feroz que comes, más libre que la hoja arrastrada por los vientos, más grande que el águila que se cieme sobre las torres, más fuerte que la tierra de la que extraes tu pan y tus diamantes, y que el océano sobre el que corres. Pero, ¡ay! la tierra que tú remueves, reaparece, renace por sí sola, los canales se destruyen, los ríos invaden tus campos y tus ciudades, las piedras de tus palacios se desensamblan y caen por sí mismas, las hormigas corren sobre tus coronal y sobre tus troncos, todas tus flotas no podrían dejar más huella de su paso sobre la superficie del océano que una gota de agua o el aleteo de un pájaro. Y tú mismo, atraviesas este océano de las edades

sin dejar más huellas tuyas de las que deja tu navío sobre las olas. Te crees grande porque trabajas sin tregua, pero este trabajo es una prueba de tu debilidad. Estabas irremediabilmente condenado a aprender todas estas cosas inútiles a costa de tus sudores; eras esclavo antes de haber nacido y desdichado antes de vivir. Miras los astros con una sonrisa de orgullo porque le has dado nombres, has calculado su distancia, como si quisieras medir el infinito y encerrar el espacio en los límites de tu espíritu. Pero ¡te equivocas! ¿Quién te dice que detrás de estos mundos de luces, no hay otros infinitos aún, y siempre así? ¿Quizás ocurre que tus cálculos se detienen a unos pies de altura, y allí empieza una nueva escala de hechos? ¿Comprendes tú mismo el valor de las palabras que empleas... extensión, espacio? Son más vastas que tú y todo tu globo.

Eres grande y mueres, como el perro y la hormiga, con mayor pena que ellos; y luego, te pudres; y yo te pregunto, ¿dónde estás tú,

hombre, cuando los gusanos te han devorado, cuando tu cuerpo se ha disuelto en la humedad de la tumba y tu polvo ya no existe?, ¿dónde se halla igualmente tu alma?, esta alma que era el motor de tus acciones, que entregaba tu corazón al odio, a la envidia, a todas las pasiones, esta alma que te vendía y te hacía cometer tantas bajezas, ¿dónde se halla?, ¿existe un lugar lo bastante santo para acogerla? Te respetas y le honras como a un Oíos, has inventado la idea de la dignidad del hombre, idea que nada en la naturaleza podría tener viéndote a ti; quieres que se te honre y te honras a ti mismo, quieres incluso que este cuerpo, tan vil durante su vida, sea honrado cuando ya no existe. Quieres que uno se descubra ante tu carroña humana, que se pudre de corrupción, pese a ser aún más pura que tú cuando vivías. ¿Reside allí tu grandeza? — ¡Grandeza de polvo! ¡Majestad de nada!

Volví allí dos años más tarde; suponéis adónde...; ella no estaba.

Su marido estaba solo, había venido con otra mujer, y se había marchado dos días antes de mi llegada.

Di vueltas por la orilla; ¡qué vacía estaba! Desde allí, podía ver el muro gris de la casa de María, ¡qué soledad!

Volví pues a aquella misma sala de la que os he hablado; estaba llena, pero ya no había ninguna de aquellas caras, las mesas estaban cogidas por personas que nunca había visto; la de María estaba ocupada por una anciana, que se apoyaba en aquel mismo lugar donde, tan a menudo, había descansado su codo.

Hizo unos días de mal tiempo y lluvia sobre las pizarras, el ruido lejano del mar y de vez en cuando, algunos gritos de marineros en el muelle, recordé todas estas viejas rosas que el

espectáculo de los mismos lugares hacía revivir.

Volvía a ver el mismo océano con sus mismas olas, siempre inmenso, triste y mugiendo sobre sus rocas; este mismo pueblo con su montón de lodo, sus ranchas pisoteadas y sus casas de planta. Pero todo lo que yo había amado, todo lo que rodeaba a Mana, la gente que pasaba junto a ella, todo eso había partido sin retorno. ¡Oh!, ¡cuánto quisiera únicamente uno de esos días sin igual!, ¡internarme en él sin cambiarle nada!

¡Cómo! ¿Nada de todo eso volverá más? Siento cuan vacío está mi corazón, pues todos estos hombres que me rodean me hacen un desierto donde muero. Me acordé de estas largas y cálidas tardes de verano en las que yo hablaba sin que ella sospechase que la amaba y su mirada indiferente me penetraba como un rayo de amor hasta el fondo de mi corazón.

¿Cómo habría podido en efecto ver que la amaba, ya que entonces no la amaba y he

mentido en todo lo que os he dicho; era ahora cuando la amaba, la deseaba, cuantío, solo en la orilla, en los bosques o por el campo, me la creaba allí, andando a mi lado, hablándome, mirándome. Cuando me tendía sobre la hierba, y miraba las hierbas curvándose bajo el viento y la ola chocando contra la arena, pensaba en ella, y reconstruía en mi corazón todas las escenas en las que ella había actuado, hablado. Estos recuerdos constituían una pasión.

Si recordaba haberla visto andar por un lugar, lo recorría a mi vez; he querido reencontrar el timbre de su voz para deleitarme a mí mismo, era imposible. ¡Cuántas veces he pasado por delante de su caía y he mirado su ventana!

Pasé pues estos quince días en una contemplación amorosa, soñando con ella. Me acuerdo de cosas lastimosas. Un día volvía, hacia el ocaso, andaba a través de los pastos cubiertos de bueyes, andaba de prisa, sólo el ruido de mis pasos que frotaban la hierba; iba

cabizbajo y mirando la tierra. Este movimiento regular me adormeció por decirlo de algún modo, creí oír a María andando junto a mí; me cogía del brazo y giraba la cabeza para verme, era ella quien andaba por entre las hierbas. Sabía perfectamente que era una alucinación que yo mismo alentaba, pero no podía dejar de sonreír y me sentía feliz. Alcé la cabeza, el tiempo era sombrío, frente a mí, en el horizonte, un magnífico sol se ponía bajo las olas, se veía un haz de fuego elevándose en redes, desapareciendo bajo enormes nubes negras que se deslizaban penosamente sobre éstas y un reflejo de este sol poniente reapareciendo más lejos detrás mío, en un rincón del cielo límpido y azul.

Cuando vislumbré el mar, casi había desaparecido; su disco se hallaba hundido hasta la mitad bajo el agua y un ligero tinte rosáceo seguía extendiéndose y debilitándose hacia el cielo.

En otra ocasión, volví a caballo costeando la playa, miraba maquinalmente las olas cuya espuma mojaba los pies de mi yegua, miraba los guijarros que ella hacía saltar al andar y sus pies hundiéndose en la arena; el sol acababa de desaparecer súbitamente y sobre las olas predominaba un color oscuro, como si algo negro se hubiera cernido sobre ellas. A mi derecha, había unas rocas entre las cuales se agitaba la espuma con el soplo del viento como un mar de nieve, las gaviotas pasaban por encima de mi cabeza y veía sus alas blancas rozando de muy cerca aquella agua oscura y apagada. Nada podrá expresar lo bello que era todo aquello, aquel mar, aquella orilla con su arena sembrada de conchas, con sus rocas cubiertas de algas húmedas por el agua, y la espuma blanca que se balanceaba sobre ellos con el soplo de la brisa. Os diría muchas otras cosas, mucho más bellas y más dulces, si pudiera decir todo el amor, éxtasis, lamentos, que experimenté. ¿Podéis decir mediante

palabras la pulsación del corazón?, ¿podéis decir una lágrima y pintar su cristal húmedo que baña el ojo con una amorosa languidez?, ¿podéis decir todo lo que experimentáis en un día?

¡Pobre debilidad humana!, con tus palabras, tus lenguas, tus sonidos, hablas y balbuceas; defines a Dios, el cielo y la tierra, la química y la filosofía, y no puedes expresar, con tu lengua, toda la alegría que te produce una mujer desnuda... o un pudín de ciruela!

XXII

¡Oh, María! María, querido ángel de mi juventud, a ti que he visto en la lozanía de mis sentimientos, a ti que he amado con un amor tan dulce, tan lleno de perfume, de tiernos sueños, ¡adiós!

¡Adiós! Surgirán otras pasiones, quizás te olvidaré, pero permanecerás siempre en el fondo de mi corazón, porque el corazón es una

tierra que cada pasión socava, remueve y labra sobre las ruinas de otras. ¡Adiós!

¡Adiós! ¡Y, sin embargo, cómo te he amado, cómo te habría besado, estrechado entre mis brazos! ¡Ah! Mi alma se deshace en deleites ante todas las locuras que mi amor inventa. ¡Adiós!

¡Adiós! Y, sin embargo, pensaré en ti; seré arrojado al torbellino del mundo, moriré tal vez aplastado bajo los pies de la masa, deshecho en pedazos. ¿Adonde voy? ¿Qué seré? Quisiera ser viejo, tener los cabellos blancos; no, quisiera ser bello como los ángeles, tener la gloria, el genio, y todo depositado a tus pies, para que tú lo pises. Pero no tengo nada de todo esto, y me has mirado tan fríamente como a un lacayo o a un mendigo.

Y yo, ¿sabes que no he pasado una noche, un día, una hora, sin pensar en ti, sin volver a verte saliendo de debajo de las olas, con tus negros cabellos sobre tus espaldas, tu morena piel con sus perlas de agua salada, tu ropa

chorreando y tu blanco pie de uñas rosadas hundiéndose en la arena, y que esta visión la tengo siempre presente, y que ella murmura en mi corazón? ¡Oh, no!, todo está vacío.

¡Adiós! Y, sin embargo, cuando te vi, si hubiera tenido cuatro o cinco años más, más coraje..., ¡oh!, no enrojecería ante cada una de tus miradas. ¡Adiós!

XXIII

Cuando oigo sonar las campanas y su doliente tañido, siento en el alma una vaga tristeza, algo indefinible y de ensueño, como vibraciones agonizantes. Una serie de pensamientos surge ante el lúgubre tañido de la campana cuando dobla; me parece ver el mundo en sus más hermosos días de fiesta, con sus gritos de triunfo, sus carros y coronas y, por encima de todo, un eterno silencio y una eterna majestad.

Mi alma vuela hacia la eternidad y el infinito y planea en el océano de la duda, al son de esta voz que anuncia la muerte.

Voz singular y fría como las tumbas y que, sin embargo, suena en todas las fiestas, y ahora en todos los duelos; me gusta dejarme aturdir por tu armonía, que ahoga el ruido de la ciudad; me gusta en los campos, en las colinas doradas con trigales maduros, escuchar el sonido frágil de la campana del pueblo que canta en medio del campo, mientras el insecto zumba bajo la hierba y el pájaro murmura entre el follaje.

Permanecí largo tiempo en el invierno, en esos días sin sol, iluminados con una luz sombría y macilenta, escuchando todas las campanas tocar los oficios. De todas partes salían las voces que se elevaban al cielo en suave armonía, y concentraba mi pensamiento en este gigantesco instrumento. Era grande e infinito; sentía en mí sonidos, melodías, ecos de

otro mundo, cosas inmensas que morían también.

¡Oh campanas! Sonaréis también en mi muerte y, un minuto después, en un bautismo; sois, pues, una burla, como todo, y una mentira, como la vida, de la cual anunciáis todas las fases: el bautismo, el matrimonio, la muerte. ¡Pobre bronce, perdido y oculto entre las nubes, servirías igualmente en un campo de batalla, o para errar los caballos, convertido en lava ardiente!

PASION Y VIRTUD

Passion et vertu; conté philosophique,
10 de diciembre de 1837.

CUENTO FILOSÓFICO

Puedes hablar de lo que no sientes en absoluto.

SHAKESPEARE, *Romeo y Julieta,*
acto III, escena V.

I

Ya lo había visto, creo, dos veces; la primera, en un baile en casa del ministro, la segunda en *Français*, y, aunque no fuese un hombre extraordinario ni un hombre guapo, a menudo pensaba en él, cuando, por la noche, después de haber soplado su lámpara, a menudo permanecía algunos instantes soñadora, los cabellos dispersos sobre sus

pechos desnudos, la cabeza girada hacia la ventana donde la noche ponía una nota macilenta, los brazos fuera de su lecho, y el alma que flotaba entre emociones horribles y vagas, como los sonidos confusos que se elevan en los campos por las tardes de otoño.

Lejos de ser una de estas almas excepcionales como se hallan en los libros y en los dramas, era un corazón seco, un espíritu justo, y, por encima de todo esto, un químico. Pero estaba en posesión del arte de la seducción, esos principios, esas reglas, la elegancia, en fin, por emplear una palabra tan certera como vulgar, por las cuales un hombre hábil alcanza sus fines.

No se trata más que de ese método bucólico a lo Louis XV, cuya primera lección comienza por los suspiros, la segunda por las notas dulces y continúa así hasta el desenlace, la ciencia tan bien expuesta en Faublas, las comedias de segundo orden y los cuentos morales de Marmontel. Pero en cuanto un

hombre avanza hacia una mujer, la mira de reojo y la encuentra de su parecer, realiza una apuesta con sus amigos; está casada, la farsa avanza satisfactoriamente de aquí en adelante.

Entonces se introduce en su casa, le presta novelas, la lleva a los espectáculos, se preocupa, sobre todo, de hacer algo asombroso, ridículo, en fin, extraño; y luego, día tras día, se presenta en su casa con mayor libertad, se convierte en el amigo de casa, del marido, los niños, los domésticos; por fin la pobre mujer descubre la trampa, quiere echarlo como a un lacayo, pero éste se indigna y se revuelve, la amenaza con publicar alguna carta muy breve, pero que, interpretada maliciosamente, cobrará su debida importancia por a quién fue dirigida; él mismo repetirá a su marido alguna palabra sacada posiblemente de algún momento de vanidad, de coquetería o de deseo; se trata de una crueldad de anatomista, pero, tal como se adelanta en las ciencias, hay cierta gente capaz

de diseccionar un corazón igual que si se tratase de un cadáver.

Entonces esta pobre mujer, perdida, llora y suplica; pleno perdón para ella, absoluto perdón por sus niños, su marido, su madre. Él, inflexible, pues se trata de un hombre, puede hacer uso de la fuerza, de la violencia, contar por todas partes que es su amante, publicarlo en los periódicos, escribirlo a lo largo de un informe y, si es preciso, hasta probarlo.

Sometida a él, apenas viva, se avergüenza incluso en presencia de sus lacayos que, por debajo, bajo sus libreas, se ríen burlescamente viéndola regresar por la mañana de casa de su amo; y entonces, cuando la halla entregada y abatida, sumida en sus lamentos, sus recuerdos del pasado, sus decepciones amorosas, se desentiende de ella, aparenta desconocerla, la abandona a su infortunio; incluso a veces llega a despreciarla; pero por fin ganó su apuesta y puede considerarse un hombre bien afortunado.

No es pues un *Lovelace*, como se habría dicho hace sesenta años, sino más bien un *Don Juan*, lo que no deja de ser más hermoso.

El hombre que posee a fondo esta ciencia, que conoce sus contornos y repliegues ocultos no es raro ahora; ¡es tan fácil, efectivamente, seducir a una mujer que os ama, y luego dejarla allí con todas las demás, cuando no se tiene alma ni piedad en el corazón! ¡Hay tantos medios para hacerse amar, ya sea mediante los celos, la vanidad, el mérito, los talentos, el orgullo, el horror, el mismo temor, o bien también mediante la fatuidad de los modales, el descuido de una corbata, la pretensión de desesperar, unas veces por el corte del traje, otras por la finura de las botas! Pues ¿cuánta gente no ha debido sus conquistas sino a la habilidad de su sastre o de su zapatero?

Ernest se había dado cuenta de que Mazza sonreía a sus miradas. La perseguía por todas partes. En el baile, por ejemplo, se aburría si él no estaba. Y no se vaya a creer que él fuese tan

novato para lisonjear la blancura de su mano ni la belleza de sus sortijas, como habría podido hacerlo un alumno de retórica, sino que, ante ella, difamaba a todas las demás mujeres que bailaban, sobre cada una tenía las aventuras más desconocidas y más extrañas, y todo eso la hacía reír y la halagaba secretamente, cuando pensaba que, sobre ella, no había nada que decir. Ante la pendiente del abismo, tomaba firmes resoluciones de abandonarlo, de no volver a verlo —pero la virtud se evapora muy deprisa ante la sonrisa de una boca que se ama.

También había visto que a ella le gustaba la poesía, el mar, el teatro, Byron, y luego, resumiendo todas estas observaciones en una sola, había dicho: “Es una tonta, la tendré”; y ella, a menudo también, había dicho al verlo partir y cuando la puerta del salón giraba rápidamente sobre sus pasos: “¡Oh!, ¡te amo!”

Además de todo eso, Ernest le hizo creer en la frenología, en el magnetismo, y Mazza tenía treinta años y siempre era pura y fiel a su

marido, reprimiendo todos los deseos que nacían cada día en su alma y que morían al día siguiente; estaba casada con un banquero, y la pasión, en los brazos de aquel hombre, consistía en su deber para ella, nada más — como vigilar a sus criados y vestir a sus hijos.

II

Durante mucho tiempo, se recreó en ese estado de servicio amoroso y medio místico; la novedad del placer le atraía, y jugó largo tiempo con este amor, mucho más que con los otros, y acabó por aferrarse a él fuertemente, primero por costumbre, luego por necesidad. Es peligroso reírse y jugar con el corazón, pues la pasión es un arma de fuego que se dispara y os mata, cuando se creía inofensiva.

Un día Ernest fue muy de mañana a casa de Mme. Willer. Su marido estaba en la Bolsa, sus hijos habían salido, se encontró solo con ella, y por la tarde hacia las cinco, cuando salió de allí,

Mazza se quedó triste, soñadora —y no durmió en toda la noche.

Habían pasado mucho rato, muchas horas, conversando, diciéndose que se amaban, hablando de poesía, deliberando sobre el amor amplia y calurosamente, como se ve en Byron, y luego quejándose de las exigencias sociales que los ataban a uno y otro y que los separaban para toda la vida; y además habían conversado de las penas del corazón, de la vida y de la muerte, de la naturaleza, del océano que mugía en las noches; en definitiva, habían comprendido el mundo, su pasión, y sus miradas incluso se habían hablado más que sus labios, que se tocaron muy a menudo.

Era un día del mes de marzo, uno de estos largos días sombríos y tristes que hacen que se apodere del alma una vaga amargura; sus palabras habían sido tristes, las de Mazza, sobre todo, tenían una melancolía armoniosa. Cada vez que Ernest iba a decir que la amaba para toda la vida, cada vez que se le escapaba

una sonrisa, una mirada, un alarido de amor, Mazza no respondía; lo miraba silenciosa, con sus dos grandes ojos negros, su frente pálida, boquiabierta.

Este día se sintió oprimida, como si tuviera una mano invisible encima del pecho; tenía miedo, pero no sabía cuál era el objeto de sus temores, y se deleitaba en esta aprehensión mezclada de una extraña sensación de amor, de fantasía, de misticismo. En una ocasión retrocedió su sillón, horrorizada por la sonrisa de Ernest, que era bestial y salvaje hasta dar miedo; pero éste se le acercó al instante, le cogió las manos y las llevó a sus labios; ella enrojeció y le dijo con un tono de una serenidad afectada.

—¿Acaso querríais hacerme la corte?

—¿Haceros la corte? ¡Mazza!, ¿a vos?

Esta respuesta quería decirlo todo.

—¿Me amaríais?

La miró sonriendo.

—Ernest, cometeríais un error.

—¿Por qué?

—¡Mi marido! ¿pensáis en ello?

—Y bien, ¿vuestro marido!, ¿qué significa esto?

—Es preciso que lo ame

—Esto es más fácil decirlo que hacerlo, de modo que si la ley os dice: “Lo amaréis”, vuestro corazón se doblegaría «orno cuando se hace maniobrar a un regimiento o se dobla una barra de acero con las dos manos, y si yo os amo...

—Callad, Ernest, pensad en lo que debéis a una mujer que os recibe como yo, desde por la mañana, sin que esté su marido, sola, abandonada a vuestra delicadeza.

—Sí, también yo os amo, será preciso que no os ame más *porque tiene que ser así*, y nada más; ¿pero es sensato y justo?

—¡Ah! razonáis de maravilla, mi querido amigo —dijo Mazza reclinando su cabeza sobre un hombro izquierdo y haciendo girar entre sus dedos un estuche de marfil.

Se le soltó un mechón de cabellos cayéndosele sobre las mejillas; se lo echó para atrás con un gesto de la cabeza lleno de gracia y de brusquedad. Ernest se levantó varias veces, cogió su sombrero como si fuera a marcharse, luego volvía a sentarse y reanudaba la conversación.

Con frecuencia, se interrumpían ambos a la vez y se miraban largo rato en silencio, respirando apenas, ebrios y contentos de sus miradas y de sus suspiros, luego sonreían.

Por un momento, cuando Mazza vio a Ernest a sus pies, postrado sobre la alfombra de su habitación, cuando vio su cabeza reclinada encima de sus rodillas, con los cabellos hacia atrás, sus ojos muy cerca de su pecho, y su frente blanca y sin arrugas que estaba allí delante de su boca, creyó que iba a desfallecer de felicidad y de amor, creyó que iba a tomar su cabeza entre los dos brazos, a estrecharla contra su corazón y a cubrirla de besos.

—Mañana os escribiré He dijo Ernest.

—¡Adiós!

Y salió.

Mazza se quedó con el alma indecisa y toda ella flotando entre extrañas opresiones, vagos presentimientos, fantasías indecibles; se despertó por la noche; la lámpara ardía y proyectaba en el techo un disco luminoso que temblaba vacilando sobre sí mismo, al igual que el ojo de un condenado que nos mira; permaneció largo rato hasta que se hizo de día, escuchando las horas que sonaban en todas las campanas, oyendo todos los ruidos nocturnos, la lluvia que cae y golpea los muros y los vientos que soplan y se arremolinan en la oscuridad, los cristales que tiemblan, la madera de la cama que crujía a todos los movimientos que hacía al revolcarse sobre sus colchones, de lo agitada que estaba por pensamientos abrumadores e imágenes terribles, que la envolvían entera, enrollándola en sus sábanas.

¿Quién no ha experimentado, en las horas febriles y delirantes, esos movimientos íntimos

del corazón?, ¿estas convulsiones de un alma que se agita y se retuerce sin cesar bajo pensamientos indefinibles, de lo llenas que están a un mismo tiempo de tormentos y voluptuosidades, vagas en un principio e indecisas como un fantasma? Este pensamiento, muy pronto, se consolida y se detiene, adquiere una forma y un cuerpo, se convierte en una imagen que nos hace llorar y gemir. ¿Quién no ha visto pues, en noches cálidas y ardientes, cuando la piel quema y el insomnio nos roe, sentado a los pies de nuestro lecho, un rostro pálido y soñador, y que nos mira tristemente? O bien aparece ella vestida de fiesta, si la habéis visto bailar en un baile, o envuelta en velos negros, llorosa; y os acordáis de sus palabras, del sonido de su voz, de la languidez de sus ojos.

¡Pobre Mazza! Por primera vez sintió que amaba, que esto se iba a convertir en una necesidad, luego en un delirio del corazón, en rabia; pero, merced a su ingenuidad y a su

ignorancia, se trazó rápidamente un futuro dichoso, una existencia apacible en la que la pasión le daría la alegría, y la voluptuosidad la felicidad.

En efecto, ¿no podrá vivir contenta en los brazos de quien ella ama y engañar a su marido? “¿Qué tiene que ver todo esto —se decía— con el amor?” Sin embargo, este delirio del corazón la hacía sufrir y se sumía en él cada vez más, como aquellos que se emborrachan placenteramente y que las bebidas abrasan. ¿Oh! qué punzantes y amargas, cierto, son estas palpitaciones del corazón, las angustias del alma, entre un mundo de virtud que se va y un futuro de amor que se avecina.

Al día siguiente, Mazza recibió una carta; era de papel satinado, toda perfumada de rosa y almizcle; estaba firmada por una *E* rodeada con una rúbrica; no sé lo que decía, pero Mazza releyó la carta varias veces, dio la vuelta a las dos hojas, consideró los pliegues, se embriagó de su olor perfumado, luego la enrolló en una

bolita y la echó al fuego; el papel consumido voló un instante, y finalmente volvió a caer sobre los morillos de la chimenea, como una gasa blanca y fruncida.

¡Ernest la ama!, ¡se lo ha dicho! ¡Oh! es dichosa, el primer paso está dado, los otros no les costarán más; ahora podrá mirarlo sin enrojecer, ya no necesitará tantas atenciones, pequeños ademanes para hacerse amar; él viene por propia iniciativa, se le entrega, su pudor no está expuesto, y este pudor es el que queda siempre a las mujeres, lo que ellas guardan incluso en el fondo de su amor más abrasador, de las voluptuosidades más ardientes, como un último santuario de amor y de pasión, en donde ellas ocultan, como bajo un velo, todo lo que tienen de brutal y de femenino.

Unos días después, una mujer cubierta con un velo cruzaba casi corriendo el Puente de las Artes; eran las siete de la mañana.

Iras haber dudado mucho rato, se detuvo ante una puerta cochera y preguntó por M. Ernest; no había salido, subió. La escalera le parecía de una longitud interminable, y, cuando hubo llegado al segundo piso, se apoyó sobre la barandilla y se sintió desfallecer; entonces creyó que todo giraba a su alrededor y que unas voces bajas cuchicheaban a sus oídos silbando; finalmente puso una mano temblorosa sobre la campanilla. Cuando oyó su toque penetrante y repetido, resonó un eco en su corazón, como por una repercusión galvánica.

Al fin se abrió la puerta, era Ernest en persona.

—¡Ah!, ¿sois vos, Mazza?

Esta no respondió, estaba pálida y bañada en sudor; Ernest la miraba fríamente, haciendo girar en el aire el cordón de seda de su bata; tenía miedo de comprometerse.

—Entrad —acabó diciendo.

La cogió del brazo y la hizo sentar a la fuerza en un sillón. Tras un momento de silencio:

—Ernest, he venido —le dijo— para deciros una cosa: es la última vez que os hablo; es preciso que me olvidéis, y que no vuelva a veros más.

—¿Por qué?

—¡Porque suponéis una responsabilidad para mí, me abrumáis, acabaríais matándome!

—¡Yo! ¿Cómo es esto, Mazza?

Se levantó, corrió las cortinas y cerró con llave la puerta.

—¿Qué hacéis? —se exclamó ella con horror.

—¿Qué hago?

—Sí.

—Estáis aquí, Mazza, habéis venido a mi casa. ¡Oh!, no os neguéis, conozco a las mujeres —dijo sonriendo.

—Continuad —agregó ella enojada.

—Y bien, Mazza, ya basta.

—¿Y vos tenéis la insolencia suficiente para decírmelo a la cara, a una mujer que decís amar?

—¡Perdón! ¡Oh!, ¡perdón!

—Y bien, sí, también yo te amo, más que a mi vida; ahí lo ves, me entrego a ti.

Y luego, entre los cuatro tabiques de un muro, bajo las cortinas de seda, sobre un sillón, hubo más amor. Besos, caricias embriagadoras, voluptuosidades que abrasan que las necesarias para volver loco o hacer morir a alguien. Y luego, cuando la hubo deshonrado, consumido, echado a perder con sus abrazos, cuando la hubo dejado cansada, destrozada, jadeante, cuando hubo estrechado varias veces su pecho contra el suyo y la vio agonizante en sus brazos, la dejó sola y se marchó.

Por la noche, en casa de Véfour, comió una cena excelente donde el champaña de buena cepa circulaba en abundancia; hacia los postres, se oyó decir en voz alta: “Mis queridos amigos, todavía tengo una.”

Esta había vuelto a su casa, con el alma entristecida, los ojos llorosos —no por su honor que había perdido, ya que este pensamiento no la torturaba nada; habiéndose preguntado primero qué era el honor, y al no haber visto en el fondo más que una palabra, había hecho caso omiso—, pero pensaba en las sensaciones que había experimentado, y al insistir en ello, no hallaba sino decepción y amargura. “¡Oh! ¡Esto no es lo que yo había soñado!”, decía.

Cuando se desprendió de los brazos de su amante, le pareció que había en ella algo magullado como sus vestidos, fatigado y desalentado como su mirada, y que había caído de muy alto, que el amor no se limitaba a aquello, preguntándose al fin, si detrás de la voluptuosidad, no había una mayor aún, ni si tras el placer, un goce más amplio, pues tenía una sed inagotable de amores infinitos, de pasiones sin límites. Pero cuando vio que el amor no era más que un beso, una caricia, un momento delicioso en el que se revuelcan,

entrelazados, el amante y su amante, y luego que todo termina así, que el hombre se levanta de nuevo, la mujer se va, y que su pasión necesita un poco de carne y una convulsión para satisfacerse y embriagarse, el hastío se apoderó de su alma, como esos hambrientos que no tienen de qué comer.

Aunque ella muy pronto abandonó toda vuelta al pasado para no pensar más que en el presente que sonreía; cerró los ojos sobre lo que ya no era, sacudió como si fuera una ilusión los antiguos sueños sin límites, sus opresiones vagas e indecisas, para darse toda entera al torrente que la arrastraba; y llegó en seguida a este estado de languidez y de dejadez, a este medio-sueño donde uno siente que se adormece, que se transporta, que el mundo se aleja de nosotros, mientras que uno se queda solo en el barquito, donde la marea nos mece y el océano arrastra; no pensó más ni en su marido, ni en sus hijos, aún menos en su reputación, que las demás mujeres difamaban

en los salones y que los jóvenes amigos de Ernest, encenagaban y vilipendiaban sin fundamento, en los cafés y cafetines.

Pero, así sin más, hubo para ella una melodía desconocida hasta entonces en la naturaleza y en su alma, y descubrió tanto en una como en otra mundos nuevos, espacios inmensos, horizontes sin límites; pareció que todo había nacido para el amor, que los hombres eran criaturas de un orden superior, susceptibles de pasiones y sentimientos, que sólo servían para esto y que sólo debían vivir en función del corazón. Por cuanto a su marido, lo seguía amando y le tenía mayor aprecio aún; sus hijos le parecían graciosos, pero los amaba como te ama a los de otro.

Cada día, no obstante, sentía que amaba más que la víspera, que ello se convertía en una necesidad de su existencia, que no habría podido vivir sin ello; pero esta pasión con la que ella había jugado primero riendo, acabó por ser seria y triste; una vez dentro de su

corazón, se convirtió en un amor violento, luego en un frenesí, en rabia. Había en ella tanto fuego y calor, tantos deseos inmensos, una sed tal de delicias y voluptuosidades fluyendo en su sangre, en sus venas, bajo su piel, incluso bajo sus uñas, que se había vuelto loca, ebria, fuera de sí, y habría querido hacer salir tu amor de los límites de la naturaleza; le parecía que prodigando las caricias y voluptuosidades, abrasando su vida en noches febriles y ardorosas, revolcándose en todo lo que la pasión tiene de más frenético, de más sublime, se abriría ante ella una sucesión de voluptuosidades, de placeres.

A menudo, en los transportes delirantes, exclamaba que la vida no era más que la pasión, que el amor lo era todo para ella; y luego con los cabellos sueltos, la mirada fogosa, el pecho jadeante de sollozos, le preguntaba a su amante si no habría deseado al igual que ella, vivir siglos juntos, solos, en lo alto de una montaña, sobre el pico de una roca, bajo la cual

fueran a romperse las olas, a confundirse los dos con la Naturaleza y el cielo, y a mezclar sus suspiros con los ruidos de la tempestad; y después lo miraba largo rato, volviéndole a pedir más besos, más abrazos y se derribaba entre sus brazos, muda y desvanecida.

Y cuando, por la noche, su esposo, con el alma tranquila, la frente apacible, volvía a su casa, diciéndole que hoy había ganado, que por la mañana había hecho una buena especulación, que había comprado una granja, que había vendido una renta y que podía añadir un lacayo más a sus dotaciones, comprar dos caballos más para sus caballerizas, y que con estas palabras y estos pensamientos iba a abrazarla, a llamarla "su amor y su vida". ¡Oh! la rabia se apoderaba de su alma, lo maldecía, rechazando con horror sus caricias y sus besos, que eran fríos y horribles como los de un mono.

Por lo tanto, en su amor, había un dolor y una amargura, como el poso del vino que lo hace más amargo y más ardiente.

Y cuando, tras haber abandonado su casa, sus lacayos, se encontraba con Ernest, sola, sentada junto a él, entonces le contaba que hubiera querido morir cogida de su mano, sentirse sofocada en sus brazos —y luego agregaba que ya no tenía gusto por nada, que lo despreciaba todo, que sólo lo amaba a él; por él, había abandonado a Dios y lo sacrificaba a su amor; por él, dejaba a su marido y lo exponía a la ironía; por él, abandonaba a sus hijos, escupía sobre todo ello caprichosamente; religión, virtud, lo pisoteaba todo, vendía su reputación a cambio de sus caricias, y era con dicha y deleite que lo inmolaba todo, era para complacerlo que destruía todas sus creencias, todas sus ilusiones, toda su virtud, en definitiva todo lo que amaba —para obtener de él una mirada o un beso—. Y a él le parecía que ella sería más bella al apartarse de sus brazos, tras haber descansado sobre sus labios, como las violetas marchitas que emanan un perfume más dulce.

¡Oh!, ¡quién pudiera saber cuánto frenesí y deleite hay a veces bajo los dos senos palpitantes de una mujer!

Ernest, sin embargo, empezaba a amarla un poco más que a una chica de baja condición o una comparsa; incluso llegó a componer versos para ella, que le entregó; además, un día, lo vi con los ojos enrojecidos, de donde concluirse que había llorado. . . o dormido mal.

III

Una mañana, reflexionando sobre Mazza, sentado en un gran sillón flexible, con sus pies sobre los dos morillos de la chimenea, con la nariz hundida en su batín, contemplando la llama de su fuego que crepitaba y ascendía hacia la plancha en lenguas de fuego, se le ocurrió una idea que lo dejó extrañamente perplejo; tuvo miedo.

Al recordar que era amado por una mujer como Mazza, que le sacrificaba, con tanta

prodigalidad y efusión, su belleza, su amor, tuvo miedo y tembló ante la pasión de esta mujer —como esos niños que huyen lejos del mar diciendo que es demasiado grande— y una idea moral le pasó por la cabeza, ya que era un hábito que acababa de coger desde que se había hecho colaborador del “Journal des Connaissances Útiles” y del “Musée des familles”; pensó, repito, que era poco moral seducir así a una mujer casada, apartarla de sus deberes de esposa, del amor de sus hijos, y que estaba mal de su parte recibir todas estas ofrendas que ella quemaba a sus pies, como un holocausto. Finalmente, estaba hastiado de esta mujer, que se tomaba el placer en serio, que no concebía más que un amor entero y sin partición y con la que no se podía hablar ni de novelas, ni de modas, ni de ópera.

En un principio quiso separarse de ella, dejarla allí y rechazarla en medio de la sociedad, con las otras mujeres deshonoradas Al igual que ella; Mazza se dio cuenta de su

indiferencia y de tu tibieza, lo atribuyó a su delicadeza, y no hizo sino amarlo más. A menudo, Ernest la evitaba, huía de ella, pero ella sabía salirle al encuentro en todas partes, en el baile, en el paseo, en los jardines públicos, en las museos; sabía esperarlo entre la multitud, decirle dos palabras y hacerle subir los colores a la frente, ante toda esa gente que la miraba.

Otras veces, era él quien venía a su casa; entraba con una frente severa, un aspecto grave; la joven mujer, ingenua y enamorada, se le echaba al cuello, y lo cubría de besos; pero este la apartaba fríamente, y luego le decía que no debían amarse más, que una vez pasado el momento de delirio y de locura, todo debía haber terminado entre ellos, que debía respetar a su marido y velar por su hogar —y agregaba que había visto y estudiado mucho y que por lo demás la Providencia era justa, que la naturaleza era una obra maestra y la sociedad una creación admirable, y luego que la

filantropía, después de todo, era una bella cosa y que había que amar a los hombres.

Y éste, entonces, lloraba de rabia, de orgullo y de amor; ella le preguntaba con la risa en los labios, pero con la amargura en el corazón, si ella ya no le parecía bella y qué era lo que hacía falta hacer para complacerlo, y luego le sonreía, mostrándole a la vista su pálida frente, sus negros cabellos, su garganta, su hombro, sus senos desnudos. Ernest permanecía insensible a tantas seducciones, pues ya no la amaba, y si salía de su casa con alguna emoción en el alma, era como las personas que vuelven de ver a unos locos; y si algún vestigio de pasión, alguna chispa de amor se encendía de nuevo en él, se apagaba rápidamente con una razón o un argumento.

¡Dichosos pues aquéllos que pueden imponerse a su corazón con palabras y destruir la pasión, que está enraizada en el alma, con la moralidad, que sólo te encuentra adherida a los

libros como el barniz del librero y frontispicio del grabador!

Un día, en un arrebatado de furor y de delirio, Mazza le mordió en el pecho y le hundió sus uñas en la garganta. Al ver que la sangre figuraba en sus amores, Ernest comprendió que la pasión de esta mujer era feroz y terrible, que en torno a ella había una atmósfera envenenada que terminaría por ahogarlo y provocar su muerte, que este amor era un volcán al que había que echar siempre alguna cosa para masticar y triturar en sus convulsiones, y que sus voluptuosidades, en definitiva, eran una lava ardiente que abrasaba el corazón. Por consiguiente era preciso partir, abandonarla para siempre —o bien lanzarse con ella a este torbellino que nos arrastra como un vértigo, en esos derroteros inmensos de la pasión, que empieza con una sonrisa y no termina sino en una tumba.

El prefería partir.

Una noche a las diez, Mazza recibió una carta; entendió las siguientes palabras:

“¡Adiós Mazza!, no volveré a veros más; el ministro del Interior me ha inscrito en una comisión experta que debe analizar los productos y el mismo suelo de México. ¡Adiós! me embarco en Le Havre. Si queréis ser feliz, dejad de amarme, olvidadme, sino al contrario amad la virtud y vuestros deberes; es un último consejo. ¡Adiós! una vez más. Os abrazo.

ERNEST.”

La releyó varias veces, consternada por esta palabra “adiós”; permaneció con los ojos fijos e inmóviles sobre esta carta que contenía toda su desgracia y su desesperación, por la que ella veía huir y desmoronarse toda su felicidad y su vida; no derramó una sola lágrima, no dio ningún grito, pero llamó a un criado, le ordenó ir a buscar unos caballos de posta y ensillarlos.

Su marido se hallaba de viaje por Alemania, nadie podía detener su voluntad.

A medianoche, partió rápidamente, corriendo a toda la velocidad que los caballos daban de sí. Se detuvo en un pueblo para pedir un vaso de agua y siguió su viaje, creyendo que tras cada cuesta, cada colina, cada recodo del camino, vería aparecer el mar, objeto de sus deseos y de sus celos, ya que iba a quitarle a alguien querido para su corazón. Al fin, hacia las tres de la tarde, llegó a Le Havre.

Apenas descendió, corrió hasta el extremo del espigón y miró el mar... una vela blanca se hundía en el horizonte.

IV

¡Se había marchado!, ¡se había marchado para siempre! —y cuando ella volvió a alzar su rostro inundado de lágrimas, no vio nada más... que la inmensidad del océano.

Era uno de estos días abrasadores de verano, en los que la tierra exhala cálidos vapores como el aire inflamado de una hoguera. Cuando Mazza llegó al espigón, el frescor salado la reanimó un poco, pues una brisa del sur hinchaba las olas, que iban débilmente a morir sobre la arena y agonizaban sobre los guijarros. Las nubes negras y densas se acumulaban a su izquierda, hacia la puesta del sol, que estaba rojo y luminoso encima del mar; hubiérase dicho que iban a estallar en sollozos. El mar, sin estar furioso, se revolcaba sobre sí mismo cantando lúgubrementemente; y cuando iba a romperse contra las piedras del espigón, las olas saltaban por el aire y recaían con una arenilla plateada.

Había en ello una armonía salvaje. Mazza la escuchó largo rato, fascinada por su fuerza; el ruido de esos embates tenía para ella un lenguaje, una voz; sus olas, al igual que ella, venían a morir rompiéndose contra las piedras y a no dejar sobre la arena mojada nada más

que la huella de su paso. Una hierba, que había nacido entre dos ranuras de la piedra, inclinaba su cabecilla, toda llena del rocío; cada oleaje iba estirándola de su raíz, y esta se desprendía cada vez más; al fin desapareció bajo la oleada, no se la volvió a ver más; y no obstante, ¿era joven y llevaba flores? Mazza sonrió amargamente; la flor, tal como ella, era arrancada por las olas en el frescor de la primavera.

Había unos marinos que volvían, tendidos en su barca, arrastrando tras sí la cuerda de sus redes, su voz vibraba a lo lejos, con el alarido de los pájaros nocturnos que se cernían volando con sus alas negras sobre la cabeza de Mazza, e iban todos a posarse en dirección a la playa, sobre los escombros que traía la marea. Entonces oía una voz que la llamaba desde el fondo del abismo, y con la cabeza inclinada hacia el precipicio, calculaba cuántos minutos y segundos le harían falta para agonizar y morir. En la naturaleza todo estaba tan triste como

ella, y le pareció que las olas emitían suspiros, y que el mar lloraba.

Yo no sé, sin embargo, qué miserable sentimiento de la existencia le aconsejó vivir, y que en la tierra todavía había felicidad y amor, que no debía hacer sino aguardar y esperar, y que volvería a verlo más adelante; pero cuando la noche cayó y la luna apareció en medio de sus compañeras, como una sultana en el harén entre sus mujeres, y que nadie vio, como tampoco las burbujas del oleaje, que brillaba sobre las olas como la espuma en la boca de un corcel —cuando el ruido de la ciudad empezó a disiparse en la niebla, junto con sus luces que se apagaban—, Mazza inició el regreso.

Por la noche —eran quizás las dos— abrió sus ventanas y miró afuera. Se encontraban en una llanura y el camino estaba bordeado de árboles, las claridades nocturnas al pasar a través de sus ramas los asemejaban a fantasmas de formas gigantescas, que corrían todos delante de Mazza y movían su cabellera

desgreñada a merced del viento que silbaba por entre sus hojas. En una ocasión, el carruaje se detuvo en medio del campo, se había roto un tiro; era de noche, sólo se oía el rumor de los árboles, el aliento de los caballos jadeando de sudor, y los sollozos de una mujer que lloraba sola.

De madrugada, vio alguna gente que iba hacia la ciudad más próxima, llevando al mercado fruto» completamente cubiertos de musgo y de follaje verde; además cantaba, y como el camino ascendía e iba al paso, pudo oírla largo rato “¡Oh!, cuánta gente dichosa hay!”, se decía.

Era un domingo, en pleno día; en un pueblo, a unas horas de París, en la plaza de la iglesia, a la hora en que todo el mundo salía de allí, hacía un sol espléndido que resplandecía sobre el gallo de la iglesia, e iluminaba su modesto rosetón. Las puertas que se hallaban abiertas, permitían a Mazza ver desde el fondo de su carruaje, el interior de la nave, y los cirios

que brillaban en la oscuridad, sobre el altar; miró la bóveda de madera pintada de azul, y los viejos pilares de piedra desnudos y blanqueados, y luego todas las hileras de bancos donde se exhibía una población entera, abigarrada de vestidos de color; oyó el órgano que cantaba, y entonces el pueblo se transformó en un gran oleaje, y salieron. Varios de ellos llevaban manojos de flores falsas y medias blancas; vio que se trataba de una boda, se dieron unos cuantos disparos de fusil en la plaza, y los casados salieron.

La nuera llevaba un gorro blanco y sonreía mirando el extremo de las presillas de su cinturón, que eran de encaje bordado; el esposo andaba a su lado; veía a la multitud con un aire feliz y daba apretones de manos a varios. Era el alcalde de aquella tierra, que era posadero y casaba a su hija con su adjunto, el maestro de la escuela.

Un grupo de niños y de mujeres se detuvo frente a Mazza para mirar la bella calesa y el

abrigo rojo, que colgaba de la portezuela; todos sonreían y hablaban alto. Cuando hubo hecho el relevo de caballos, volvió a encontrar en los confines de aquella tierra, al cortejo que entraba en la alcaldía, y la sonrisa le vino a la boca cuando vio que la espuma de sus caballos caía sobre los novios, y que la polvareda de su paso ensuciaba sus trajes blancos; sacó la cabeza y les lanzó una mirada de piedad y de envidia, pues, de miserable, había pasado a ser malvada y celosa. El pueblo, entonces, por odio a los ricos, le respondió mediante injurias y la insultó, arrojando piedras sobre el emblema de su carruaje.

Durante largo rato, por el camino, medio dormida por el movimiento de las ballestas, el sonido de los cascabeles y el polvo que se pegaba a sus negros cabellos, pensó en la boda del pueblo y el ruido del violín que precedía al cortejo, el sonido del órgano, las voces de los niños que habían hablado a su alrededor, todo

junto resonaba en sus oídos como el zumbido de una abeja o el silbido de una serpiente.

Estaba fatigada, el calor la abrumaba, bajo el cuero de su calesa; el sol daba de cara; ladeó la cabeza sobre sus cojines y se durmió. Se despertó en las puertas de París.

Cuando se ha dejado el campo y las praderas, y uno se encuentra de nuevo en las calles, el día parece sombrío y cubierto, como estos teatros de feria que son lúgubres y están mal iluminados. Mazza se introdujo con deleite en las calles más tortuosas; se embriagó del bullicio y del rumor que la sacaban de su ensimismamiento y la devolvían al mundo; veía rápidamente, y a modo de sombras chinas, todas las cabezas que pasaban por delante de su portezuela; todas le parecían frías, impasibles y pálidas; miró con asombro, por primera vez, la miseria que va con los pies descalzos sobre los muelles, el odio en su corazón y una sonrisa en la boca, como para ocultar los agujeros de sus harapos, miró a la

multitud que se precipitaba en los espectáculos y en los cafés, y todo este mundo de lacayos y de grandes señores que se exhibe, como un abrigo de color en un día de gala.

Todo el conjunto le pareció un inmenso espectáculo, un gran teatro, con sus palacios de piedra, sus tiendas iluminadas, sus trajes de gala, sus ridiculeces, sus espectros de cartón y sus realezas de un día. Aquí, la carroza de la bailarina menosprecia al pueblo, y allá, el hombre se muere de hambre, viendo montones de oro detrás de los cristales; por todas partes risa y lágrimas, por todas partes la riqueza y la miseria, por todas partes el vicio que injuria la virtud y le escupe a la cara, como el chal gastado de la prostituta que al pasar, roza la sotana del cura. ¡Oh!, en las grandes ciudades hay una atmósfera corrompida y envenenada que nos aturde y nos embriaga, algo pesado y malsano, como estas nieblas sombrías del atardecer que se ciernen encima de los tejados.

Mazza aspiró este aire de corrupción a pleno pulmón, lo sintió como un perfume, y por primera vez, entonces, comprendió todo lo que había de vasto e inmenso en el vicio, y de voluptuoso en el crimen.

Al encontrarse de nuevo en su casa, le (careció que hacía mucho tiempo que se había marchado, por lo mucho que había sufrido y vivido en pocas horas. Paso la noche llorando, recordando sin cesar su ida y su regreso; desde allí veía los pueblos que había atravesado, todo el trayecto que había recorrido; le parecía hallarse todavía sobre el espigón, mirando el mar y la vela que se va; recordaba también la boda con sus trajes de fiesta, sus sonrisas de felicidad; desde allí oía el traqueteo de su carruaje sobre el adoquinado, oía también las olas que mugían y zumbaban debajo suyo; y luego se horrorizó por la longitud del tiempo, creyó haber vivido siglos y haber envejecido, tener los cabellos blancos, de lo mucho que nos agobia el dolor, y nos roe el pesar —pues hay

días que nos envejecen como años, pensamientos que causan muchas arrugas.

También se acordó, sonriendo penosamente, de sus días dichosos, sus vacaciones apacibles en las orillas del Loira, donde ella corría por los senderos de los bosques, entreteniéndose con las flores, y llorando al ver pasar a los mendigos; recordó sus primeros bailes, en los que bailaba tan bien, en los que tanto le gustaban las sonrisas gratas y las palabras amables; y luego además sus horas febriles y delirantes, en los brazos de su amante, sus momentos de transporte y de rabia, en los que habría querido que cada mirada durase siglos y que la eternidad fuera un beso. Entonces se preguntó si todo esto había desaparecido y se había borrado para siempre —como la polvareda del camino y la estela del navío sobre las olas del mar.

¡Al fin de vuelta, pero sola! Nadie más para sostenerla, nadie más para amar. ¿Qué hacer?, ¿qué decisión tomar? ¡Oh!, la muerte, la tumba cien veces, sí, pese a su partida y a su hastío, no hubiera tenido un poco de esperanza en el corazón. ¿Qué espera ha pues?

Ella lo ignoraba, únicamente tenía todavía fe en la vida; creyó aún que Ernest la amaba, un día que recibió una de sus cartas; pero sólo fue una desilusión más.

La carta era larga, bien escrita, llena de ricas metáforas y de palabras exhaustivas, Ernest le decía que era preciso que no lo amara más, que debía pensar en sus deberes y en Dios; y luego de paso le daba excelentes consejos sobre la familia, el amor maternal, y terminaba con alguna prueba de afecto, como M. de Bouilly o Mme. Couttin.

¡Pobre Mazza! ¡Tanto amor, corazón y ternura para una indiferencia tan fría, una tranquilidad tan razonada! Cayó en el abatimiento y el hastío. “¡Yo creía —dijo un día—, que uno podía morir de pena!” Del hastío, pasó a la amargura y a la envidia.

Fue entonces cuando el bullicio del mundo le pareció una música discordante e infernal, y la naturaleza una luirla de Dios; nada le gustaba y todo le resultaba odioso; a medida que cada sentimiento salía de su corazón, el odio entraba en él toda vez que ya no amaba nada en el mundo, salvo a un hombre. A menudo, cuando, en los jardines públicos veía a algunas madres con sus hijos que jugaban con ellas y sonreían a sus caricias, y luego a mujeres con sus esposos, amantes con sus queridas, y que toda esa gente era feliz, sonreía, amaba la vida, los envidiaba y maldecía al mismo tiempo; habría querido poder darles una patada a todos, y su labio irónico al pasar les

echaba alguna palabra despreciativa, alguna sonrisa orgullosa.

Otras veces, cuando le decían que debía ser dichosa en la vida, con su fortuna, su rango, que su salud era buena, que sus mejillas estaban frescas, y que se veía que era feliz, que no le faltaba nada, sonreía a pesar de que la rabia le carcomiera el alma: “¡Ah!, qué imbéciles —decía— que no ven más que la felicidad en una frente apacible y que no saben que la tortura arranca risa.”

A partir de entonces, tomó la vida como un grito de dolor prolongado. Si veía mujeres que alardeaban de su virtud, como otras de sus amores, se burlaba de su virtud y de sus amores; cuando encontraba a gente feliz y confiada en Dios, la atormentaba mediante una risa o un sarcasmo; ¿los curas? los hacía enrojecer, al pasar por delante suyo, con una mirada lasciva, y se reía en sus oídos; ¿las muchachas y las vírgenes? las hacía palidecer con sus cuentos de amor y sus historias

apasionadas. Y luego uno se preguntaba quién era esta mujer pálida y enflaquecida, este fantasma errante, con sus ojos fogosos, y su cabeza de condenada; y si a alguien se le ocurría quererla conocer, no se encontraba más que dolor en el fondo de su existencia y lágrimas en su comportamiento.

¡Oh!, ¡las mujeres!, las odiaba con toda el alma, las jóvenes y las hermosas sobre todo, y cuando las veía, en un espectáculo o en un baile, bajo el resplandor de los candelabros y de las velas, exhibiendo su escote ondulante, aderezadas con encajes y diamantes, y que los hombres presurosos sonreían a sus sonrisas, que se las lisonjeaba y ensalzaba, hubiera querido estrujar estos vestidos y estas gasas bordadas, escupir sobre estos rostros queridos, y hundir en el cieno estas frentes tan calmadas y tan orgullosas de su frialdad. Ya no creía en nada, más que en la desdicha y la muerte.

Para ella, la virtud era una palabra, la religión un fantasma, la reputación una

máscara impostora como un velo que oculta las arrugas. En cambio encontraba goces en el orgullo, delicias en el menosprecio, y escupía al pasar junto al umbral de las iglesias.

Cuando pensaba en Ernest, en su voz, en sus palabras, en sus brazos que la habían estrechado tanto rato palpitante y perdida de amor, y que se encontraba bajo los besos de su marido, ¡ah!, se retorció de dolor y angustia y se revolcaba sobre sí misma, como un hombre que ruge y agoniza, gritando tras un nombre, llorando por un recuerdo. Ella tenía hijos de este hombre, tales niños se parecían a su padre, una niña de tres años, un niño de cinco, y a menudo, en sus juegos, sus risas penetraban hasta ella; por la mañana, venían a abrazarla riendo, cuando ella, su madre, había pasado toda la noche en vela entre tormentos inauditos y sus mejillas todavía estaban frescas de sus lágrimas.

Con frecuencia, cuando pensaba en él, errante por los mares, arrojado tal vez por la

tempestad, en él que quizás se perdía entre las olas, solo y queriendo apagarse a la vida, y veía desde allí un cadáver mecido en la marea, donde el buitre va a posarse, entonces oía gritos de alborozo, voces infantiles que acudían para mostrarlo un árbol florecido, o el sol que hacía resplandecer el rocío de las hierbas. Para ella era semejante al dolor del hombre que se cae por la calle y que ve a la multitud reírse y aplaudir.

Entretanto, ¿qué pensaba Ernest, lejos de ella? A veces, es cierto, cuando no tenía nada que hacer, en sus momentos de ocio y desocupación, al pensar en ella, en sus abrazos calurosos, en su grupa carnosa, en sus senos blancos, en sus largos cabellos negros, la cenata de menos —pero se apresuraba a apagar, entre los brazos de una esclava, el fuego encendido en el amor más fuerte y más sagrado; además, se consolaba de esta pérdida con facilidad, tensando que hacía una buena acción, que esto era comportarse como un ciudadano, que

Franklin o Lafayette no habrían actuado mejor —ya que entonces se hallaba en la tierra nacional del patriotismo, de la esclavitud, del café y de la templanza, quiero decir América.

Era una de estas personas en las que el entendimiento y la razón ocupan un lugar tan grande que se han comido el corazón como un vecino molesto: un mundo los separaba, pues Mazza, por el contrario, estaba sumida en el delirio y en la angustia, y mientras que su amante se enviaba a contento en los brazos de las negras y de las mulatas, ella se moría de aburrimiento, creyendo también que Ernest tan sólo vivía por ella y experimentaba un daño del que él se burlaba con su risa bestial y salvaje; él se entregaba a otra. Mientras esta pobre mujer lloraba y maldecía a Dios, mientras llamaba al infierno en su ayuda y se revolcaba preguntándose si Satán llegaría al fin. Ernest, quizás, en el mismo momento en que ella abrazaba con frenesí un medallón con sus cabellos, en el mismo momento quizás, se

paseaba gravemente por la playa pública de una ciudad de los Estados Unidos, con chaqueta y pantalón blanco como un plantador, e iba al mercado a comprar alguna esclava negra que tuviera brazos fuertes y musculosos, tetas colgantes y voluptuosidad por el oro.

El resto del tiempo, se dedicaba a trabajos químicos; tenía dos inmensas carpetas llenas de notas sobre las capas de sílex y los análisis mineralógicos —y por otra parte el clima le era muy saludable, se encontraba de maravilla en esta atmósfera embalsamada de academias de expertos, de ferrocarriles, de barcos de vapor, de cañas de azúcar y de índigo. ¿En que atmósfera vivía Mazza? El círculo de su vida no era tan extenso, sino era un mundo aparte, que giraba en las lágrimas y en la desesperación y que finalmente se perdía en el abismo de un crimen.

Sobre la puerta cochera del palacio había un paño negro colgado; estaba recogido por el medio y formaba una especie de ojiva partida, que permitía ver una tumba y dos antorchas, cuyas llamas temblaban, como la voz de un moribundo, al soplo del frío del invierno que pasaba por encima de esto paños negros completamente estrellados de lágrimas plateadas. De vez en cuando, los dos enterradores que se cuidaban de la fiesta se apartaban a un lado para dejar paso a los invitados que llegaban uno tras otro, todos vestidos de negro con corbatas blancas, una pechera fruncida y cabellos rizados; se descubrían al pasar junto al muerto y humedecían en el agua bendita el extremo de su guante negro.

Era en invierno, nevaba; en cuanto el cortejo se marchó, una mujer joven, envuelta en

un manto negro, descendió al patio, anduvo de puntillas a través de la capa de nieve que cubría el suelo adoquinado, y asomo su pálida cabeza por entre sus velos negros para ver el carro fúnebre que se» alejaba; luego apagó las velas que ardían aún; volvió a subir, se quitó el manto que llevaba, puso a secar sus sandalias blancas en el fuego de su chimenea, giró la cabeza una vez más, pero no vio más que la espalda negra del último de los asistentes que daba la vuelta a la esquina de la calle.

Cuando dejó de oír el monótono traqueteo del carro sobre el adoquinado, y todo hubo pasado, los cantos de los curas, el séquito del muerto, se echó al lecho mortuario, se revolcó caprichosamente, gritando en sus accesos de alegría convulsiva:

“¡Llega, ahora! ¡Todo esto es para ti, para ti!
¡Te espero!, ¡ven entonces! , El lecho nupcial y sus delicias son para ti, mi bienamado! ¡Para ti, para ti solo, para nosotros un mundo de amor y de voluptuosidad! Ven aquí, me tenderé en él

bajo tus caricias, me revolearé en él bajo tus besos." Vio sobre su cómoda una cajita de palisandro que le había regalado Ernest. Era, como este día, un día de invierno; él llegó, envuelto en su abrigo, su sombrero tenía nieve, y cuando él la abrazó, su piel desprendía una frescura y un perfume de juventud que hacía los besos dulces como la aspiración de una rosa. En el medio de esta caja se hallaban sus iniciales entrelazadas *M* y *E*, era de madera olorosa; acercó su olfato y permaneció mucho rato contemplativa y soñadora.

Muy pronto le trajeron a los niños; lloraban y reclamaban a su padre; quisieron abrazar a Mazza y consolarse con ella; ésta los hizo salir con su criada, sin una palabra, sin una sonrisa.

Ella pensaba en él, que estaba muy lejos y no volvía.

VII

Vivió así vahos meses, sola, con su futuro que avanzaba, sintiéndose cada día más feliz y más libre, a medida que todo lo que estaba en su corazón se alejaba para dar cabida al amor; todas las pasiones, todos los sentimientos, todo lo que encuentra lugar en un alma había desaparecido, como los escrúpulos de la infamia —el pudor primero, la religión acto seguido, la virtud después, y finalmente los restos de todo ello, que ella había tirado como los pedazos de un cristal roto. No le quedaba nada de una mujer si no es el amor, pero un amor entero y terrible, que se torturaba a sí mismo y quemaba a los demás—, como el Vesubio que se desgarrá en sus erupciones y derrama su lava hirviente sobre las flores del valle.

Tenía hijos, sus hijos murieron como su padre; cada día palidecían más y más, se

adelgazaban, y por la noche se despertaban en el delirio, retorciéndose en su lecho de agonía diciendo que una serpiente les comía el pecho; pues allí había alguna cosa que los desgarraba y los quemaba sin cesar, y Mazza contemplaba su agonía con una sonrisa en los labios, que estaba llena de cólera y de venganza.

Murieron los dos el mismo día. Cuando ella vio clavar sus ataúdes, sus ojos ya no tuvieron lágrimas, ni su corazón suspiros; los vio como una mirada seca y fría metidos en sus féretros y cuando al fin se quedó sola, pasó la noche dichosa y confiada, con el alma tranquila y el corazón gozoso. Ni un remordimiento, ni un grito de dolor, pues partiría al día siguiente, abandonaría Francia tras haberse vengado del amor profanado, de todo lo que había sido fatal y terrible en su destino, tras haberse mofado de Dios, de los hombres, de la vida, de la fatalidad que la había engañado a ella por un instante, tras haberse reído a su vez de la vida y de la

muerte, de las lágrimas y de los pesares, y haber pagado al cielo con crímenes sus dolores.

Adiós, tierra de Europa, llena de nieblas y de glaciares, donde los corazones son tibios como la atmósfera y los amores tan blandos y tan débiles como sus nubes grises; ¡para mí América y su tierra de fuego!, su sol ardiente, su cielo puro, sus bellas noches en sus bosquecillos de palmeras y de plátanos. Adiós al mundo, gracia a vos; parto, me lanzo a un navío. ¡Anda, hermoso navío mío, corre rápido!, ¡que tus velas se hinchen al soplo del viento, que tu proa rompa las olas, esquive la tempestad, salte sobre las olas, y, si finalmente tuvieras que romperte, arrójame ron tus escombros sobre la tierra donde él respira!

Esta noche la pasó entre el delirio y la agitación, pero era el delirio de la alegría y de la esperanza. Cuando pensaba en él, que iba a abrazarlo y a vivir para siempre con él, sonreía y lloraba de felicidad.

La tierra del cementerio, donde descansaban sus hijos, todavía estaba fresca y mojada de agua bendita.

VIII

Por la mañana le trajeron una carta; estaba fechada hacía siete meses. Era de Ernest. Rasgó el sello temblando, la recorrió ávidamente; cuando la hubo terminado, recomenzó su lectura, pálida de terror y sin poder leer apenas. Decía lo siguiente:

"¿Por qué, señora, vuestras cartas son siempre tan poco honestas?, sobre todo la última. La he quemado, habría enrojecido si alguien le hubiera puesto el ojo encima. ¿No podríais refrenar de una vez vuestras pasiones? ¿Por qué venís sin cesar, con vuestro recuerdo, a turbarme en mis trabajos, a arrancarme de mis

ocupaciones? ¿Qué os he hecho para amarme tanto?

“Insisto, señora, en que deseo que un amor sea prudente; he abandonado Francia, olvidadme pues como yo os he olvidado, amad a vuestro mando; la dicha se encuentra en los caminos forjados por la multitud; los senderos de la montaña están llenos de zarzas y de piedras, rasgan y os desgastan con rapidez.

“Ahora vivo dichoso, tengo una casita encantadora, al borde de un río, y, en la llanura que éste atraviesa, cazo insectos, recojo plantas, y cuando vuelvo a mi casa, mi negro me saluda con una inclinación hasta el suelo, y me acaricia los zapatos cuando quiere obtener algún favor; por consiguiente me he creado una existencia dichosa, tranquila y

apacible, en medio de la naturaleza y de la ciencia; ¿por qué no hacéis lo mismo? ¿Quién os lo impide? Se puede lo que se quiere.

“Por vos, para vuestra propia felicidad, os aconsejo que no penséis más en mi, ni me escribáis más. ¿Que sentido tiene esta correspondencia? ¿Adónde nos llevará esto, cuando me diréis cien veces que me amáis y escribiréis aún en los márgenes, otras tantas veces: te amo?”

“En consecuencia, es preciso olvidarlo todo, señora, y no pensar más en lo que hemos sido el uno para el otro; ¿no hemos tenido cada uno lo que deseábamos?”

“Mi posición casi está hecha; soy el principal director de la comisión de pruebas para las minas, la hija del director de primera clase es una persona encantadora de 17

años, su padre tiene sesenta mil libras de renta, es hija única, es dulce y buena, tiene mucho juicio y sabrá dirigir de maravilla un hogar y cuidar una casa.

“Me caso dentro de un mes; si vos me amáis, tal como lo decís siempre, esto debe agradaros, puesto que lo hago en pos de mi felicidad.

“Adiós, señora Willer, no penséis más en un hombre que tiene la delicadeza de no amaros más, y si queréis un último favor, hacedme enviar medio litro de ácido prúsico, que os dará con mucho gusto, bajo mi recomendación, el secretario de la Academia de las Ciencias; es un químico muy hábil.

“Adiós, cuento con vos, no os olvidéis de mi ácido.

ERNEST VAUMONT.”

Cuando Mazza hubo leído esta carta, dio un alarido inarticulado, como si la hubieran quemado con unas tenazas rojas.

Permaneció mucho rato consternada y asombrada. "¡Ah!, ¡cobarde! dijo al fin, ¡me sedujo y me abandona por otra! ¡Haberlo dado todo por él y haberme quedado sin nada! ¡Echarlo todo por la borda y agarrarse a una tabla, y la tabla se os escurre de las manos, y uno siente que se hunde bajo las olas!"

¡Lo amaba tanto, esta pobre mujer! Le había dado su virtud, le había prodigado su amor, había renegado de Dios, y luego además ¡oh!, mucho peor aún, su marido, sus hijos, que ella había visto agonizar, morir, sonriendo pues pensaba en él. ¿Qué hacer?, ¿cómo ser? Otra, otra mujer a quien va a decirle: ¡te amo! a quien besaré los ojos, los senos, llamándola su vida, su pasión; ¡otra! ¿Y ella?, ¿había tenido otro más que él? ¿No había rehusado a su marido en el lecho nupcial por él?, ¿no lo había engañado

con sus labios adúlteros?, ¿no lo había ella envenenado derramando lágrimas de alegría?

Era su Dios y su vida, él la abandona tras haberla utilizado, tras haber gozado lo bastante de ella, y haber abusado lo suficiente; ¡he ahí que la aleja, la arroja al abismo sin fondo, el del crimen y de la desesperación!

Otras veces, no podía dar crédito a sus ojos, releía esta carta fatal y la cubría de lágrimas.

—¡Oh! ¡cómo! —decía después de que el desaliento sustituyera a la rabia, al furor—, ¡oh!, ¿cómo puedes abandonarme? Pero yo estoy sola en el mundo, sin familia, sin padres, ya que te he dado familia y padres; sola, sin honor, puesto que lo he inmolado por ti; sola, sin reputación, pues la he sacrificado bajo tus besos, a la vista de todo el mundo que me llamaba tu amante. ¡Tu amante!, ¡de la que tú ahora te avergüenzas, cobarde!

“¿Y los muertos dónde están?”

“¿Qué hacer?, ¿como ser? Yo tenía una sola idea, una sola cosa en el corazón me falla; ¿iré a

tu encuentro? Pero tú me ahuyentarás como a una esclava; si me introduzco entre las otras mujeres, me abandonarán riéndose, me señalarán arrogantes con el dedo, ya que ellas no han amado a nadie, ellas, ellas no conocen las lágrimas. ¡Oh!, ¡mira!, puesto que yo aspiro todavía al amor, la pasión y la vida, me dirán sin duda que vaya a alguna parte donde se venden, a precio fijo, voluptuosidades y abrazos; y por la noche, con mis compañeras de lubricidad, llamaré a los transeúntes a través de los cristales, y será preciso que, cuando vengan, los haga gozar todo lo posible, que les corresponda por su dinero, que se vayan contentos, y que yo no me queje, aunque quiera, que me muestre feliz, que ría a todo el que venga, ¡pues habré merecido mi suerte!

“¿Y qué he hecho yo? Te he amado más que ninguna otra. ¡Oh, piedad! Ernest, si tú oyeras mis gritos, quizás te compadecerías de mí, de mí que no se ha compadecido de ellos, pues ahora me maldigo; me revuelco en la

angustia, y mis vestidos están mojados a causa de mis lágrimas.”

Y corría enloquecida, luego caía, revolcándose por el suelo maldiciendo a Dios, a los hombres, la vida misma, todo lo que vivía, todo lo que pensaba en el mundo; se arrancaba puñados de cabellos negros de la cabeza, y sus uñas estaban rojas de sangre. ¡Oh!, ¡no poder soportar la vida! ¡Acabar arrojándose en los brazos de la muerte como en los de una madre! ¡Pero dudar aún, en el último momento, si la tumba no comporta suplicios, y la nada dolores! ¡Estar asqueada de todo!, ¡ya no tener fe en nada, ni siquiera en el amor, la primera religión del corazón, y no poder desprenderse de este malestar continuo, como un hombre que estuviera borracho y se le forzara a seguir bebiendo!

—¿Por qué has venido en mi soledad a arrancarme de mi felicidad? ¡Tan confiada y pura era, y tú viniste para amarme, y te amé!

“Los hombres, ¡qué hermoso cuando nos miran! ¡Tú me diste amor, ahora me lo rehúsas, y yo lo he alimentado con crímenes; ¡ya ves que también me mata a mí! Cuando tú me conociste, era buena, y ahora soy feroz y cruel; quisiera tener alguna cosa para triturar, para despedazar, para ajar, y luego para echarlo lejos, como a mí. ¡Oh!, ¡lo odio todo, los hombres. Dios; y a ti también te odio, y sin embargo, siento aún que daré mi vida por ti!

“Cuanto más te amaba, mas te amaba aún, como los que se alivian con el agua salada del mar v que la sed quema siempre. ¡Y ahora moriré!... ¡la muerte! nada más, ¡qué! tinieblas, una tumba, y luego la inmensidad de la nada. ¡Oh!, siento que, sin embargo, quisiera vivir y hacer sufrir tanto, como he su indo yo. ¡Oh!, ¡la felicidad! ¿Dónde se encuentra?, pero es un sueño; ¿la virtud? una palabra; ¿el amor? una decepción; ¿la tumba?, ¿qué se yo?

“Lo sabré.”

Se levantó, enjugó sus lágrimas, procuró apaciguar los sollozos que le destrozaban el pecho y la ahogaban, miró en un espejo si sus ojos estaban todavía muy rojos de llantos, se ató de nuevo los cabellos, y salió para cumplir el último deseo de Ernest.

Mazza llegó a casa del químico; estaba por venir. La hicieron esperar en un saloncito en el primero, cuyos muebles estaban tapizados de paño rojo y paño verde; había una mesa redonda de caoba en el centro, litografías representando las batallas de Napoleón sobre las paredes, y, encima de la chimenea de mármol gris, un péndulo de oro, cuyo cuadrante servía de apoyo a un *Cupido* que descansaba su otra mano en sus flechas. La puerta se abrió exactamente cuando el péndulo sonaba las dos, el químico entró. Era un hombre pequeño y delgado, con el aspecto seco

y modales educados; llevaba lentes, tenía los labios delgados, ojitos hundidos. Cuando Mazza le hubo explicado el motivo de su visita, se puso a hacer el elogio de M. Ernest Vaumont, de su carácter, su corazón, sus disposiciones, al fin le dio su frasco de ácido, la condujo de la mano hasta el pie de la escalera; incluso se mojó los pies en el patio al acompañarla hasta la puerta de la calle.

Mazza no podía andar por las calles, de tanto que le ardía la cabeza; sus mejillas estaban de color púrpura y varias veces tuvo la sensación de que la sangre le iba a salir por los poros. Pasó por calles en que la miseria llamaba la atención en las casas, como estos hilillos de color que se cuelan en los muros blanquecinos, y al ver la miseria decía: "Voy a curarme de vuestra desdicha"; pasó por delante del palacio de los reyes y dijo, apretando el veneno entre sus dos manos: "Adiós existencia, voy a curarme de vuestras inquietudes"; al volver a su casa, antes de cerrar la puerta, lanzó

una mirada hacia el mundo que abandonaba, y en torno a la ciudad llena de ruido, de rumores y de gritos: "¡Adiós, a todos vosotros!", dijo.

Abrió su secreter, etiquetó el frasco de ácido, puso la dirección y escribió otro billete; iba dirigido al comisario central.

Sonó el timbre y se lo dio a un criado.

En una tercera hoja, escribió:

*"Amaba a un hombre, por él
maté a mi marido, por él maté a mis
hijos; me muero sin remordimientos,
sin esperanza, pero apenada."*

Lo colocó encima de su chimenea.

"Me queda media hora, se dijo; no tardará en venir y me llevara al cementerio."

Se desnudó, y se quedó unos minutos mirando su hermoso cuerpo que no estaba cubierto por nada, pensando en todas las voluptuosidades que éste había dado y en los inmensos goces que había prodigado a su amante.

¡Qué tesoro el amor de una mujer así!

Por último, tras haber llorado, pensando en sus días que habían volado, en su felicidad, en sus sueños, en sus caprichos de juventud, y luego de nuevo en él, durante mucho rato; tras haberse preguntado qué era la muerte, y haberse perdido en este abismo sin fondo del pensamiento, que se roe y se desgarran de rabia e impotencia, volvió a incorporarse de repente, como un sueño, absorbió algunas gotas del ácido que había vertido en una taza de plata sobredorada, bebió ávidamente, y se tendió, por última vez, en este sofá donde, tan a menudo, se había revolcado en los brazos de Ernest, durante los transportes del amor.

XI

Cuando el comisario entró, Mazza todavía agonizaba; dio algunos vuelcos por el suelo, se retorció varias veces; todos sus miembros se

tensaron a un mismo tiempo, dio un grito desgarrador.

 Cuando se aproximó junto a ella, estaba muerta.

MATTEO FALCONE,
O DOS ATAÚDES PARA UN PROSCRITO⁷.

Matteo Falcone,
ou Deux cercueils pour un proscrit. ,
de Journal d'écolier

En Córcega, en una extensa campiña, tumbado de espaldas sobre un montón de heno, Albano, adormilado, acaricia a su gata y sus crías al tiempo que contempla el paso de las nubes sobre el cielo azul y como el sol refulge en destellos rosicler y esparce sus rayos sobre la planicie rodeada de laderas.

Albano era un bello niño: los cabellos largos caían en rizos sobre sus hombros, a cada sonrisa usted habría prorrumpido una voz de alegría, a cada mirada un relámpago en los ojos.

⁷ Con el mismo título, *Mateo Falcone* (1829), Prósper Mérimée ya había realizado con anterioridad una versión (más extensa) de esta leyenda corsa.

Al escuchar una sucesión de disparos, giró sobresaltado, surgiendo de inmediato un hombre a la carrera que termina por echarse sobre el montón de heno; sus cabellos desgredados, sus ropas hecha jirones, su rodilla desgarrada, sangrando abundantemente y dejando tras de sí el rastro por dónde había pasado el proscrito.

—¡Muchacho! —le imploran—, cédeme tu sitio. ¡Oh! ¡Te lo ruego! ¡Deja que me esconda!

Y Albano sigue jugando con su gata.

—¡Por favor! ¡Oh, apiádate! ¡Escóndeme!

—¿Qué desea?

—¡Deja que me oculte!

Y le arrojó una moneda que, al caer, se hundió en el heno. Mientras, el proscrito yacía ya sepultado bajo la paja.

Albano abandonó por un momento su juguete y, tomando la moneda, acostado sobre su vientre la hacía saltar, sonriente, entre ambas manos.

Al cabo de cinco minutos, una docena de guardias lo rodeaban. Uno de ellos, que marchaba a la cabeza y parecía estar al mando, se acercó a Albano y le dijo:

—¿Niño, no has visto a un hombre corriendo por aquí? Estaba herido, y tenía desgarrada la ropa.

—¿De qué desea hablarme?

—Estamos buscando a un hombre.

—No he visto absolutamente nada, a no ser una cabra que andaba buscando a su dueño; incluso retozaba con paso lento, pero les aseguro que se hallaba en perfecto estado.

¿Acaso este es el asunto que les ocupa?

—¿Os burláis de la justicia, Albano?

—¿Y por qué tuvieron que despertarme?

—Era necesario.

—¡Váyanse todos al Diablo!

—¡Oh! ¿Es así cómo tratas a la justicia del cantón? Ten, miserable.

Y fingió apuntarlo.

—No se atreverá —dijo el niño con firmeza—, porque mi padre me vengaría, y, tenga en cuenta que mi padre es Matteo Falcone, el más intrépido cazador de Córcega y el luchador más vigoroso de todo el cantón.

El prudente oficial bajó su arma y se giró hacia sus compañeros:

—Vámonos —ordenó—, no existe forma de sonsacarle nada.

Luego se volvió hacia Albano y, mostrándole un reloj, añadió:

—¿Albano, y si te lo damos a cambio?

—¿El qué?

—¿Lo quieres?...

Y el niño permaneció mudo por algunos instantes, vacilando entre su afán por poseerlo y el rescoldo de honor que albergaba, mucho más fuerte y terrible, y que le susurraba: ¡Albano, eres un cobarde!

—Si nos lo enseñas —prosiguió el oficial.

Albano lanzó una mirada que se hundía bajo el montón de heno, luego tomó el reloj y,

posándose en el suelo, contempló cómo los rayos del sol lo hacían brillar.

Al instante llegó Matteo Falcone, padre de Albano, que quiso informarse sobre lo que allí sucedía, lo que significaban aquellos gritos y esa escena de sangre.

—Nada —le contestaron—, un preso que huyó; se había escondido bajo este montón de heno y su hijo nos lo advirtió. Gracia a ello tiene ahora este reloj —expuso el oficial señalándolo con el dedo.

El fugitivo fue sacado de fondo del montón de heno, sus rodillas se doblaban, sus labios se hallaba pálidos y sus ojos rojos de cólera, al tiempo que sus temblorosas manos tanteaban en su cinturón como si buscase allí un puñal; mas sólo encontró una profunda herida, dejando su puño completamente ensangrentado.

Paseando sus ojos en derredor, cruzó su mirada con la de Matteo y le dijo:

—Así, pues, me has entregado; ¡vaya, menudo cobarde estás hecho! ¿Sabes lo que yo hice? Quise vengar una injuria cometida contra mi hija; herí al príncipe, y su sangre resbaló sobre mi cabeza para ir a mezclarse con la mía. ¡Adiós! Me conducen al cadalso; ¡adiós! ¡Ya sabemos que Matteo es un traidor!

—¡Oh! El rey quedará satisfecho —dijo en voz baja el oficial—; su hijo nos ha servido de gran ayuda.

El montañés no dijo nada y cargó su alargada carabina.

Por la tarde, el corso pidió a Albano que lo siguiera hasta detrás de la colina.

Ya había tomado su fusil y se disponía a salir, cuando su mujer pidió poder acompañarlos.

—¡No, mujer, te ordeno que te quedes!

Y estas palabras encerraban un tono tan severo e imponente que cayó desplomada sobre el banco de piedra, viendo como partían, muda de ansiedad y angustia. Un cuarto de hora

después, oyó un disparo y el ruido que hace un bulto cayendo al agua... Agitada por un sordo estertor, cayó de bruces al suelo para, luego, incorporarse con una extraña sonrisa fruncida en sus labios.

Al día siguiente, en Ajaccio, se procedía a retirar un niño del río. ¡Oh! ¡El pobre niño! Los bellos cabellos rubios caían sobre sus hombros, sus labios se veían tiznados de negro, sus manos, atadas por un rosario, ensortijadas como para la oración; su pecho se encontraba perforado por una bala y todavía podía apreciarse su reguero sanguinolento...

Una mujer, pálida, desgredada, hace acto de presencia y, prolongadamente, sostiene fija su mirada en el cadáver; aferrada a los barrotes de la morgue, porfía en su dolor:

—¡Oh, mi niño! ¡Mi niño!

Luego cayó pesadamente al suelo exhalando un grito de agonía...

Al rato llegaba el sepulturero portando un ataúd.

—¡Se equivoca —advertía alguien entre la
muchedumbre—, le harán falta dos!

SAN PIETRO ORNANO

*San Pietro Ornano (histoire corsé),
de Journal d'écolier*

HISTORIA CORSA

I

Una soberbia fragata, bien arbolada y de esbelta línea, embocaba el puerto de Génova con todas sus velas desplegadas. Todo en ella revelaba señorío y autoridad, incluso su blanca bandera, dejándose agitar con orgullo y majestad por la brisa de tarde.

Se distinguía sobre el alcázar de popa un hombre que parecía ser el capitán, pese a no haber tomado parte en maniobra alguna; su traje era mitad griego, mitad italiano; su cabeza, bella y arrogante, estaba cubierta de largos cabellos que venían a caer en rizos sobre sus hombros desnudos y morenos; un valioso

puñal y una larga cimitarra pendían de un fajín blanquiazul, que anudaba con un lazo dorado; a la espera de tomar puerto, de cuando en cuando se sacudía de sus sandalias rojas la ceniza que escapaba de su alargada pipa de junco.

Por fin atracó la nave y Ornano desembarcó; su mirada, altiva, parecía despreciar a toda aquella multitud que señalaba con el dedo, con respeto y a la vez temor, a aquel hombre, un aldeano corso cuyas manos, hasta hace bien poco, se hallaban siempre embadurnadas de brea, que no había tenido otra educación que la de domar la tempestad, de volar una santabárbara, o de bombardear una ciudad; un hombre que no tenía otro nombre que Pietro Ornano, otro dominio que su fragata y otros compañeros que sus marineros. Pero este aldeano, este corsario, este hombre de ademanes rústicos y salvajes, venía a Génova para imponer sus condiciones y hacer tambalear el trono del dux.

Francia se hallaba en guerra con Génova; había encontrado en Córcega un poderoso aliado en la persona de San Pietro. Era una de estas almas vigorosas y firmes, empujada hasta el exceso en las virtudes; sin otro pensamiento más que la gloria, otro ídolo que la gloria, otra religión que la gloria; no conocía otro placer que mandar sobre sus marineros, fumar su tabaco de Italia, mirar el horizonte hundiéndose bajo el oleaje y dejarse mecer por el balanceo del mar en calma, cuando el viento apenas sopla, cuando las golondrinas vienen a posarse sobre el bauprés⁸.

Sin embargo, desde hacía ya algunos días se mostraba triste; con la frente a menudo fruncida; se podía adivinar en sus reiterados suspiros y sus largos ensueños que algo le afligía el corazón y su alma se hallaba cautiva de sentimientos desconocidos hasta entonces.

⁸ Palo grueso, aproximadamente horizontal, que sobresale de la proa de los barcos y al que se aseguran los estayes del trinquete.

Las puertas del palacio se abrieron ante el marinero; los guardias le rindieron armas, la gran escalera fue cubierta por una alfombra, su nombre resonó en el salón del trono, y el dux mismo descendió para recibirle.

—Vine —dijo San Pietro—, para tratar con vos las condiciones de la paz. Francia, mi aliada, como precio por mis servicios, me concede la potestad de reclamaros lo que se me antoje. Oíd, pues, no os pido oro ni sangre, sino que os reclamo algo que resulta máspreciado para mí, incluso más que mi persona, más que todos tus cortesanos, aunque todos ellos fuesen reyes, y más que tu mismo trono, por mucho que fuera el del Mundo; solicito a vuestra hija, a Vanina.

—¿A Vanina? —repitearon sordamente todos los cortesanos reunidos.

—¡Sí —continuó el corsario—, sí, deseo para mí a Vanina! Si mañana no tengo a Vanina, ordenaré bombardear Génova, y caeréis en la esclavitud y la desgracia. ¿Vuestro trono?, lo pisotearé, ¿y vuestro palacio?, lo convertiré en vuestra prisión. Vos pensaba que ningún sentimiento podía emocionarme, creía que el amor no podía surgir de este corazón de marinero; ¿acaso creyó que dichas pasiones no sacuden por igual tanto el corazón de un campesino como el de un rey? Y, sin embargo, he aquí una cabeza coronada y un corsario, donde el corsario es rey y el monarca esclavo.

—Puedes —respondió el dux— ser quien mande, pero acuérdate de mis palabras, San Pietro: jamás, jamás tendrás mi hija, te la niego; ¡y si puedes conquistar este trono, si puedes, en tu rabia de tigre, mancillarlo y aniquilarlo, si puedes en tu venganza feroz incendiar este palacio, si puedes, demonio, destrozar mi cetro y mi corona, jamás tendrás a Vanina, y Génova será antes tu cautiva que mi hija tu mujer! Es

cierto que algunas veces la servidumbre puede por la fuerza ennoblecer y alcanzar la realeza, pero su propio deshonor la envilece y echa a perder.

—Pues bien, a partir de mañana ya no tendrás más a Vanina —sentenció el corsario en tono solemne—; tampoco dentro de treinta días seguirá Génova en tu poder y dentro de treinta y un días, con tan solo una palabra del corsario, rodará esta cabeza.

Luego, bajó la escalinata del palacio y, con ironía y desdén, girando bruscamente sobre sus talones, añadió:

—¡Es una lástima tener que quemar tan hermosa columnata!

III

Hacia medianoche, pudo verse desembarcar en la playa una docena de hombres; uno de ellos, cubierto por una máscara negra, portaba una larga daga y una

rica cimitarra; dos pistolas relucían en su cinturón, y el destello que producía la Luna al reflejarse en sus cañones semejaba dos estrellas a sus costados. Ayudándose de una escala de cuerda, treparon el muro de los jardines del dux y ya el hombre de la máscara negra se prestaba a arrojar su escala para alcanzar la terraza, cuando una bala silbó cerca de sus oídos, derribando a uno de sus compañeros... Después hubo sangre, muertos, gritos, y Vanina fue raptada.

Cuando se hallaban mar adentro, y no se divisaban ya las luces de Génova, el hombre se despojó de su máscara y la joven desvanecida recuperó el sentido.

Lloró a su padre, sus esclavos, sus jardines desde donde le gustaba contemplar el mar al atardecer y escuchar como rompían las olas al ir a morir en la orilla; lloró su bello palacio, sus baños de pórvido⁹ y sus cisnes del Ganges.

⁹ Roca de origen volcánico, cuya dureza y resistencia

Sin embargo, cada día suponía menos tedio, pesares y lágrimas, y cada vez más amor por Ornano.

Al cabo de un mes, el corsario cumplió su promesa; con cuatro fragatas se presentó de improviso para asediar Génova; Vanina se encontraba a su lado. Hallaron sellada la embocadura del puerto y sus muelles defendidos; bastaron dos andanadas de cañonazos y la empalizada saltó por los aires.

Había entrado, pero sin apercibiese que tras él quedaban las otras tres embarcaciones, las cuales no habían podido penetrar; hallándose así, atrapado en el puerto que acababa de sitiar, comenzó a escupir espumarajos de cólera y en su fuero interno juró que mataría con sus propias manos a quienquiera mencionase la rendición.

supera al granito y que, debido a su colorido, ha sido usada como signo de distinción desde la antigüedad.

Un minuto antes, un hombre se había arrojado al mar a instancias de Vanina.

—¿Qué le ordenaste? —preguntó a Vanina.

—¡Oh! Perdón, discúlpame, Ornano; pero te quiero y le he ordenado que pida clemencia a mi padre.

—¡Una carabina! —exclamó enseguida San Pietro, furioso—, una carabina para que no alcance la costa.

Pero entre el humo de los cañones resultaba imposible distinguir al marinero zambullido. Ornano permanecía pensativo, cabizbajo, clavada su siniestra mirada sobre Vanina; sus labios, pálidos y temblorosos, parecían contraerse en una risa lúgubre.

Un hombre del ejército del dux abordó la nave y solicitó parlamentar con Ornano, quien, temblando, abrió el mensaje del que se la hacía entrega.

Vanina, apretándose contra su hombro, lo leyó con avidez.

—Tu perdón —anunció ella.

Demacrado, volcó sobre ella una mirada llena de piedad y amor, y luego, dirigiéndose al emisario:

—¡Esta tarde, conocerá usted mi respuesta!

UNA LECCIÓN DE HISTORIA NATURAL: EL OFICINISTA

Une Leçon d'histoire naturelle: genre Commis,
30 da marzo da 1837.

De Aristóteles a Cuvier, de Plinio a M. de Blainville, se han hecho grandes adelantos en la ciencia de la naturaleza. Cada sabio ha aportado a esta ciencia su contingente de observaciones y estudios; se han efectuado viajes, se han hecho descubrimientos importantes, se han intentado peligrosas excursiones, de las que con frecuencia no se ha traído más que pequeñas pieles negras, amarillas o tricolores; y luego se quedaban satisfechos con saber que el oso comía miel y que tenía una debilidad por las tartas de crema.

Son descubrimientos muy grandes, lo reconozco. Pero ningún hombre ha pensado aún en hablar del Oficinista, el animal más interesante de nuestra época.

Ninguno, sin duda, ha realizado estudios lo bastante especiales, ni ha meditado lo bastante, ni visto lo bastante, ni viajado lo bastante, para poder hablar del Oficinista con amplio conocimiento de causa.

Se presentaba otro obstáculo: ¿cómo clasificar este animal?, pues ha dudado mucho entre el calípedes, el mono chillón y el chacal.

En definitiva, la cuestión quedó indecisa, y se dejó para el futuro la empresa de resolver este problema junto con la de descubrir el principio de la especie perro.

Efectivamente, era difícil clasificar un animal de complexión tan poco lógica. Su gorra de nutria hacía opinar por la vida acuática, así como su levita de largos pelos oscuros, mientras que su chaleco de lana de cuatro dedos de grueso demostraba que era un animal de países septentrionales; por sus uñas encorvadas se habría creído un carnívoro, de haber tenido dientes. Finalmente la Academia de las ciencias había fallado por un digitógrafo:

desgraciadamente muy pronto se dieron cuenta, de que llevaba un bastón de madera inflexible y que, en ocasiones, hacía visitas en *fiacre*¹⁰ para el día de año nuevo e iba a cenar al campo en un carruaje de punto.

En cuanto a mí, a quien una larga experiencia me ha capacitado para instruir al género humano, puedo hablar con la confianza modesta de un sabio zoólogo. Mis frecuentes viajes a las oficinas me han dejado bastantes recuerdos como para describir los animales que las pueblan, su anatomía, sus costumbres. He visto todas las especies de Oficinistas, desde el Portero hasta el Encargado del registro. Estos viajes me han arruinado por completo y ruego a mis lectores que hagan una suscripción para un hombre que ha vivido dedicado a la ciencia y que por ella ha derrochado dos paraguas, doce sombreros (con sus forros de hule) y seis remontas de suelas de botas.

¹⁰ Simón, coche de punto.

El Oficinista tiene de 36 a 60 años; es pequeño, relleno, gordo y robusto; lleva una tabaquera llamada *cola de ratón*, una peluca rubia, lentes plateados para la oficina y un pañuelo de algodón.

Escupe con frecuencia y cuando estornudáis os dice: “¡Jesús!” Experimenta variaciones en el pelaje según las estaciones.

En verano, lleva un sombrero de paja, un pantalón de tela amarilla que cuida de preservar de las manchas de tinta extendiendo encima su pañuelo. Sus zapatos son de piel de castor y su chaleco de dril. Invariablemente lleva un cuello falso de terciopelo. En invierno para protegerse del frío lleva un pantalón azul con una enorme levita. La levita es el elemento del Oficinista como lo es el agua para los peces.

Oriundo del antiguo continente, está muy extendido en nuestros países. Es de costumbres delicadas: se defiende cuando se le ataca. Lo más frecuente es que permanezca célibe y lleve vida de soltero. ¡Vida de soltero! Es decir que

en el café llama "Señorita" a la .señora del mostrador, recoge el azúcar que le queda en el plato y a veces se permite el fino puro de tres ochavos. ¡Oh!, ¡pero entonces el Oficinista es infernal! El día en que ha fumado, se siente belicoso, destroza cuatro plumas antes de encontrar una buena, maltrata al ayudante, se le caen las lentes y hace borrones sobre sus registros, lo que no puede contrariarlo más.

En algunos casos, el Oficinista está casado. Entonces es un ciudadano pacífico y virtuoso y no tiene la cabeza anuente de su juventud. Monta su guardia, se acuesta a las nueve, no sale sin paraguas. Toma su café con leche todos los domingos por la mañana, lee "Le Constitutionnel", "L'Echo", "Les Debata", o algún otro periódico de esta tendencia.

Es un partidario caluroso de la Carta de 1830 y de las libertades de Julio. Respeta las leyes de su país, grita "¡Viva el rey!" ante un fuego de artificio y abrillanta su tiracuello todos los sábados por la noche.

El Oficinista es entusiasta de la guardia nacional; el corazón se le enardece al son del tambor y acude a la plaza de armas, con el cuello que le aprieta y le ahoga, tarareando: “¡Ah, no hay nada como ser soldado!”

Entretanto, su mujer no sale de casa en todo el día, ajusta los dobladillos, hace manguitos de paño para su esposo, lee los melodramas del “Ambigú” y aclara la sopa; es su especialidad.

Aunque casto, el Oficinista es, sin embargo, de espíritu licencioso y jovial: ya que dice “guapito” a las personas jóvenes que entran en su oficina. Además está abonado a las novelas de Paul de Kock, que constituyen sus lecturas favoritas, por la noche, pegado a su estufa, con los pies metidos en sus zapatillas y el gorro de seda negra en la cabeza.

¡Hay que ver a este interesante bípedo en la oficina, copiando controles! Se ha quitado su levita y su cuello y trabaja en mangas de camisa, o mejor dicho con el chaleco de lana.

Está inclinado sobre su pupitre, con la pluma sobre la oreja izquierda; escribe lentamente, saboreando el olor de la tinta que ve plazeramente extenderse sobre un inmenso papel; canta entre dientes cuanto escribe y hace una música perpetua con su nariz; pero cuando tiene prisa, aplica con ardor los puntos, las comas, las barras, los “fines” y las rúbricas. Esto es el colmo del talento. Luego conversa con sus colegas sobre el deshielo, los limacos, el nuevo adoquinado del puerto, el puente de hierro y el gas. Si ve que el tiempo es lluvioso a través de las gruesas cortinas que le obstruyen la luz, se exclama súbitamente: “¡Diablos!, ¡habrá un chaparrón!” Luego vuelve a su trabajo.

Al oficinista le gusta el calor, vive en una perpetua sauna. Su mayor placer consiste en que la estufa del mostrador esté incandescente. Entonces ríe con la risa del que es feliz; el sudor de la alegría inunda su rostro, que enjuga con su pañuelo, y resopla con regularidad, pero en

seguida asfixiándose bajo el peso de la felicidad, no puede retener esta exclamación: “ ¡Qué bien se está aquí!” Y cuando se halla en el momento álgido de esta beatitud, copia con renovad»» ardor. Su pluma se desliza más aprisa, sus ojos se iluminan, se olvida de colocar la tapa de su tabaquera, y, transportado por la ebriedad, se levanta de repente de su sitio y vuelve de inmediato al santuario, llevando en sus brazos un leño enorme; se aproxima a la estufa, se aleja en ocasiones consecutivas, abre la puerta con una regla, luego echa el trozo de madera exclamando: “¡Otra cerilla!” Permanece de pie unos instantes, boquiabierto, escuchando la llama que hace temblar la cañería produciendo un ruido sordo y agradable.

Si por desgracia os dejáis la puerta abierta al entrar en la oficina, el Oficinista se pone furioso, sus uñas se enderezan, se rasca la peluca, da un golpe con el pie, reniega, y oís salir de entre los registros, los controles, los

numerosos cuadernos de sumas y divisiones, una voz chillona que grita: “¡Cierre la puerta, diablos!; ¿no sabe leer? ¡Mire el letrero que hay encima de la puerta del mostrador! El calor se ira, ¡imbécil!”

No se os ocurra llamarlo: ¡Oficinista! Decid si no: ¡Señor Empleado!

El Empleado lleva bis unas largas, y uno de sus pasatiempos más agradable., consiste en limarlas con su lija. Por la mañana el Empleado lleva su panecillo en el bolsillo, abre su pupitre, coge su gorra de grandes ribetes verdes y espera que el mozo le traiga su pontón de mantequilla salada o su queso cotidiano.

Cuando el día empieza a oscurecer, el Empleado se regocija en gran manera al ver que se entreabre la puerta del mostrador y ver que entra la persona que debe encender los quinqués. Pues el quinqué supone para el burócrata un largo tema de conversación, de distracción y un motivo de disputa entre él y sus semejantes. Apenas está encendido, ya mira

si la mecha es buena, si no se alarga; luego cuando ha alzado el botón a una altura desmesurada, cuando ha roto cinco o seis campanas de cristal, entonces se lamenta amargamente de su suerte y a menudo, con el tono de las más viva tristeza, dice que la luz le hiere la vista, y es para protegerse que lleva esta enorme gorra, la cual proyecta su sombra en el papel de su vecino. El vecino declara que le es imposible escribir sin verse y le quiere hacer sacar su gorra. Pero el astuto Oficinista se la hunde aún más sobre las orejas, y cuida de poner el barboquejo.

Todos los domingos va ni espectáculo, se coloca en el anfiteatro o en la galería; silba al levantarse el telón y aplaude el vodevil. Si es joven, se va a jugar su partida de dominó en los entreactos. Algunas veces pierde, entonces vuelve a su casa, rompe dos platos, ya no llama a su mujer *mi esposa*, olvida Azor, come ávidamente el cocido recalentado de la víspera, sala con furor las judías y luego se duerme en

sus sueños de control, de deshielo, del nuevo adoquinado y de sustracciones.

Creo haber dicho todo lo que se puede decir sobre el Oficinista en general, o cuando menos siento que la paciencia del lector empieza a agotarse.

Todavía conservo en mis carpetas numerosas observaciones sobre las diversas especies de este género, tales como el Portero, el Encargado de los impuestos, el Aduanero — que en ocasiones se eleva hasta el rango de maestro de estudios, se lanza a la literatura y redacta carteles y folletines—, el Viajante de comercio, el Empleado del Ayuntamiento y otros mil más.

Ese es el fruto de mis noches en vela de mi vida estudiantil. Pero si algún día vienen tiempos mejores, si las borrascas políticas que tienden a aumentar disminuyen, ¡y bien! entonces podré reaparecer en escena y publicar la continuación de esta clase de zoología,

inmenso escalón social que va desde el Portero hasta el Cajero del agente de cambio.

VIDA Y TRABAJOS DEL R. P. CRU-
CHARD¹¹

Vie et travaux du RP Cruchard,
1873

POR EL R.P. CERPET DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Dedicado a la Señora Baronesa Dudevant,
de soltera Aurore Dupin¹²

¹¹ El texto es obra de los años maduros. En respuesta a las quejas de su gran amiga, que le reprocha sus humores demasiado agrios o melancólicos, Flaubert escribe este divertimento, "sólo para sus ojos", en el que crea este personaje, Cruchard, con bibliografía imaginaria incluida. Asimismo, se puede constatar que, en su correspondencia con George Sand, Flaubert firma a menudo con dicho seudónimo, como lo atestigua la carta fechada el 23 de abril de 1873, firma de la siguiente manera: «Gustave Flaubert. Autrement dit le R P Cruchard des Barnabites, directeur des Dames de la Désillusion»

Bartolomé Denys Romain Cruchard nació en Maniquerville-lès-Quiquerville, diócesis de Lisieux. Su madre, una pobre campesina, lo trajo al mundo, de pronto y sin dolor en un lagar de sidra —donde ella trabajaba entonces— de modo que Cruchard acostumbraba a decir: “Nuestro Señor nació en un establo y yo en un lagar”, broma que no dejaba de repetir cuando explicaba el catecismo a los niños pequeños. Sus primeros años no tuvieron absolutamente nada notable; transcurrieron en el campo guardando ganado, sin sospechar que uno de nuestros más grandes pontífices había tenido principios tan modestos. Pero en lugar de vagabundear, como habrían podido hacer otros, él pasaba el tiempo cantando cánticos bajo los árboles mientras esculpía, con una navaja, diferentes pequeños objetos piadosos en madera. Entretenido en estas ocupaciones lo sorprendió un día

¹² Aurore Dupin era el verdadero nombre de George Sand

Monseñor Cuisse, Obispo de la Diócesis, y el santo prelado, observando semejante candor, no pudo contener las lágrimas. Así que, habiendo hecho unas preguntas al joven Cruchard y satisfecho de sus respuestas, lo confió al cuidado del Señor Cura de Mauquonduit, y tres años después, lo admitió en el número de los becarios que mantenía él mismo en el seminario de Lisieux. Pero ya desde el principio Monseñor vio que sus esperanzas se frustraban de manera singular. Cruchard, a pesar de su aplicación seguía siendo el último de la clase, y parecía (por decirlo de alguna manera) bobo. De modo que iban a echarle del seminario, y sus padres, que bajo la protección de Monseñor habían concebido sueños de fortuna, estaban desesperados cuando a Cruchard se le ocurrió ir de peregrinación a Hoqueuville, para implorar la ayuda de la Santa Madre de Dios. Volvió al seminario; era día de redacción. Cruchard fue el primero. A partir de entonces,

la vida de Cruchard en el seminario no fue más que una serie de triunfos. No había año en que no obtuviese todos los primeros premios y el eco de sus éxitos se propagó lejos por su parroquia. Gozaban viendo a aquel joven, que eludiendo los elogios y confinado en su celda, se entregaba con ardor al doble cultivo de las letras sagradas y profanas. Fue al final de su curso de Retórica cuando compuso, para el reparto de premios del seminario, una tragedia latina titulada *La Destrucción de Sodoma*. El tema era escabroso. Cruchard supo esquivar los peligros, e incluso extremó tanto la decencia que era muy difícil reconocer de qué se trataba. Sin embargo, motivos de disciplina (u otros tal vez) impidieron su representación, y Cruchard, tenemos que confesarlo, se sintió muy disgustado. Fue una razón para lanzarse al estudio de la Lógica. Su amor por Santo Tomás de Aquino se hizo tan fuerte que empleaba una parte de sus noches en leer y releer a este autor, y como siempre tenía algún volumen en el

dormitorio bajo la almohada, uno de sus camaradas decía con agudeza que dormía con el “ángel de las escuelas”¹³. Gracias a este trabajo perseverante y también, no hay que olvidarlo, a la protección de aquélla de quien había ya recibido los favores, debutó como un trueno, predicando en la iglesia catedral de Bayeux, donde durante una cuaresma la provincia estuvo pendiente de sus labios. No tenía la suavidad de Bourdaloue ni quizás la delicadeza de Massillon; se acercaba más a Mascaron por el colorido, a Cheminai por la gracia y al Padre Bridaine por la vehemencia¹⁴; si incluso hay algo que reprochar a la elocuencia de Cruchard es de ser, a veces, un poco demasiado fuerte, y para emplear la expresión asiática, defecto perdonable a los

¹³ “El ángel de las escuelas” es el sobrenombre atribuido a Tomás de Aquino

¹⁴ Flaubert compara aquí al protagonista del relato con distintos predicadores célebres de los siglos XVII y XVIII

grandes talentos, y en la que el príncipe de los oradores latinos se acusa a sí mismo de haber caído, después de una demasiado larga estancia en la isla de Rodas. La elocución, en Cruchard, estaba a la altura de su estilo; dotado de una voz sonora, fulminaba y como un nuevo Isaías, habría tenido que desnudarse —pues con frecuencia se vio obligado al bajar del púlpito a cambiarse hasta tres veces seguidas de sobrepelliz, de tan bañado que estaba de sudor. Su pecho se encontraba pronto debilitado y como quemado del fuego de su elocuencia. Cruchard tuvo que pensar en tomarse algún descanso. Aprovechó pues la ocasión del Sr. Marqués de Grefforens, embajador ante el rey de Nápoles, quien aceptó llevarlo consigo, para hacer un viaje por Italia. Una vez que desembarcó en la tierra del viejo Evandro¹⁵, Cruchard se entregó con todo entusiasmo a las

¹⁵ Personaje mitológico, hijo de Mercurio y civilizador del Lazio

Bellas Artes —Numismática, Pintura, Antigüedades; ¡estudia, anota, lo devora todo! Hasta querer aprender el árabe de un renegado que había conocido en la antigua Parténope e incluso en esta ocasión sus enemigos hicieron correr el rumor de que Cruchard había estado a punto de tomar el turbante. Cruchard no se dignó contestar a tan infame calumnia, pero él mismo sintió que su afición a las letras le llevaba muy lejos, y al cabo de tres años, habiéndose apresurado para volver a Francia, solicitó y obtuvo el curato de Manicamp que, poco importante por lo demás, le dejó todo el tiempo libre para dedicarse a sus trabajos, de los que citaremos los más importantes;

*-De la Torre de Babel, 3 vol.
inf-*

*-La Autenticidad de la
Revelación demostrada por
diferentes inscripciones descubiertas
entre los Salvajes de América del
Norte, seguida de un diccionario y*

de una gramática de la lengua de esos pueblos.

-El Ateísmo vencido, en respuesta a diferentes artículos del Sr. B. , 2 vol. inf.

-Architofel, o los peligros de la ambición, novela publicada bajo el velo del anonimato.

-Las Picardías de Calvino, dedicado a los de de la R. P. R.

-Diablo y Jansenio, diálogo en el gusto de Erasmo

-Del peso, del interior, de la capacidad y de la estructura del arca de Noé y del número de animales que allí estuvieron reunidos y que se verán magnificados por nuevos grabados, Leyde.

-Manual de oración sacado de los Padres Griegos con las referencias a las reglas de San Ignacio.

-*Vida de Monseñor Cuisse*, 8
vol. inacabada

A pesar de estos trabajos que publicaba sin interrupción, Cruchard habría permanecido desconocido si una circunstancia extraordinaria no le hubiera llamado a un escenario más amplio. La favorita de un gran príncipe reinaba entonces en Francia, y para liberar de ella a su Señor, un ministro hábil, profundo político (perfectamente informado por *** —se comprenderá el escrúpulo que nos impide decir su nombre) tuvo la idea de llamar al Padre Cruchard a París, a fin de proponérselo como director a esta persona ilustre. Un ambiente tan nuevo no asombró a Cruchard. En medio de las pompas de Versalles conservó aquel viril sosiego que llevaba en el campo y pronto consiguió ser aceptado en la corte por su carácter simpático y su trato agradable —de tal modo que encontrándose en una comida en casa del Sr. Duque de Laroche-Guyon, se comió él solo una pava con tres gazapos, y Monseñor de Chavignolles

(el mismo cuyo sobrino tuvo un fin tan trágico en las galeras de Malta y que, aunque era un gran hombre de guerra, no vivía más que de productos lácteos) se asustó de su apetito y exclamó: “¡Padre Cruchard, usted es el primer teólogo del mundo y el primer tenedor del Reino!” Seis meses después, la favorita había abandonado la corte y, como Luisa de la Misericordia¹⁶, se preparaba a edificar el mundo por sus virtudes después de haberlo afligido por sus faltas. Desde entonces, todas las grandes damas suspiraban por tener por director al Padre Cruchard. Muchas de esas ilustres mundanas no le dejaban, por así decirlo en todo el día. Altezas le reclamaban a cada minuto. Para que acudiese más pronto, Madame de Lavillac le enviaba su silla y Mlle. de Brichauteau confesaba que no podía cenar sin él. Sin embargo, Cruchard se reservaba más particularmente para

¹⁶ Nombre adoptado por Mademoiselle Vallière cuando ingresó en la orden del Carmelo

las Visitandinas o, mejor, para las Damas de la Desesperación, que no son sino una de sus ramas. Tan pronto llegaba, todas se precipitaban como ciervas sedientas para beber las ondas refrescantes de su palabra. Mientras él vivió, ellas no quisieron a otro y se valieron de mil artificios para conservarlo. El propio Señor Arzobispo de París fracasó en ello; era un afecto semejante al de las recién conversas para Monseñor de Cambrai y al de las Carmelitas para M. de Bérulle. Por fin, les parecía imposible recibir la gracia de otro modo que por el canal de Cruchard. ¡Cómo sabía amar! ¡cómo conocía los corazones! Hábil en las pasiones, distinguía sus raíces, podía echar justo en medio el ancla de Salvación o sorteando sus yerros hacerles llegar a buen puerto. “No os atormentéis por el pecado, les decía, esa preocupación es fermento de orgullo. Las caídas no son todas peligrosas y los vicios se transforman a veces en otros tantos escalones para subir al cielo”. A ejemplo del bienaventurado San Francisco de Sales, llamaba

a la cátedra “la burra”. Abordaba incluso a sus penitentes preguntándoles con una sonrisa: “¿Cómo va la burra?” y no quería que fuesen muy duros con ese pobre animal. Por fin, las personas más piadosas convenían en que les hacía hacer cada día progresos infinitos en la perfección y otras, que habían sentido más placer en las entrevistas del Padre Cruchard que en los abrazos de sus amantes. Pero si fue un poco blando respecto a la moral, bastante para ser tachado de molinismo¹⁷, en cuanto al dogma se mostraba inflexible, no admitiendo que pudiese haber ningún mérito fuera de la Iglesia, y cuando se objetaba con los sabios de la Antigüedad, decía: “Estoy seguro de que Dios les concedió la gracia, antes de su muerte, de hacerlos cristianos de una manera o de otra”. Desde San Epifanio no hubo hombre que de verdad se mostrase más indignado contra la

¹⁷ doctrina del padre Luis Molina, teólogo y jesuita español del siglo XVI, sobre el libre albedrío y la gracia

herejía. La simple idea de herejía le ponía fuera de sí y no podía descubrir un jansenista (son sus propias palabras) "sin que le diesen ganas de estrangularlo". En los últimos años de su vida, Cruchard, había engordado tanto, que ya no salía de su gabinete, y sus facultades, tenemos que reconocerlo, estaban notablemente disminuidas. Conservaba sin embargo su inalterable alegría, de la que dio una última muestra minutos antes de morir, pues dijo bromeando con su apellido: "Siento que el Cántaro se va a romper por completo". Permítanme, destacando por mi parte este último rasgo, afirmar con todos los que tuvieron contacto contigo "que tú eras, Ô Cruchard, un jarrón elegido".